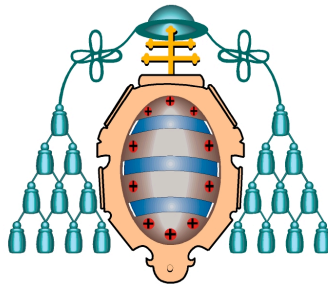


Universidad de Oviedo

Programa de Psicología



Violencia hacia la mujer: características psicológicas de los hombres que maltratan a su pareja

Violence against woman: Psychological characteristics of men who abuse their female partner

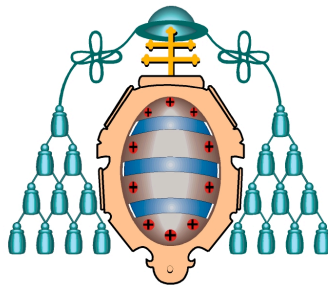
Autora

Andrea V. Torres

Asturias, 2016

Universidad de Oviedo

Programa de Psicología



Violencia hacia la mujer: características psicológicas de los hombres que maltratan a su pareja

Violence against woman: Psychological characteristics of men who abuse their female partner

Autora

Andrea V. Torres

Directores

Juan Herrero Olaizola

Serafín Lemos Giráldez

Asturias, 2016



revisión efectuada atiende a tres características principales de los estudios:
instrumentos de evaluación, tipo de muestra y tipologías encontradas.

2) Estudiar si existen diferencias significativas entre los tipos de maltratadores teniendo en cuenta sus características individuales. Para este objetivo, se prestará especial atención a la trayectoria violenta y delictiva de los maltratadores así como a aspectos psicológicos que incluyen características de personalidad, abuso de sustancias y sexismo. Finalmente, también se atenderá a las características familiares y sociales de estos maltratadores con el objeto de obtener un perfil clasificatorio más riguroso.

3) Explorar el papel de las actitudes de género (el sexismo) en la explicación de la violencia contra la mujer en las relaciones pareja. Se pretende comprender mejor cuál es la relación entre una de las características individuales más estudiadas, el sexismo, y la violencia en la pareja. En este objetivo, se pretende específicamente analizar la relación entre el sexismo y la violencia en la pareja atendiendo además a la relación que el sexismo muestra con la violencia general, permitiendo de este modo identificar con mayor precisión la contribución específica del sexismo a la explicación de la violencia en la pareja

El estudio uno presenta una revisión teórica de las principales investigaciones de la última década sobre el estudio de las características psicológicas y de personalidad de los hombres condenados por violencia hacia la mujer en la relación de pareja. La revisión efectuada atiende a tres características principales de los estudios:
instrumentos de evaluación, tipo de muestra y tipologías encontradas. En cuanto los instrumentos de evaluación se han utilizado frecuentemente el MCMI en sus tres versiones (*Millon Clinical Multiaxial Inventory*) STAXI (*State-Trait Anger Expression Inventory*), SCL-90 (*Symptom Checklist-90-R*) y PCL-R (*Psychopathy Checklist-Revised*), entre otros. Respecto a las muestras utilizadas, éstas varían en tamaño y tipo (comunitaria o penitenciaria) en los diferentes estudios. Esta variabilidad tanto en los instrumentos de evaluación como en el tamaño y tipo de las muestras limita claramente la comparación de las características obtenidas. Dentro de la



heterogeneidad de los grupos encontrados en las distintas investigaciones existen determinadas características que se repiten de forma recurrente: características del tipo antisocial, narcisista, *borderline* y abuso de sustancias.

En el estudio dos aplicamos el debate del delincuente versátil/especialista a la investigación de la violencia de pareja. Proponemos que hay dos tipos de maltratadores masculinos en prisión: el generalista y el especialista. Se profundiza en la exploración de las características familiares, individuales y comunitarias de ambos tipos de maltratadores en 110 varones encarcelados en la prisión de Villabona (España). Sobre las características individuales los resultados indican que el maltratador generalista tiene niveles elevados de psicopatología (sobre todo personalidad antisocial y límite), actitudes sexistas y dependencia de sustancias. Los maltratadores especialistas tenían niveles elevados de conflicto con la familia de origen. Por último, los maltratadores generalistas afirmaban que procedían de comunidades más desestructuradas socialmente que los maltratadores especialistas. Estos resultados indican que la distinción clásica entre maltratadores según la psicopatología y el contexto de la violencia (únicamente la general o familiar) pudiera ser poco útil en el caso de los maltratadores masculinos encarcelados.

Finalmente, en el estudio tres se relacionan las actitudes sexistas y la aceptabilidad de violencia en las relaciones interpersonales y su rol potencial en la explicación de la aceptabilidad de la violencia contra la mujer en las relaciones de pareja. Los resultados de los análisis de regresión multinivel de datos recogidos de 72.730 participantes de 51 países de todo el mundo mostraron que: (1) tanto el sexismo como la aceptabilidad de la violencia general en las relaciones interpersonales se relacionaron positivamente con la aceptabilidad de la violencia física hacia la mujer en las relaciones de pareja; y (2), los niveles más altos de aceptabilidad de la violencia física hacia la mujer en las relaciones de pareja se obtuvieron aquellos participantes más sexistas que, a su vez, presentaban actitudes más positivas hacia la violencia general en las relaciones interpersonales.

Los resultados expuestos en este trabajo podrían ser útiles y relevantes para el avance



en la intervención, para incrementar la eficacia de los programas y para la prevención y educación en el ámbito de la violencia hacia la mujer en las relaciones de pareja. Asimismo, pueden ser relevantes tanto para aquellos sectores profesionales vinculados directamente con la acción social como para aquellos colectivos en cuya formación puedan ser relevantes los resultados obtenidos. Es importante señalar que, los resultados de la presente tesis doctoral podrían permitir una mejor comprensión de las características individuales de los hombres que ejercen violencia contra la mujer y contribuir de forma relevante a este campo de estudio, ofreciendo una visión más clara del papel que juegan estas características en la conducta violenta en el ámbito de las relaciones de pareja.

RESUMEN (en Inglés)

Partner violence against women is a social problem with a high prevalence in society. In the last decades, there has been a growing scientific interest to understand the origins of this type of violence and to ponder the possibility of implementing effective program interventions. An important research effort has been directed to the study of men who are violent against their female partners. Among the most relevant scientific explanations, of particular interest are those that emphasize the multiplicity of causes and that locate them in the individual (personality of offender, impulse control, substance dependence, sexism, etc.) family (communication problems, lack of social support, social isolation of families, dysfunctional relationships, etc.) and social (social attitudes toward partner violence against women, tolerance toward the use of violence, disadvantaged residential areas, etc.) domains.

The general objective of the present Thesis is to gain scientific knowledge about the psychological and associated personality characteristics of men who are violent toward their female partner. This general objective is operationalized into three more specific objectives:



- 1) To conduct a comprehensive theoretical review on the study of psychological and associated personality characteristics of men who are violent toward their female partner
- 2) To study if there are substantial differences among types of batterers in their individual characteristics. Specifically, the interest will focus on the criminal history of batterers as well as on other psychological characteristics such as personality profiles, substance dependence and sexism. At this step, family and social characteristics will be also be taken into account to guarantee scientific rigor.
- 3) To explore the role of gender-related attitudes (i.e. sexism) in the explanation of partner violence against women. The main goal is to better understand which is the relationship between sexism and partner violence against women. Specifically, we will seek to analyze the potential role that acceptability of violence in social relationship might play in the relationship between acceptability of partner physical violence and sexism.

Each one of these specific objectives was pursued in three different studies.

Study one presents a theoretical review of the most relevant research about the psychological and personality characteristics of men who are violent toward their female partner. The research focused on three characteristics of the reviewed studies: measurement instruments, type of participants and typologies found. As for the measurement instruments, the most frequently used in this type of research are the three versions of MCMI (*Millon Clinical Multiaxial Inventory*), STAXI (*State-Trait Anger Expression Inventory*), SCL-90 (*Symptom Checklist-90-R*) and PCL-R (*Psychopathy Checklist-Revised*), among others. As for the participants of the reviewed studies, variability on size and type (community or prison) was found. This variability limits the comparability of study findings. Despite this heterogeneity, research in this area has identified certain psychological and personality characteristics that are frequently identified across many studies: antisocial, narcissist, and borderline personality and substance dependence.



In study two, the versatile/specialist offender debate is applied to research of intimate partner violence. Two types of imprisoned male batterers are proposed: the generalist and the specialist batterer. The individual, family, and community characteristics of these types of batterers are further explored in 110 imprisoned males in the Penitentiary of Villabona (Spain). As for the individual characteristics, results indicate that the generalist batterer present higher levels of psychopathology (specially antisocial and borderline personality), sexist attitudes, and substance dependence. Specialist batterers presented higher levels of conflict in their family of origin. Finally, generalist batterers reported coming from more socially disordered communities and showed lower levels of participation and integration in these communities than the specialist batterer. These results suggest that the classical distinctions among batterers based on psychopathology and context of violence (whether general or family only) might be of little utility when applied to imprisoned male batterers.

Finally, study three focused on the role that both sexist attitudes and acceptability of violence in social relationships might play in the acceptability of partner physical violence against women. Results from multilevel regression models of data from 72,730 respondents of 51 countries around the world showed that: (1) both sexism and acceptability of general violence in social relationships were positively related to acceptability of IPV; and, (2) the highest levels of acceptability of IPV were found among those sexist individuals that also present positive attitudes toward the use of violence in social relationships.

These findings are of relevance to the advance in intervention and to increment the efficacy of programs to prevent partner violence toward women. Also, they are also of interest to professionals working in this area. It is noteworthy that findings from this Thesis could help to achieve a better understanding of the individual characteristics of men who are violent toward their female partner and to the role they play in the explanation of violent behavior against intimate partner.

Este trabajo intenta aportar nuevos conocimientos al estudio de las características psicológicas y de personalidad de los hombres que maltratan a su mujer en el ámbito de las relaciones de pareja. Creo que los resultados obtenidos en los diferentes estudios pueden contribuir al estudio tanto en el ámbito individual, como familiar y social de los hombres maltratadores y de esta manera guiar e incrementar la eficacia de los programas de intervención.

Esta tesis no habría sido posible sin la generosidad de mis directores, y por ello quiero agradecerles su disposición, su dedicación y su confianza. Además dar las gracias a todas las personas que han participado voluntariamente en esta investigación.

Por otro lado me gustaría agradecerle principalmente a mis padres, por haberme educado en valores tan importantes como el respeto, el amor, el compañerismo, la solidaridad y el entendimiento hacia el otro.

A mis familiares y amigos, que desde la distancia me han apoyado y alentado con mucho cariño.

A mi compañero de vida, por haber estado a mi lado, con amor y paciencia en todo este proceso.

A mis dos pequeños hijos, porque ellos son el sentido de mi vida, mis guías, mis amores y mis grandes proyectos.

A mi abuela, porque ella fue una mujer luchadora, enérgica, comprometida, trabajadora, presumida y sobre todo una “grandísima” abuela.

Por último, gracias a todas aquellas personas que me han ayudado directa o indirectamente a realizar este proyecto.

La violencia es el último refugio del incompetente

ISAAC ASIMOV

A continuación se detallan los índices de factor de impacto (JCR) de los tres trabajos científicos que forman parte de la Tesis doctoral titulada “Violencia hacia la mujer: características psicológicas de los hombres que maltratan a su pareja” y que lo hacen idóneo para la presentación de la tesis como compendio de publicaciones, de acuerdo con el punto 2 del artículo 26 del Reglamento de Doctorado de la Universidad de Oviedo (21 de Julio de 2011).

INFORME FACTOR DE IMPACTO

ARTÍCULO 1

Torres, A., Lemos-Giráldez, S., Herrero, J. (2013). Violencia hacia la mujer: características psicológicas y de personalidad de los hombres que maltratan a su pareja. *Anales De Psicología*, 29, 9-18. doi:[10.6018/analesps.29.1.130621](https://doi.org/10.6018/analesps.29.1.130621)

Anales de Psicología

Factor de impacto (JCR): 0.549 Psychology, Multidisciplinary 92/129 (Q3) Print ISSN: 0212-9728 Online ISSN: 1695-2294

ARTÍCULO 2

Herrero, J. Torres, A, Fernández, A y Rodríguez, F. (2016). Generalists versus specialists: Toward a typology of batterers in prison. *The European Journal of Psychology Applied to Legal Context*, 8, 19-26. doi: [10.1016/j.ejpal.2015.09.002](https://doi.org/10.1016/j.ejpal.2015.09.002)

The European Journal of Psychology Applied to Legal Context

Factor de impacto (JCR): 1.450 (2014) Law 32/140 (Q1) Print ISSN: 1138-7416 Online ISSN: 1988-2904

ARTÍCULO 3

Herrero, J., Rodríguez, F., Torres, A. (Aceptado, pendiente de publicación). Acceptability of partner violence in 51 societies: the role of sexism and attitudes toward violence in social relationships. *Violence Against Women*

Violence Against Women

Factor de impacto (JCR): 1.191 (2014) Woman’s Studies 8/41 (Q1) Print ISSN: 1077-8012 Online ISSN: 1552-8448

Índice

Introducción	1
La violencia hacia la mujer	1
<i>Visibilidad y aceptación de la violencia</i>	4
La violencia hacia la mujer en España	7
La violencia hacia la mujer en España: cifras	10
La violencia contra la mujer: explicaciones teóricas.....	20
Objetivos	27
Trabajos de investigación	29
Artículo 1: Violencia hacia la mujer: características psicológicas y de personalidad de los hombres que maltratan a su pareja.....	31
Artículo 2: Generalists versus specialists: Toward a typology of batterers in prison	43
Artículo 3: Acceptability of partner violence in 51 societies: the role of sexism and attitudes toward violence in social relationships	53
Discusión General	79
Conclusiones	87
Referencias	89

INTRODUCCIÓN

LA VIOLENCIA HACIA LA MUJER

La violencia hacia la mujer en las relaciones de pareja ha sido objeto de estudio durante las últimas décadas y ha atraído el interés de diversas agencias internacionales desde finales del siglo XX. A partir de la declaración del año 1975 como Año Internacional de la Mujer, las Naciones Unidas han promovido numerosas reuniones en las que, además de otras materias, se han ido produciendo declaraciones y compromisos para combatir la violencia contra las mujeres. Las tres Conferencias Mundiales sobre la Mujer (México, 1975; Copenhague, 1980 y Nairobi, 1985), en las cuales Naciones Unidas insta a los Estados a adoptar medidas para eliminar las discriminaciones en contra de las mujeres, son hitos relevantes que se producen para el avance de la igualdad entre hombres y mujeres.

Los años 90 inauguran una nueva etapa en el plano internacional. La discriminación en contra de las mujeres es tratada en el seno de Naciones Unidas a través de nuevas Conferencias Mundiales, mediante la instauración del Decenio de la Mujer y la elaboración de instrumentos jurídicos (Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, 2006). La Declaración de las Naciones Unidas sobre la eliminación de la Violencia contra la Mujer, adoptada por la Asamblea General de la ONU en 1993, define ésta como "todo acto de violencia basado en la pertenencia al sexo femenino que tenga o pueda tener como resultado un daño o sufrimiento físico, sexual o psicológico para la mujer, incluidas las amenazas de tales actos, la coerción o la privación arbitraria de la libertad, tanto en la vida pública como en la privada".

La IV Conferencia Mundial sobre la mujer, celebrada en Beijing en 1995, incluyó entre sus objetivos la eliminación de todas las formas de violencia contra la mujer y elaboró una lista de medidas que deberían tomar los gobiernos, las Naciones Unidas, las organizaciones internacionales y las organizaciones no gubernamentales, considerando que la eliminación de la violencia contra la mujer es esencial para la igualdad, el desarrollo y la paz (*Innocenti Research Centre, 2000*). En este mismo año,

se declara como el 25 de Noviembre como día para combatir la violencia contra las mujeres.

La Asociación de Psicólogos Americanos (APA, 1996), define la violencia doméstica como un patrón que incluye un amplio rango de conductas de maltrato físico, sexual o psicológico utilizado por una persona en una relación íntima contra la otra con el fin de obtener poder, control y autoridad. Los terapeutas americanos que trabajan en casas de acogida con mujeres, víctimas de violencia en la pareja, utilizan el uso de violencia doméstica para definir la agresión contra la mujer por parte de sus compañeros sentimentales (Walker, 1999).

En Europa a partir del Tratado de Ámsterdam en el año 1997, se reforzó la obligación de la Unión Europea de respetar los derechos fundamentales y promocionar la igualdad entre mujeres y hombres. Como consecuencia de ello, la Comisión Europea promovió un primer plan contra la violencia hacia la mujer y niños llamado Iniciativa Daphne, con vigencia hasta el año 1999. Esta Iniciativa estuvo orientada a la investigación, formación e información con vistas a construir plataformas de conocimiento que permitieran estrategias de colaboración, definición de las buenas prácticas y su extrapolación a los Estados miembros.

En este mismo año, se crea el Observatorio Europeo de Violencia contra las Mujeres que sirve de enlace entre los países y propone principios guía de buenas prácticas conforme a las experiencias que se van desarrollando. Un camino decidido hacia el cambio de actitudes y de políticas, del cual, hasta ahora, sólo puede constatarse la proliferación de programas y la acumulación de cifras y estadísticas que no permiten alcanzar conclusiones sobre su incidencia en la efectiva disminución de las conductas agresivas.

En junio del año 2000, se celebró en Nueva York la Sesión Especial de la Asamblea General de las Naciones Unidas, denominada "Las mujeres en el año 2000: igualdad, desarrollo y paz en el siglo XXI". El objetivo principal de esta Sesión Especial se centró en la revisión de los avances ocurridos desde la Declaración Política y la Plataforma para la Acción de Beijing. En este mismo año se presentó un informe para UNICEF sobre la violencia contra la mujer que recoge datos de veintitrés países,

pertenecientes a los 5 continentes. En este informe se estima que entre el 20 y el 50% de las mujeres sufren algún tipo de maltrato en el ámbito familiar. En 48 encuestas de base poblacional realizadas en todo el mundo, entre el 10 y el 68% de las mujeres indicaron haber sido objeto de agresiones físicas por parte de una pareja masculina en algún momento de sus vidas. La mayoría de las víctimas de agresiones físicas se ven sometidas a múltiples actos de violencia durante largos períodos y suelen sufrir más de un tipo de violencia como se señala en el documento de la Organización Mundial de la Salud (OMS) (2002). Esta violencia abarca: la violencia física, que comprende cualquier acto, no accidental, que provoque o pueda producir daño en el cuerpo de la mujer, tales como bofetadas, empujones, golpes, palizas, heridas, fracturas, quemaduras, etc.; la violencia sexual, que ocurre siempre que se imponga a la mujer una relación sexual contra su voluntad; la violencia psicológica, que comprende insultos, humillaciones, intimidación, amenazas, obediencia, culpabilización, y vigilancia; y los comportamientos dominantes por parte de sus parejas actuales o ex parejas, que comprenden aquellos actos como prohibirles ver a sus amigos, reunirse con sus familiares, o retirarle dinero a la víctima para que dependa de él. Dentro de estos tipos de violencia se incluyen también las tradiciones culturales nocivas para la mujer, tales como la mutilación genital femenina o la cesión hereditaria de la esposa.

Si bien la violencia hacia la mujer en el ámbito de la pareja está muy extendido en diferentes países y sociedades, sus consecuencias para la víctima, además, son muy amplias e influyen en la salud física, psíquica y emocional. Como reconoce Campbell en su influyente artículo publicado en *The Lancet* (2002), en el ámbito de la prevención e intervención en lesiones, salud materno-infantil, salud mental, el VIH y el SIDA, se debería reconocer el papel que juega la violencia contra la mujer. En este sentido, algunos estudios registraron que las mujeres maltratadas solicitan 3 veces más atención de accidentes, ingreso en urgencias y visitas a un profesional en los servicios de salud que las mujeres no maltratadas (Campbell, 2002). Es por ello que los servicios sanitarios desempeñan un papel fundamental en la detección temprana de las mujeres víctimas de maltrato. Desde el año 1997 existe un Protocolo de Actuación Sanitaria ante los malos tratos que establece directrices a seguir por parte del personal sanitario. Según estas directrices, los médicos que detecten la existencia de agresiones

cuando realicen un reconocimiento médico están obligados a cumplimentar un informe exhaustivo y remitirlo al juzgado de guardia.

En el año 2003, se celebró en Viena la Conferencia Mundial de Derechos Humanos y la Declaración sobre la eliminación de la violencia contra la mujer, y desde ese momento la sociedad civil y los gobiernos reconocieron que la violencia ejercida contra la mujer es una preocupación de las políticas públicas y de los derechos humanos (OMS, 2005).

En el año 2007 la Unión Europea (UE) creó la Agencia de los Derechos Fundamentales (FRA) con el objetivo de proporcionar a los Estados miembros y a las instituciones de la UE ayuda y asesoramiento independiente, sobre la base de estudios, en materia de derechos fundamentales. La FRA es un órgano independiente de la UE, financiado con el presupuesto de la Unión.

Unos años más tarde, en el año 2010, tras quince años de la Plataforma de Acción de Beijing (1995), los Estados Miembros aprobaron una declaración en la que se acogía los progresos realizados con el fin de lograr la igualdad de género, y se comprometían a adoptar nuevas medidas para garantizar la aplicación integral de la Declaración y Plataforma de Acción de Beijing.

Finalmente en el año 2013, el Consejo Económico y Social de las Naciones Unidas pidió a la Comisión de la Condición Jurídica y Social de la Mujer examinar y evaluar la aplicación de la Plataforma de Acción en 2015. A su vez, el Consejo invitó a los Estados Miembros de la ONU a llevar a cabo exhaustivas evaluaciones nacionales, y alentó a las comisiones regionales a llevar a cabo exámenes regionales.

VISIBILIDAD Y ACEPTACIÓN DE LA VIOLENCIA

La OMS, en un estudio realizado en el 2005 en diferentes países, investigó dos aspectos importantes de la actitud de la mujer ante la violencia de su pareja. El primer aspecto se relacionaba con las circunstancias en que la mujer considera que es aceptable “pegar a la mujer”, y el segundo aspecto con las creencias de las mujeres acerca de si pueden negarse a tener relaciones sexuales con su marido y en qué circunstancias. Para investigar estos aspectos se les presentaron a las mujeres

diferentes situaciones en las cuales debían responder si estaban de acuerdo o no en la justificación del maltrato por parte de su pareja. Entre los motivos más frecuentes que se les dieron se incluyeron: no realizar correctamente las tareas domésticas, negarse a tener relaciones sexuales, desobedecer al marido y serle infiel. Los resultados mostraron que la aceptación de los motivos para “pegar a la mujer” era más elevada entre las mujeres que habían sido víctimas de maltrato que entre las mujeres que no lo habían sido. Esto indicaría que las mujeres que están expuestas a situaciones de violencia aprenden a aceptar y tolerar en silencio las relaciones violentas. Con respecto al segundo aspecto estudiado ocurrió algo similar: se encontraron con un porcentaje bajo de mujeres que pensaban que podían negarse a tener relaciones sexuales en los casos que ellas no quisieran por estar enfermas, simplemente por no querer tenerlas o si su pareja se encontraba bajo los efectos del alcohol.

Recientemente, se han publicado los resultados obtenidos de una investigación realizada por Agencia de Derechos Fundamentales de la Unión Europea (*European Union Agency for Fundamental Rights, 2014*)- sobre la violencia de género en Europa. Hasta el momento es la encuesta de mayor alcance realizada sobre violencia de género contra las mujeres en todos los Estados miembros de la UE. Los resultados se basan en entrevistas, de entre una y dos horas de duración, a 42.000 mujeres de los 28 países de la UE, con una media de 1500 entrevistas por país. El estudio se fundamenta en las experiencias de violencia que las mujeres admiten haber sufrido. Los resultados más relevantes en esta encuesta son:

1) Se calcula que 13 millones de mujeres en la UE experimentaron violencia física durante los 12 meses previos al momento de la entrevista. Esa cifra equivale a un 7 % de mujeres con edades de entre 18-74 años en la UE.

2) Aproximadamente, 3,7 millones de mujeres en la UE experimentaron violencia sexual durante los 12 meses previos al momento de la entrevista. Esta cifra equivaldría a un 2 % de mujeres con edades de entre 18-74 años en la UE.

3) Una de cada 20 mujeres (5%) había sufrido una agresión sexual severa (p.ej., violación) desde los 15 años de edad. Esta cifra está basada en las respuestas ofrecidas a la siguiente pregunta de la entrevista: “Desde los 15 años de edad hasta ahora, ¿con

qué frecuencia le han obligado a mantener relaciones sexuales mientras la sujetaban o le hacían daño de alguna manera?”. Sin embargo, debemos tener en cuenta que en algunas jurisdicciones de la UE, la definición legal de violación trasciende el requisito de que el agresor utilice la fuerza física. De esta forma, el alcance de la violación en la UE podría superar holgadamente el 5 %.

4) En la UE, el 18 % de las mujeres han sido objeto de acoso a partir de los 15 años de edad, y un 5 % de las mujeres lo habían experimentado en los 12 meses previos a la encuesta. Esto implica que 9 millones de mujeres en la UE fueron víctimas de acoso en un periodo de 12 meses.

5) En torno al 12 % de las encuestadas indicaron que habían experimentado alguna forma de agresión o incidente sexual por parte de un adulto antes de los 15 años, lo que equivaldría a 21 millones de mujeres en la UE.

6) Los resultados revelan que el 30 % de las mujeres que han sido víctimas de agresiones sexuales por parte de su pareja actual o de las anteriores, habían sufrido también violencia sexual en la infancia.

Sin embargo, a pesar de estas cifras, según los datos aportados por este estudio, la mayoría de las mujeres víctimas de violencia no denuncian sus experiencias, ni a la policía ni a una organización de apoyo a las víctimas de este tipo de delitos. En consecuencia, la mayoría de las mujeres víctimas de la violencia no recurren al sistema judicial ni a otros servicios, lo que pone de manifiesto que las necesidades y los derechos de muchas mujeres en la UE no se abordan en la práctica actualmente.

En la actualidad, el tema de la violencia hacia la mujer en las relaciones de pareja forma parte de los objetivos primordiales implícitos en el programa político de la Unión Europea para que exista coordinación y cooperación entre los Estados miembros con el fin de impulsar la información y sensibilización de la población, fomentar medidas preventivas y de protección a las víctimas y mejorar las estadísticas.

LA VIOLENCIA HACIA LA MUJER EN ESPAÑA

En España, desde principios de los años 90, comienza a darse tratamiento a la violencia hacia la mujer en las relaciones de pareja en el ámbito de un modelo “punitivo-victimológico”. En este sentido, se encuentran las intervenciones punitivas, basadas en el castigo al agresor, posibilitadas a partir de la reforma del Código Penal de 1989 con un endurecimiento de las penas. Además, se acomete una segunda línea de intervención en la que se produce una asistencia a las víctimas, desde el punto de vista de su seguridad, así como de sus necesidades psicológicas y asistenciales (Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, 2006).

En los últimos años se han elaborado dos Planes Nacionales de Acción contra la Violencia Doméstica en los cuales se proyectan y se organizan una serie de medidas a realizar por los distintos ministerios y por una serie de instituciones públicas y privadas. Para la elaboración del primer Plan de Acción (1998-2000) el Instituto de la Mujer reunió a los organismos de igualdad de las comunidades autónomas de Andalucía, Madrid, País Vasco, Castilla y León, Asturias, Murcia y Cataluña, así como a representantes de los ministerios de Educación y Cultura, Interior, Justicia, Sanidad y Consumo, Trabajo y Asuntos Sociales. Este Plan tenía 57 medidas articuladas en torno a seis áreas de actuación: sensibilización, educación y formación, sanidad, recursos sociales, legislación y práctica jurídica, e investigación. El Segundo Plan Contra la Violencia Doméstica fue aprobado por el Consejo de Ministros en el año 2001, con vigencia hasta 2004. Gran parte de las medidas del primer plan se continúan en el segundo plan de acción porque se considera que hace falta seguir construyendo una infraestructura de asistencia y porque las medidas de educación y prevención tienen largo alcance.

La Ley Orgánica 1/2004 del 28 de diciembre, de Medidas de Protección Integral contra la Violencia de Género (B.O.E. número 313 de 29 de diciembre de 2004) consolida un modelo mixto de actuación de doble perspectiva penal-victimológica, y a la vez incorpora las actuaciones dirigidas a la sensibilización social sobre los factores que subyacen a la violencia de género y a combatir los estereotipos culturales que favorecen los roles de subordinación de la mujer. El artículo 1º expone claramente el

objetivo primordial de la Ley. Dice textualmente: *“ la presente Ley tiene como objeto actuar contra la violencia que, como manifestación de la discriminación, la situación de desigualdad y las relaciones de poder de los hombres sobre las mujeres, se ejerce sobre éstas por parte de quienes sean o hayan sido sus cónyuges o de quienes estén o hayan estado ligados a ellas por relaciones similares de afectividad, aún sin convivencia”*. En el capítulo introductorio sobre la exposición de motivos, considera que este problema no ha de circunscribirse al ámbito privado, sino que se manifiesta como el símbolo más brutal de la desigualdad existente en la sociedad. A su vez, consagra y garantiza a las mujeres que son o han sido víctimas de violencia de género una serie de derechos con la finalidad de que las mismas puedan poner fin a la relación violenta y recuperar su proyecto de vida. La propia Ley agrupa los diferentes derechos en cuatro apartados: derecho a la información, a la asistencia social integral y a la asistencia jurídica gratuita, derechos laborales y prestaciones de la Seguridad Social, derechos de las funcionarias públicas y derechos económicos. Estos derechos se garantizan a todas las mujeres víctimas de violencia de género, con independencia de su origen, religión o cualquier otra condición o circunstancia personal o social.

Desde el momento de aprobación de la Ley Integral, en todas las Comunidades Autónomas existen programas de actuación (e incluso desarrollos legislativos propios) en los que se comienzan a implementar actuaciones en la atención de las mujeres víctimas de violencia de género. De alguna manera, y a tenor de los avances en la concienciación de la violencia como problema social, los programas y actuaciones existentes van abandonando ese carácter asistencial para situar el problema y su abordaje fuera del ámbito exclusivo de los servicios sociales, incorporando medidas que incumben a otros ámbitos involucrados en el tratamiento integral del problema de la violencia hacia la mujer en las relaciones de pareja (Justicia, Cuerpos y Fuerzas de Seguridad, Educación, Cultura, Trabajo, Vivienda, entre otros).

En el año 2006, el Consejo de Ministros aprobó el Plan Nacional de Sensibilización y Prevención de la Violencia de Género y un Catálogo de Medidas Urgentes con el fin de hacer posible que los objetivos perseguidos por la Ley Orgánica 1/2004 de medidas de protección integral contra la violencia de género se hiciesen efectivos en el plazo más breve posible, orientando las actuaciones de las distintas

administraciones públicas para sensibilizar al conjunto de la sociedad sobre la dimensión y las consecuencias de la violencia de género y adoptando un conjunto de actuaciones destinadas a prevenir dicha violencia y a reforzar la protección de las víctimas.

El 27 de febrero de 2007 se aprueba la Instrucción Conjunta de los entonces Ministerios de Trabajo y Asuntos Sociales, Interior y Administraciones Públicas para el seguimiento y coordinación de las actuaciones por las Delegaciones y Subdelegaciones del Gobierno en materia de violencia de género, en la que se determina que las Delegaciones del Gobierno contarán con una Unidad de Coordinación contra la Violencia sobre la Mujer y en todas las Subdelegaciones del Gobierno existirá una Unidad de Violencia sobre la Mujer. Unos años más tarde, debido al tiempo transcurrido desde la creación de las Unidades, se hace imprescindible la actualización de sus funciones, a través de la aprobación de una nueva instrucción que sustituya a la adoptada en 2007. Por un lado, para extender su ámbito de actuación a la lucha contra la trata de mujeres con fines de explotación sexual; y por otro lado, para fortalecer el papel de las unidades como coordinadoras, en el ámbito de la Administración General del Estado, de las acciones que se realicen y los recursos disponibles en el ámbito de la violencia de género, trabajando en colaboración y cooperando con las Administraciones competentes en esta materia.

En los últimos años, todas las comunidades autónomas han empezado a tomar medidas para combatir la violencia doméstica. En algunos casos se trata de medidas que se integran en sus planes de igualdad y en otros se han elaborado planes específicos contra la violencia de género. Las comunidades autónomas de Extremadura, Madrid, Murcia, La Rioja, Navarra, Asturias, Andalucía, y desde enero de 2002, Canarias, cuentan con sus propios planes contra la violencia. En las comunidades de Aragón, Castilla-La Mancha, Cantabria, Castilla y León, Galicia, País Vasco y Valencia existen medidas para combatir la violencia hacia las mujeres en sus planes de igualdad de oportunidades para mujeres y hombres.

LA VIOLENCIA HACIA LA MUJER EN ESPAÑA: CIFRAS

Los primeros datos de denuncias por malos tratos, facilitados por el Ministerio del Interior, datan de 1983. Entre 1983 y 1996 se ofrecían datos de denuncias estableciendo una distinción entre maltrato físico, psíquico y ambos (Instituto de la Mujer, 2009). Desde el año 1997 existe un mandato de la Unión Europea de recoger, elaborar y publicar anualmente datos sobre la violencia hacia la mujer en las relaciones de pareja en cada uno de los países miembros. En general, la recogida de datos a partir de las comisarías, los juzgados y los hospitales se han llevado a cabo con poco rigor.

Según información proporcionada por el Ministerio del Interior (ver Tabla 1), en el año 2006 las denuncias realizadas por mujeres víctimas de la violencia de género ascendieron a 62.170. Si se analiza el número de denuncias por malos tratos producidos por la pareja o ex pareja, los resultados difieren según el tipo de relación existente entre víctima y agresor. En el caso de las mujeres, el porcentaje de denuncias en las cuales ya se había producido la ruptura en la relación respecto de la persona denunciada representa el 50.3% de las denuncias que se presentan cuando la relación todavía se mantiene. En estos datos se incluyen las denuncias presentadas ante los Cuerpos y Fuerzas de Seguridad del Estado Del País Vasco y Cataluña, pero no las denuncias formuladas ante la policía autonómica; por eso no se incluyen en la tasa por millón de mujeres (Instituto de la Mujer, 2009; Mujeres y hombres en España, 2009).

Si bien el número de denuncias es un indicador relativamente sencillo de recopilar, presenta problemas de interpretación como indicador directo de la incidencia de la violencia hacia la mujer. Por ejemplo, existe evidencia de que gran parte de los casos de violencia hacia la pareja no se denuncian (ver Gracia y Herrero, 2006a). Es por ello que, con el objetivo de acercarse a una verdadera cuantificación del fenómeno, desde el año 1999 se viene realizando macroencuestas de violencia contra la mujer. La última de ellas, realizada por el Ministerio de Sanidad, Política Social e Igualdad, a partir de entrevistas presenciales a más de 8000 mujeres entre 18 y 65 años, estima que más de dos millones de mujeres en España (10.8%) han sufrido maltrato por parte de su pareja alguna vez en la vida, de las que unas 600.000 (3%) lo han sufrido el último año (Macroencuesta sobre Violencia de Género, 2011). A esta

macroencuesta, se viene a unir la serie de tres macroencuestas realizada por el Instituto de la Mujer (2009) en las que se estiman dos formas diferentes el maltrato. Por un lado, las mujeres que técnicamente se han considerado como maltratadas por responder a determinados criterios de la encuesta (maltrato técnico o “tipo A”), y por otro, las mujeres que se autclasifican como maltratadas (maltrato declarado o “tipo B”). En estas macroencuestas se estima que el porcentaje de mujeres que declaran haber sido maltratadas por su pareja (maltrato declarado o “tipo B”) se situaba en torno al 4.2% en 1999 y continuaba en el 3.6% en 2006. Con respecto al maltrato técnico o “tipo a” el porcentaje se situaba en torno al 11,1% en 1999 y el 9,6% en 2006 (ver Tabla 1). Según los últimos datos obtenidos y tomando en cuenta ambos tipos de maltrato, se ha observado un lento descenso registrado en el año 2006 respecto al 2002 (Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, 2006; Instituto de la Mujer, 2009). Sin embargo como este descenso entra dentro de los márgenes de error previstos en el diseño muestral de las encuestas, y debería analizarse con cautela.

Tabla 1. Denuncias por malos tratos por parte de la pareja o ex pareja en España (2000-2006). Mujeres datos absolutos, tasas por millón, maltrato técnico y maltrato declarado.

	2000	2001	2002	2003	2004	2005	2006
Números de denuncias ^a	22.407	24.158	43.313	50.090	57.527	59.758	62.170
Tasas por millón ^b			2.260,08	2.607,70	2.985,27	3.106,96	3.245,26
Maltrato técnico (Tipo A) ^c			11,1%				9,6%
Maltrato declarado (Tipo B) ^d			4,2%				3,6%

^a El número de denuncias corresponden a los datos oficiales proporcionados por el Ministerio del Interior y el Instituto de la Mujer, representados en datos absolutos.

^b Estos datos representan las tasas por millón respecto a los datos oficiales ofrecidas por el Instituto de la Mujer.

^c Se considera maltrato técnico a las mujeres que se consideran técnicamente maltratadas por haber respondido a los criterios específicos de la encuesta realizada por el Instituto de la Mujer.

^d Se considera maltrato declarado a las mujeres que se autclasifican como maltratadas.

A partir del año 2007, los datos oficiales los proporciona el Ministerio de Igualdad (ver Tabla 2). Desde el 1 de enero de 2007 al 31 de diciembre de 2008, llegaron a los juzgados un total de 268.418 denuncias por violencia ejercida por hombres contra una mujer que era su pareja o ex pareja. Estas cifras incluyen tanto las denuncias que llevan los juzgados presentadas ante las Fuerzas y Cuerpo de Seguridad del Estado y ante la policía autonómica y local, como las denuncias que proceden de los partes de lesiones y las denuncias que han sido interpuestas directamente por las víctimas, sus familiares o por terceros ante el juzgado (Mujeres y Hombres en España, 2010).

Durante el 2009, llegaron a los juzgados 135.540 denuncias por violencia contra la mujer por parte de su pareja o ex pareja. La mayor parte de las denuncias habían sido interpuesta ante las fuerzas del orden por la propia víctima (72.7%). El resto de las denuncias procedían fundamentalmente de atestados policiales y partes de lesiones (Ministerio de Sanidad, Política Social e Igualdad, 2010).

Según datos proporcionados por el Consejo General del Poder Judicial, el número de denuncias diarias en España es más o menos constante y oscila alrededor de las 350. Entre el 1 de enero de 2007 y el 31 de diciembre de 2014, el 20.8% de las denuncias llegaron a juzgados de Andalucía, el 15.4% a los de Madrid, el 14.1% a juzgados de Cataluña y el 13.4% a juzgados de la Comunidad Valenciana. En total, el 63.7% de las denuncias llegaron a juzgados de alguna de estas cuatro comunidades autónomas. A nivel provincial, las provincias que han registrado un mayor número de denuncias son Madrid (15.4% del total), Barcelona (9.6%), Valencia (7.0%) y Alicante (5.4%).

Tabla 2. Denuncias por malos tratos por parte de la pareja o ex pareja en España (2007-2014). Números de denuncias y media diaria

	2007	2008	2009	2010	2011	2012	2013	2014
Números de denuncias	126.293	142.125	135.540	134.105	134.002	128.543	124.894	126.742
Media Diaria	346	388	371	368	367	352	342	347

También el elevado número de víctimas mortales da una idea de la extensión del fenómeno en su extremo más letal. En España se viene recogiendo estadísticas de las mujeres víctimas mortales de maltrato. En estos últimos años, entre 2000 y 2015, el total de mujeres fallecidas a causa de la violencia de género fue de 957 víctimas, que perdieron la vida a manos de sus parejas o ex parejas (ver Tabla 3). Entre las mujeres extranjeras se han incluido las de nacionalidades africanas, latinoamericanas, de los países pertenecientes a la Unión Europea y del resto de Europa. En estos datos se incluyen aquellos casos en los que el agresor es el cónyuge, ex cónyuge, compañero sentimental, ex compañero sentimental, novio o ex novio. Un dato importante a tener en cuenta en estas cifras es que alrededor del 65% de las víctimas convivían con sus agresores. Como tendencia general en estos últimos 15 años (2000-2015) se observa que en España aproximadamente cada 5 ó 6 días una mujer pierde la vida a manos de su pareja o expareja masculina.

En el año 2005 se registró una leve disminución de los casos de mujeres fallecidas por violencia hacia la mujer en las relaciones de pareja, respecto al año anterior, pero en los años posteriores los casos volvían a incrementarse. El mayor aumento se registró en el año 2008, cifra más elevada de los últimos 15 años. En el 2009 los casos registrados fueron de 56, entorno a las menores cifras la registradas de la serie. Sin embargo, en el año 2010 volvía a aumentar el número de víctimas mortales hasta los 73 casos. En años posteriores, 2011, 2012, 2013 y 2014 las cifras volvieron a descender. Por último, en el año 2015 se han registrado 24 casos hasta el mes de julio.

Tabla 3. Mujeres víctimas mortales de la violencia en la pareja en España (2000-2014)¹

	2000	2001	2002	2003	2004	2005	2006	2007	2008	2009	2010	2011	2012	2013	2014	2015 ^a
Españolas	50	36	37	61	53	41	49	43	43	36	45	40	41	38	36	18
Extranjeras ^b	9	9	13	10	17	16	20	28	33	20	28	21	11	16	18	6
Desconocida	4	5	4	0	2	3	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
Total	63	50	54	71	72	57	69	71	76	56	73	61	52	54	54	24

¹ Los datos desde el año 2000 al 2005 proceden del Instituto de la Mujer y a partir del año 2006 proceden de la Delegación de Gobierno para la Violencia de Género, Ministerio de Sanidad, Servicios Sociales e Igualdad.

^a Datos hasta el 14 de agosto del 2015. En este año hay 7 casos aún en proceso de investigación.

^b Incluye mujeres de nacionalidades latinoamericanas, africanas, pertenecientes a la Unión Europea y el resto de Europa.

El Observatorio Estatal de Violencia sobre la Mujer es un órgano colegiado interministerial vinculado a la Secretaría de Estado de Igualdad a través de la Delegación del Gobierno para la Violencia de Género, al cual le corresponde el asesoramiento, evaluación, colaboración institucional, elaboración de informes y estudios, y propuestas de actuación en materia de violencia de género. A su vez, es el encargado de recabar información proveniente de las instituciones, tanto públicas como privadas, que desde el ámbito social, sanitario, educativo, judicial y policial, entre otros, están implicadas en la lucha contra la violencia de género, para analizar la magnitud del fenómeno y su evolución (Ministerio de Sanidad, Política Social e Igualdad, 2011). Según el V Informe Anual del Observatorio Estatal de Violencia sobre la Mujer, la mayoría de los asesinatos por violencia hacia la mujer en el ámbito de las relaciones de pareja que se han cometido entre el 1 de enero del año 2003 y el 31 de diciembre de 2011 han sido efectuados por la pareja (459 que representa el 75.7%), y los efectuados por la ex pareja de la víctima fueron 147, que representan el 24.3% (ver Figura 1).

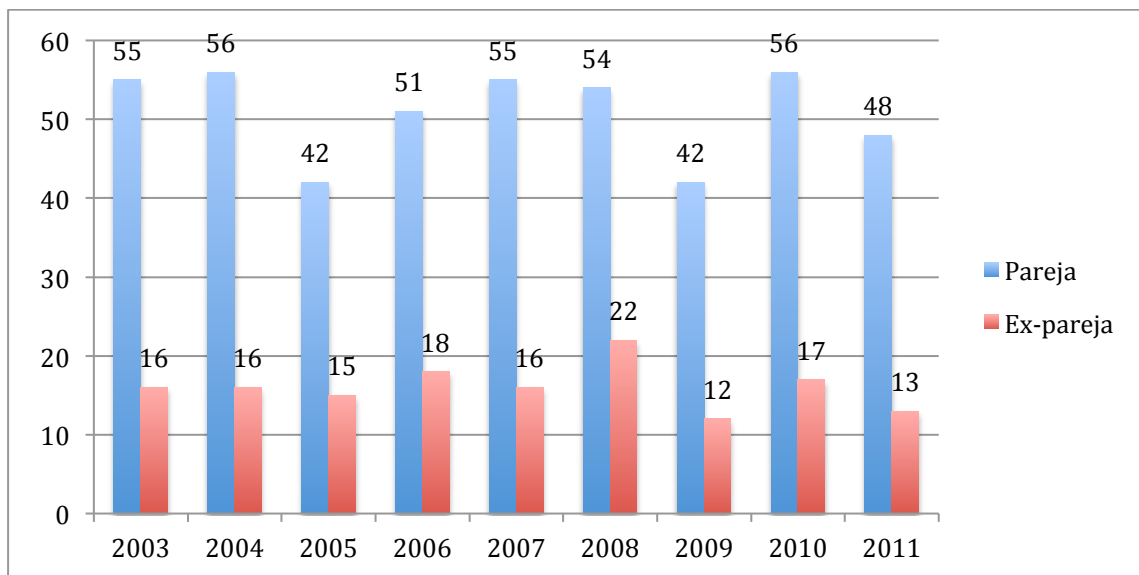


Figura 1. Víctimas mortales por violencia de género. Relación entre víctimas y agresores (2003-2011)

En la mayor parte de los casos (en torno a un 80%), la víctima no había abandonado la relación afectiva con el agresor (cónyuges, compañeros sentimentales, o novios). Por otra parte, también existe un interés por identificar la nacionalidad de

víctimas y agresores para, indirectamente, evaluar hasta qué punto la violencia contra la pareja es un fenómeno importado. Las agresiones mortales muestran una sobrerrepresentación tanto de víctimas como de agresores de nacionalidad extranjera. Entre el 1 de enero de 2003 y el 31 de diciembre de 2011 se desconoce tanto la nacionalidad concreta como el continente de nacionalidad de la víctima en 2 casos y los del agresor en 6 casos (ver Tabla 4).

Tabla 4. Nacionalidad de víctimas (2003-20011)

	Víctimas	Agresores		
		Español	Extranjero	No consta
Española	413	367	45	1
Extranjera	191	46	142	3
No consta	2	0	0	2
Total	606	413	187	6

De acuerdo con la información disponible, el agresor era español en 413 casos y extranjero en 187; en ese período hubo 413 víctimas españolas y 191 extranjeras. La proporción de agresores extranjeros, respecto al total de aquellos de los que se conoce la nacionalidad, fue del 31.17% y la de víctimas extranjeras del 31,62%. De las 413 víctimas mortales españolas que se contabilizaron en el periodo indicado, 367 fueron asesinadas por agresores españoles y 45 por extranjeros. En el caso de las víctimas extranjeras, 142 mujeres fueron asesinadas por agresores extranjeros y 46 murieron a manos de agresores de origen español.

A su vez, se han tenido en cuenta las tasas por millón de las mujeres extranjeras y las mujeres españolas (ver Figura 2). Los datos desde el año 2003 al 2005, proceden del Instituto de la Mujer, y a partir del 2006 hasta el año 2009 proceden del V Informe Anual del Observatorio Estatal de Violencia sobre la Mujer. Según este informe, la heterogeneidad y previsible disparidad de criterios a lo largo del tiempo en los sistemas de recogida de información, así como la limitada significación estadística de

las cifras de crímenes por violencia de género, obligan a utilizar con prudencia los datos que recoge este Informe que, no obstante, pretende tener carácter exhaustivo.

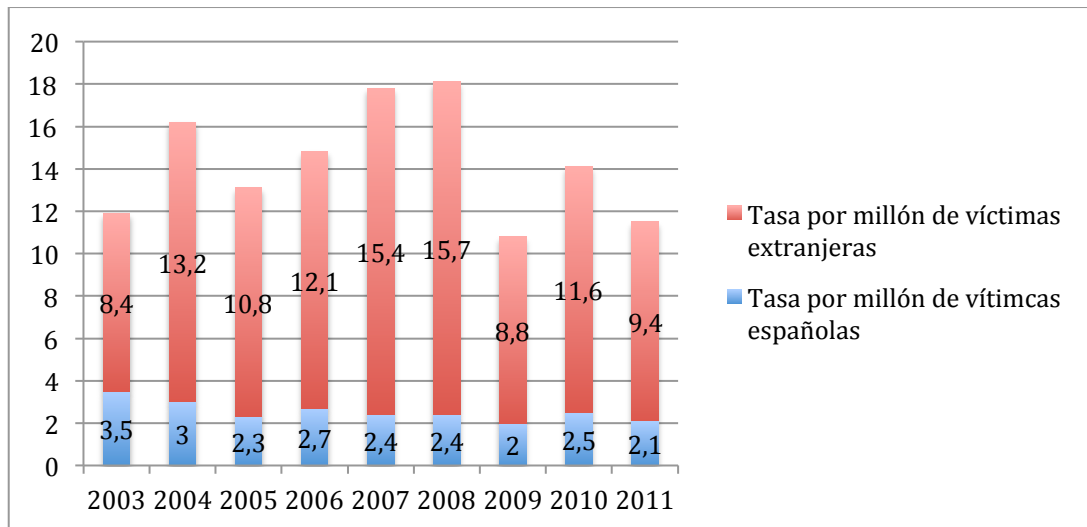


Figura 2. Tasas de víctimas mortales por millón de mujeres extranjeras y españolas (2003-2011)

Si establecemos una tasa por millón de mujeres comprobamos que la tasa de víctimas mortales por millón de mujeres españolas más alta también fue la de 2003 (3,5), mientras que la tasa de 2009 (2,0) fue la más baja; en 2011 la tasa de víctimas españolas fue 2,1, cifra que se encuentra por debajo de la media (2,6). En cuanto a las víctimas extranjeras, su tasa más elevada fue la de 2008 (15,7) y la más baja fue la de 2003 (8,4). En el año 2011, ha habido un descenso notable, alcanzando un cifra (9,4) respecto al año anterior.

Por último, con respecto al ámbito geográfico (ver Figura 3), se observa que durante el período considerado (1 de enero de 2003 al 31 de diciembre de 2014), en casi todas las comunidades españolas se ha cometido un homicidio por violencia hacia la mujer en el ámbito de las relaciones de pareja.

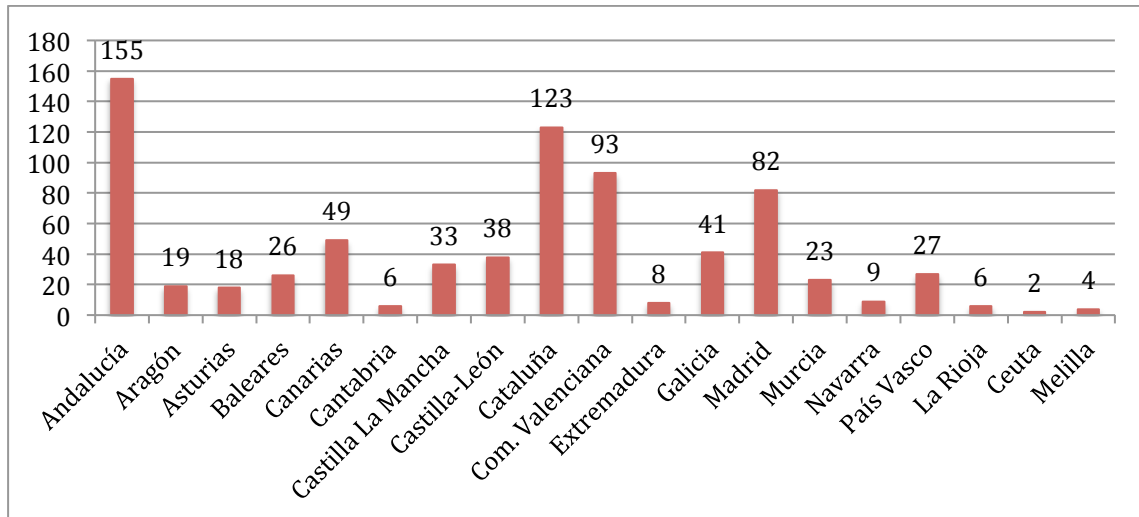


Figura 3. Ámbito geográfico de víctimas mortales por violencia hacia la mujer (2003-2014)

Andalucía constituye la comunidad autónoma en la que se han producido mayor número de crímenes (155), seguida de Cataluña (123), la Comunidad Valenciana (97) y Madrid (82). Estas cuatro comunidades con mayor número de población contribuyen al mayor número de víctimas mortales por violencia de género. Siguen en orden de importancia numérica Canarias (49), Galicia (41) Castilla y León (38), Castilla – La Mancha (33 víctimas) y País Vasco (27).

LA VIOLENCIA CONTRA LA MUJER: EXPLICACIONES TEÓRICAS

Heise, Ellsberg y Gottemoeller (1999) proponen una visión ecológica integrada para el estudio y análisis de la violencia contra la mujer. Desde esta perspectiva, se considera que no existen factores causales, sino una interacción de factores que operan desde diferentes niveles y que pueden favorecer o inhibir la violencia. Entre los factores se encuentran los culturales, el género y las relaciones de poder en el seno de la convivencia. Las normas culturales no sólo se manifiestan en el ámbito individual-conyugal, también se encuentran en el ámbito de las relaciones familiares, de la comunidad y del contexto social. Como señala la Organización Mundial de la Salud, la

violencia no es un fenómeno exclusivamente individual, sino que es un fenómeno interpersonal que se produce en un contexto social concreto.

La explicación de la violencia hacia la mujer en las relaciones de pareja, por tanto, es compleja debido a que intervienen múltiples ámbitos cada uno de ellos con una capacidad explicativa limitada pero importante. Estos ámbitos harían referencia a: 1) el individuo (desordenes de personalidad, características psicológicas, conductas adictivas de los maltratadores, sexismo, etc.); 2) la familia (graves problemas de comunicación, conflictividad en la relación, relaciones disfuncionales, ausencia de apoyo familiar, aislamiento social de la familia, etc.); y, 3) la sociedad (por ejemplo, sociedades machistas, tolerancia social del uso de la violencia, actitudes sociales sobre la violencia hacia la mujer en las relaciones de pareja, etc.).

En el ámbito individual, el estudio de las características psicológicas de los hombres violentos ha marcado buena parte de la investigación en este campo y se refleja, por ejemplo, en el estudio de los perfiles psicológicos de los hombres violentos hacia la mujer. De acuerdo con los resultados obtenidos en diferentes estudios, los hombres violentos suelen presentar carencias psicológicas, déficits cognitivos, desordenes de personalidad, falta de control de impulsos y una estrecha relación entre la severidad de la violencia y el control de la ira (Dutton y Golant, 1997; Echeburúa y Fernández- Montalvo, 2009; Murphy, Taft y Eckhardt, 2007). Sin duda, la publicación del influyente trabajo de Holtzworth – Munroe y Stuart (1994) en el *Psychological Bulletin* supone uno de los momentos claves para entender la evolución de este campo de estudio. Es en esta revisión de estudios publicados en los 20 años previos donde se proponen 3 tipos de maltratadores en función de 3 dimensiones: violencia marital, generalidad de la violencia y psicopatología/desorden de personalidad. Esta revisión sugería que los problemas psicológicos o características de personalidad explicarían en parte la conducta violenta hacia la mujer, fundamentalmente la personalidad antisocial y el desorden límite de personalidad (ver también White y Gondolf, 2000 para un estudio de las características de personalidad de los maltratadores). Unos años más tarde (Holtzworth – Munroe, Rehman, y Herron, 2000) se procede a revisar las conclusiones del 1994, donde se habían propuesto los 3 tipos de maltratadores, y se

propone un cuarto grupo con un nivel antisocial menor y que se encontraría entre los violentos familiares y el generalmente violento. En el año 2004, Holtzworth – Munroe y Meehan, al observar la evolución de los sujetos durante 3 años, encontraron que la adscripción de los maltratadores a las tipologías no era completamente estable. Es por ello que proponen continuar con el estudio de las 3 dimensiones descritas originalmente (violentos maritales, generalidad de la violencia y psicopatología/desorden de personalidad). En esta misma línea, los resultados de laboratorio de Gottman et al. (1995) sugieren dos tipos de hombres violentos contra la mujer en el ámbito de las relaciones de pareja: (1) aquellos que muestran características antisociales y agresivo-sádicas, así como una mayor probabilidad de drogodependencia (tipo “cobra”) y; (2), aquellos que evidencian un trastorno de personalidad por evitación y *borderline*, características pasivo-agresivas, ira crónica y son emocionalmente dependientes (tipo “pitbull”). En los primeros, la conducta agresiva parece planificada y va acompañada de un grado profundo de insatisfacción, no se observan sentimientos de culpa y son emocionalmente más abusivos que el segundo grupo de hombres violentos, que se caracterizan por una conducta violenta impulsiva, mediatizada por la ira que refleja la incapacidad en el control de los impulsos o en la expresión de los afectos. Estas y otras investigaciones sobre el papel de las características individuales de los hombres violentos tienden a identificar problemas de control de impulsos, baja autoestima, problemas de ansiedad, depresión, personalidad antisocial y dependencia de sustancias como principales características individuales (ver, por ejemplo, el trabajo de Tolan, Gorman-Smith y Henry publicado en el 2006 en el *Annual Review of Psychology*).

Estos trabajos pusieron de manifiesto durante las dos últimas décadas, en el ámbito internacional, la idea de que existen marcadores psicológicos que podrían clasificar a los hombres violentos contra su pareja. Esta línea de investigación toma cuerpo en España a partir de los años 90, cuando comienzan a realizarse investigaciones orientadas al estudio de los hombres que ejercen violencia contra la pareja (ver el trabajo pionero desarrollado por Echeburúa y Fernández-Montalvo,

1997), con referentes claros en las dos últimas décadas (Cáceres, 1999; Amor, Echeburúa y Loinaz, 2009; Loinaz, Sánchez y Ferragut, 2011).

Desde el punto de vista familiar, tradicionalmente se ha reconocido en la literatura científica que una parte de la explicación de las conductas violentas en el seno de las relaciones de pareja podría encontrarse en las dinámicas familiares previas (Tolan et al., 2006). Por ejemplo, en el trabajo pionero de Holtzworth – Munroe y Stuart (1994) se identifica un tipo de hombre violento que no presenta ningún trastorno de personalidad y ni siquiera un mínimo historial de violencia (ni con la pareja ni con otras personas). En términos de estos autores, una persona orientada a la violencia en la familia, cuya conducta violenta tiende a situarse en el extremo menos severo si se compara con otros hombres violentos contra la pareja. Este tipo de hombres, además de evidenciar bajos niveles de psicopatología, tienden a expresar actitudes positivas hacia las mujeres e incluso actitudes negativas hacia la violencia, lo que para algunos autores podría explicar la presencia de remordimientos que suelen inhibir la existencia de múltiples episodios de agresión o daño en estos sujetos. Tolan y colaboradores (2006) sugieren que es la calidad de las relaciones la que permitiría identificar un posible origen de la conducta violenta una vez que se han tenido en cuenta las características psicológicas. Así, los elevados niveles de conflicto y las bajas habilidades para mantener relaciones funcionales (Capaldi, Gorman y Smith, 2003) podrían explicar los elevados niveles de stress de este tipo de hombres frente a los no violentos (Margolin, John y Gleberman, 1988).

Algunos investigadores han tratado de comprender esta identificación entre familia y violencia en estos hombres a partir del análisis de sus relaciones familiares en la infancia. Así, en comparación con otros hombres violentos hacia la mujer, este tipo de hombres presenta una menor probabilidad de haber presenciado episodios de violencia entre sus padres (Cadsky y Crawford, 1988; Hershorn y Rosenbaum, 1991), aunque la investigación no es concluyente en cuanto a la relación de este tipo de hombres violentos con sus padres: algunas apuntan a un menor maltrato infantil y otras a un mayor maltrato infantil (ver Holtzworth – Munroe y Stuart, 1994; Tolan et al., 2006, para un revisión de estudios). Si bien la biografía familiar no parece explicar

satisfactoriamente la presencia de violencia en estos hombres, algunos autores han vinculado la pertenencia a este grupo de hombres violentos con cuestiones de socialización de género y de establecimiento de vínculos sociales en la familia. Por ejemplo, Jennings y Murphy (2000) han señalado que una parte de la violencia de estos hombres puede deberse al tipo de interacciones que mantienen con otros hombres y mujeres. De este modo, si en su infancia estos hombres fueron socializados en valores instrumentales, pudiera derivarse una ausencia de intimidad que limitara las posteriores relaciones adultas con hombres y con mujeres.

Como han señalado Echeburúa y Redondo (2010), estos hombres presentarían una tendencia hacia el aislamiento social y emocional. Su principal consecuencia es que estos hombres podrían haber crecido con una limitada capacidad para establecer y mantener sistemas de apoyo y podrían presentar una tendencia a mantener redes de apoyo muy reducidas y caracterizadas por un entorno familiar relativamente aislado, en el que la mujer hace de “amante, madre, mejor amigo, confidente, grupo social, colega e incluso a veces de padre sustituto” (Jennings y Murphy, 2000, p. 26). En este entorno relacional excesivamente restringido y asfixiante, podrían aparecer episodios de violencia, más allá de la presencia de trastornos de personalidad o conducta antisocial. Y es que en una situación de familia aislada, la posibilidad de problemas comunicacionales o interacciones sociales problemáticas aumenta, incluidos los episodios violentos. Ello explicaría los resultados de algunas investigaciones que informan de menores niveles de apoyo social en perpetradores de violencia contra la mujer en comparación con un grupo control (Huang, Zhang y Cao, 2007; Zhao, Zhang, Li, Zhou y Li, 2008).

Desde el punto de vista social, la literatura sobre violencia en la pareja es consistente en sugerir que la existencia de ciertos elementos actitudinales compartidos en una sociedad podría explicar en parte este tipo de violencia (Gracia, 2002; Strauss, Kaufman y Moore, 1997). Aspectos tales como la tolerancia y la aceptabilidad de determinadas formas de violencia en circunstancias específicas han sido identificados como variables del ámbito social que podrían explicar la violencia del hombre hacia la mujer en la relación de pareja. En un trabajo llevado a cabo por Gracia

y Herrero (2006b) se mostraba que las actitudes tolerantes hacia la violencia en la pareja en la Unión Europea son relativamente frecuentes, tanto en hombres como en mujeres. Estas actitudes tolerantes incluyen por ejemplo, la culpabilización de la víctima de la violencia ejercida contra ella, no incluir como violencia episodios con agresiones no severas (por ejemplo, insultos, gritos o incluso empujones) o la idea de que la violencia en la pareja es relativamente poco frecuente en la sociedad y por tanto un problema menor. Como han señalado estos autores, un entorno social que acepta o incluso justifica la violencia en la pareja en determinadas circunstancias, contribuye a crear un clima de tolerancia que facilita a los agresores a persistir en su conducta violenta y además dificulta que la víctima visibilice su situación, inhibiendo el proceso de ayuda y perpetuando, probablemente, el ciclo de violencia. Además, aunque este tipo de violencia se observa en todos los estratos socioeconómicos, la prevalencia es más alta en entornos socioeconómicamente desfavorecidos (Benson, Fox y Litton, 2004). Incluso en estos entornos desaventajados, existen diferencias: el riesgo de violencia aumenta en aquellas parejas con mayores problemas económicos (y por tanto estrés), probablemente porque la capacidad para abandonar la relación disminuye en estos casos (Heise, 1998).

Frente a las explicaciones de tipo individual o familiar, que presuponen la existencia de alteraciones de personalidad o de relaciones disfuncionales en el seno familiar, este tipo de explicación basada en elementos sociales tiene el atractivo de poder explicar la elevada extensión del fenómeno en nuestra sociedad. Algunos autores señalan que la violencia contra la mujer se vincula con características estructurales de las sociedades patriarcales. La violencia se deriva de la existencia de desigualdades estructurales entre hombres y mujeres y se hace necesaria para mantener a las mujeres en situación de inferioridad. Son estas sociedades patriarcales las que tienden a potenciar valores de género tradicionales en sus miembros, lo que permite perpetuar los mecanismos de control y sumisión de la mujer en el seno de las relaciones de pareja. La investigación ha mostrado una relación consistente entre la existencia de desigualdades estructurales en estas sociedades (por ejemplo, en acceso de las mujeres a los recursos económicos, a la educación, a la sanidad o a la política) y

la presencia de valores tradicionales de género en sus miembros –especialmente el sexismo- (Glick et al., 2000; Napier, Thorisdottir, y Jost, 2010). Como sugiere Brandt (2011), las actitudes sexistas de los ciudadanos sirven para perpetuar en el tiempo las desigualdades estructurales, lo que a su vez alimenta la presencia de actitudes sexistas. Desde este punto de vista, no sólo las sociedades patriarcales tienden a fomentar el sexismo en sus miembros, sino que el sexismo (fundamentalmente el sexismo hostil, ver Allen, Swan, y Raghavan, 2009, para un análisis) es en sí mismo un importante antecedente de la violencia contra la mujer en las relaciones de pareja.

Las principales investigaciones tanto nacionales como internacionales han intentado a lo largo de estos años analizar los orígenes de la violencia hacia la mujer en las relaciones de pareja desde tres aspectos fundamentales: individuales, familiares y sociales. Conocer las diferentes interrelaciones que se establecen en estos ámbitos es esencial para estimar de forma más fiable que papel juegan estas características en la explicación de la violencia. Es por ello que la presente tesis se ha centrado en estudiar las características psicológicas y personalidad principalmente y su relación con el funcionamiento familiar y el entorno social/comunitario.

OBJETIVOS

El objetivo general de los estudios que conforman esta tesis, es conocer con más detalle las características psicológicas y de personalidad asociadas con la violencia de los hombres contra la mujer en el ámbito de las relaciones de pareja.

Este objetivo general se divide a su vez en tres objetivos específicos:

1) Realizar una revisión teórica exhaustiva de las principales investigaciones de la última década sobre el estudio de las características psicológicas y de personalidad de los hombres violentos hacia la mujer en el ámbito de las relaciones de pareja. Respecto a este objetivo se prestará atención a tres características fundamentales de los diferentes estudios: instrumentos de evaluación, tipo de muestra y tipologías propuestas.

2) Estudiar si existen diferencias significativas entre los tipos de maltratadores teniendo en cuenta sus características individuales. Para este objetivo, se prestará especial atención a la trayectoria violenta y delictiva de los maltratadores así como a aspectos psicológicos que incluyen características de personalidad, abuso de sustancias y sexismo. Finalmente, también se atenderá a las características familiares y sociales de estos maltratadores con el objeto de obtener un perfil clasificatorio más riguroso.

3) Explorar el papel de las actitudes de género (el sexismo) en la explicación de la violencia contra la mujer en las relaciones pareja. Se pretende comprender mejor cuál es la relación entre una de las características individuales más estudiadas, el sexismo, y la violencia en la pareja. En este objetivo, se pretende específicamente analizar la relación entre el sexismo y la violencia en la pareja atendiendo además a la relación que el sexismo muestra con la violencia general, permitiendo de este modo identificar con mayor precisión la contribución específica del sexismo a la explicación de la violencia en la pareja.

A continuación, se presentarán los trabajos de investigación realizados para la defensa de esta tesis doctoral.

TRABAJOS DE INVESTIGACIÓN



ARTÍCULO 1

VIOLENCIA HACIA LA MUJER:
CARACTERÍSTICAS
PSICOLÓGICAS Y DE
PERSONALIDAD DE LOS
HOMBRES QUE MALTRATAN A
SU PAREJA

Violencia hacia la mujer: características psicológicas y de personalidad de los hombres que maltratan a su pareja

Andrea Torres*, Serafín Lemos-Giráldez y Juan Herrero

Departamento de Psicología, Universidad de Oviedo, España

Resumen. Este trabajo presenta una revisión teórica de las principales investigaciones de la última década sobre el estudio de las características psicológicas y de personalidad de los hombres condenados por violencia hacia la mujer en la relación de pareja. La revisión efectuada atiende a tres características principales de los estudios: instrumentos de evaluación, tipo de muestra y tipologías encontradas. En cuanto los instrumentos de evaluación se han utilizado frecuentemente el MCMI en sus tres versiones (*Millon Clinical Multiaxial Inventory*) STAXI (*State-Trait Anger Expression Inventory*), SCL-90 (*Symptom Checklist-90-R*) y PCL-R (*Psychopathy Checklist-Revised*), entre otros. Respecto a las muestras utilizadas, éstas varían en tamaño y tipo (comunitaria o penitenciaria) en los diferentes estudios. Esta variabilidad tanto en los instrumentos de evaluación como en el tamaño y tipo de las muestras limita claramente la comparación de las características obtenidas. Dentro de la heterogeneidad de los grupos encontrados en las distintas investigaciones existen determinadas características que se repiten de forma recurrente: características del tipo antisocial, narcisista, *borderline* y abuso de sustancias.

Palabras clave: Violencia en la pareja; maltratadores; tipologías; características psicológicas; trastorno de personalidad.

Title: Violence against woman: Psychological and personality characteristics of men who abuse their female partner.

Abstract. This paper presents a theoretical review of the major findings during the last decade on the study of personality and psychological characteristics of men convicted of violence against their female partner. Three characteristics of the studies are reviewed: assessment tools, sample type and typologies found. The most commonly used assessment tools were the three available versions of MCMI (Millon Clinical Multiaxial Inventory), STAXI (State-Trait Anger Expression Inventory), SCL-90-R (Symptom Checklist-90-R) and PCL-R (Psychopathy Checklist -Revised). Regarding the samples used, they varied in size and type in different studies (e.g. community or penitentiary samples). This variability in both development tools and the size and type of samples clearly limits the comparison of the characteristics found. Within the heterogeneity of the groups found in the different studies, there are certain characteristics that are repeated on a recurring basis: antisocial, narcissistic, *borderline* characteristics and substance abuse.

Key words: Intimate partner violence; male batterers; typologies; psychological characteristics; personality disorders.

Introducción

La violencia hacia la mujer en las relaciones de pareja es un problema social de primera magnitud. En nuestro país, se estima que alrededor de un 9.3% de las mujeres mayores de 18 años son víctimas de maltrato físico, psicológico o sexual por parte de sus parejas y que en más del 60% de los casos éste ocurre durante un período superior a 5 años (Instituto de la Mujer, 2006; Patró, Corbalán y Limiñana, 2007).

En las últimas décadas se ha producido un aumento de las investigaciones sobre la violencia contra las mujeres por parte de sus parejas debido a su alta prevalencia y a sus consecuencias graves en la salud física, psíquica y emocional a través del tiempo (Alonso, Manso, García-Baamonde Sánchez, 2009; Domínguez, García y Cuberos, 2008). Existen numerosos informes y estudios que muestran las importantes consecuencias que tiene la violencia contra la mujer. Por ejemplo, la investigación realizada por *INNOCENTI DIGEST* en el año 2000 expone las consecuencias sanitarias más importantes de la violencia contra la mujer en las relaciones de pareja, tanto en lo que refiere a sus efectos sobre la salud física (heridas, fracturas, embarazos no deseados, asma, síndrome de irritación intestinal, etc.) como psicológica (trastornos de ansiedad, disfunciones sexuales, insomnio, baja autoestima, abuso de sustancias o sentimientos de culpa se encuentran entre los efectos psicopatológicos más habituales). Sin obviar, por supuesto, resultados fatales como los suicidios, homicidios o la mortalidad materna.

Según información proporcionada por el Ministerio de

Igualdad, durante el 2009, llegaron a los juzgados 135.540 denuncias por violencia contra la mujer por parte de su pareja o ex pareja. La mayor parte de las denuncias procedían de la propia víctima (72.7%). El resto de las denuncias procedían fundamentalmente de atestados policiales y partes de lesiones (Ministerio de Sanidad, Política Social e Igualdad, 2010).

Si bien el número de denuncias es un indicador relativamente sencillo de recopilar, presenta problemas de interpretación como indicador directo de la incidencia de la violencia hacia la mujer. Por ejemplo, existe evidencia de que gran parte de los casos de violencia hacia la pareja no se denuncian (ver Gracia y Herrero, 2006). Es por ello que, con el objetivo de acercarse a una verdadera cuantificación del fenómeno, desde el año 1999 el Instituto de la Mujer viene realizando macroencuestas de violencia contra la mujer. En la última macroencuesta realizada en nuestro país, en el año 2006, se estima que entre el 4% y el 12.4% de las mujeres han sido víctimas de este tipo de violencia (Instituto de la Mujer, 2006). En esta macroencuesta, de ámbito nacional, se analiza la violencia contra la mujer diferenciando dos tipos de maltrato, las mujeres que técnicamente se han considerado como maltratadas por responder a determinados criterios de la encuesta es denominado maltrato técnico o "tipo A", y las mujeres que se autclasifican como maltratadas es denominado maltrato declarado o "tipo B". En las últimas macroencuestas realizadas en España, tomando en cuenta ambos tipos de maltrato, se ha observado un lento descenso registrado en el año 2006 respecto a 1999 (Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, 2006; Instituto de la Mujer, 2009).

En estos últimos 10 años, entre 2000 y 2010, el total de mujeres fallecidas a causa de la violencia hacia la mujer fue

* Dirección para correspondencia [Correspondence address]:
Andrea Torres. Departamento de Psicología, Universidad de Oviedo
(España). E-mail: grupomito@hotmail.com

de 711, que perdieron la vida a manos de sus parejas o ex parejas (ver Tabla 1); de las cuales, el 40% de estas mujeres eran de nacionalidad extranjera. Teniendo en cuenta que la población extranjera empadronada hasta ese año era del 9%,

estamos frente a un porcentaje muy elevado de víctimas. Entre las mujeres extranjeras se han incluido las de nacionalidades africanas, latinoamericanas, de los países pertenecientes a la Unión Europea y del resto de Europa.

Tabla 1. Mujeres víctimas mortales de la violencia en la pareja en España (2000-2010)¹

	2000	2001	2002	2003	2004	2005	2006	2007	2008	2009 ^a	2010 ^b
Españolas	50	36	37	61	53	37	48	43	48	31	44
Extranjeras ^c	9	9	13	10	17	18	20	28	28	24	29
Desconocida	4	5	4	0	2	3	0	0	0	0	0
Total	63	50	54	71	72	57	69	71	76	55	73

¹ Los datos desde el año 2000 al 2005 proceden del Instituto de la Mujer y a partir del año 2006 proceden de la Delegación de Gobierno para la Violencia de Género, Ministerio de Igualdad.

^a En este año hay 4 casos aún en proceso de investigación.

^b Datos provisionales hasta el 31 de Diciembre del 2010.

^c Incluye mujeres de nacionalidades latinoamericanas, africanas, pertenecientes a la Unión Europea y el resto de Europa.

Considerando la nacionalidad de las víctimas, el número de mujeres extranjeras víctimas de violencia se ha incrementado significativamente. En estos datos se incluyen aquellos casos en los que el agresor es el cónyuge, ex cónyuge, compañero sentimental, ex compañero sentimental, novio o ex novio. Un dato importante a tener en cuenta en estas cifras es que alrededor del 65% de las víctimas convivían con sus agresores.

En el año 2005 se registró una leve disminución de los casos de mujeres fallecidas por violencia de género, respecto al año anterior, pero en los años posteriores las cifras volvieron a subir incrementando los casos. El mayor aumento se ha registrado en el año 2008, cifra más elevada de los últimos 10 años. En el 2009 hay 4 casos aún en proceso de investigación, los registrados hasta diciembre son 55, cifra menor que las registradas años anteriores. Sin embargo, en el año 2010 las cifras volvían a aumentar registrando 73 víctimas mortales y un caso en proceso de investigación hasta el 31 de Diciembre.

Desde el año 2006, el Ministerio de Igualdad ha incluido en sus informes estadísticos anuales de violencia hacia la mujer los porcentajes correspondientes a las denuncias y medidas de protección en vigor por parte de la víctima. El porcentaje de las mujeres que habían denunciado a sus agresores se encuentra entre un 20% al 30% de los casos aproximadamente, y el porcentaje de mujeres que tenían medidas de protección en vigor es del 10% al 20%. En ambos casos, los porcentajes siguen siendo muy bajos como medidas de protección para la víctima.

Todos estos datos, si bien reflejan los problemas para conocer de forma precisa la magnitud del problema, sugieren que la violencia hacia la mujer en las relaciones de pareja es un fenómeno muy extendido en nuestra sociedad que, además, afecta de forma muy específica a las mujeres que son víctima de ella. Es por ello por lo que en las últimas décadas se ha dedicado una especial esfuerzo investigador por comprender cuáles son las posibles causas de este tipo de violencia. Las diferentes perspectivas teóricas consideran que la causa de la violencia hacia la mujer en las relaciones de pareja se sitúa en múltiples ámbitos. Estos niveles o

ámbitos harían referencia a: 1) el individuo (desórdenes de personalidad, anomalías psicológicas, conductas adictivas de los maltratadores, etc.) (Dutton y Golant, 1997; Fernández-Montalvo y Echeburúa, 2008; Murphy, Taft y Eckhardt, 2007); 2) la familia (graves problemas de comunicación, conflictividad en la relación, relaciones disfuncionales, ausencia de apoyo familiar, aislamiento social de la familia, etc.) (ver Holtzworth-Munroe y Stuart, 1994, para un análisis; Huang, Zhang y Cao, 2007; Zhao, Zhang, Li, Zhou y Li, 2008); y 3) social (por ejemplo, sociedades machistas, tolerancia social del uso de la violencia, norma de privacidad familiar, actitudes sociales sobre la violencia hacia la mujer en las relaciones de pareja, etc.) (Gracia y Herrero, 2007; Herrero y Gracia, 2005; Strauss, Kaufman y Moore, 1997).

Uno de los principales retos en la investigación de las relaciones de violencia en la pareja ha sido la identificación de las características de los hombres que la ejercen y de los contextos en que se produce con el objetivo de minimizar el riesgo y de poder mejorar las opciones de intervención (Dixon y Browne, 2003). Tomando en cuenta esta perspectiva, el estudio de los perfiles psicológicos de los hombres condenados por violencia contra la mujer se convierte en uno de los elementos fundamentales para implementar programas de intervención eficaces.

El estudio de las tipologías de los hombres violentos

El estudio de las tipologías de los hombres maltratadores es relativamente reciente. Los altos porcentajes de víctimas de violencia han provocado en la comunidad científica un especial interés por el estudio de las características psicológicas y de personalidad de los hombres que ejercen violencia hacia su pareja (Fernández-Montalvo y Echeburúa, 2005). Es por ello, que el enfoque orientado al estudio de las tipologías ha atraído una gran atención por parte de los investigadores en el área.

A partir de la década de 1980, los investigadores intentaron describir empíricamente las características de los hombres que maltrataban a sus mujeres. Los esfuerzos iniciales

se centraron en la búsqueda de los elementos comunes que diferenciaban a los hombres maltratadores de aquellos que no lo eran, así como los subgrupos de hombres violentos entre sí (Lohr, Bonge, Witte, Hamberger y Langhinrichsen-Rohling, 2005). En general, estos estudios indicaban que los hombres violentos suelen presentar carencias psicológicas, déficits cognitivos, desórdenes de personalidad, consumo abusivo de alcohol y drogas, pensamientos distorsionados sobre la inferioridad de la mujer, baja autoestima, dificultad en la comunicación y en la expresión de sus emociones, falta de control de impulsos y una estrecha relación entre la severidad de la violencia y el control de la ira (Dutton y Golant, 1997; Murphy, Taft y Eckhardt, 2007; Echeburúa y Redondo, 2010).

Ferrer, Bosch, García, Manassero y Gili (2004), realizaron un meta-análisis de investigaciones realizadas entre 1988 y 1998 que comparaban a maltratadores y no maltratadores en cuanto a psicopatología y consumo de alcohol y drogas. En este trabajo concluyeron que los hombres que ejercen violencia hacia sus parejas presentan trastornos de personalidad y otro tipo de trastornos psicopatológicos, abusan del alcohol y/o drogas en mayor medida que los hombres no violentos. Las diferencias observadas en cuanto a los trastornos de personalidad hacen referencia a la presencia del trastorno de personalidad esquizotípico y al trastorno depresivo. Esta revisión sugería que los trastornos de personalidad u otra psicopatología, aunque estén presentes en ciertos maltratadores, no constituirían características distintivas de este colectivo. En cuanto al consumo de alcohol y drogas, si bien es mayor entre los hombres violentos, ello no indica que esté vinculado directamente con el maltrato hacia la mujer pero sí que existe cierta relación entre ambos ya que pueden potenciar otros factores de riesgo.

Parte de las clasificaciones tipológicas actuales han replicado empíricamente la propuesta de Holtzworth-Munroe y Stuart (1994) y la propuesta de Gottman et al. (1995). Estos dos grupos de investigadores hace más de 15 años que guían el debate sobre el estudio de las tipologías de los hombres maltratadores (Amor, Echeburúa y Loinaz, 2009).

Sin duda, la publicación de la revisión teórica de Holtzworth-Munroe y Stuart (1994) en el *Psychological Bulletin* supone uno de los momentos clave para entender la evolución de este campo de estudio. Es en esta revisión de estudios de los últimos 20 años donde se proponen 3 tipos de maltratadores en función de 3 dimensiones: violencia marital, generalmente violentos, y psicopatología/trastorno de personalidad. De acuerdo con los 3 subtipos descritos, encontraron que los hombres violentos sólo en la familia (FO, *Family Only*), presentaban baja implicación delictiva, intensidad moderada de la ira, niveles bajos de depresión y de abuso de alcohol. En cambio, el subtipo disfórico/*borderline* (DB) presentaba baja o moderada implicación delictiva, padecía de un trastorno de personalidad límite o esquizoide, niveles moderados de abuso de alcohol, altos niveles de depresión e ira. El tercer subtipo, generalmente violento/antisocial (GVA), presentaba implicación delictiva, niveles moderados de ira y

bajos de depresión, consumo abusivo de alcohol y características de la personalidad antisocial.

Esta revisión sugería que los problemas psicológicos o características de personalidad explicarían en parte la conducta violenta hacia la mujer, fundamentalmente la personalidad antisocial, trastorno narcisista y el trastorno límite. El trastorno de personalidad del tipo antisocial se caracteriza por el desprecio y violación de los derechos de los demás, el tipo narcisista por la grandiosidad, necesidad de admiración y falta de empatía, y por último el tipo límite por presentar cierta inestabilidad en las relaciones interpersonales, en la autoimagen y en la afectividad, así como rasgos de impulsividad.

Unos años más tarde Holtzworth – Munroe y Meehan (2004) encontraron que las tipologías que se habían conceptualizado en 1994 se seguían manteniendo. Sin embargo, al observar la evolución de los sujetos durante 3 años encontraron que la asignación de los maltratadores a las tipologías no era completamente estable. Es por ello que propusieron continuar con el estudio de las 3 dimensiones descritas originalmente (violentos maritales, generalmente violentos, y psicopatología/trastorno de personalidad).

La clasificación empírica de Gottman et al. (1995), por su parte, se basaba fundamentalmente en la respuesta psicofisiológica que los hombres violentos emiten ante una discusión de pareja. Realizaron una clasificación en un contexto de laboratorio, y propusieron dos tipos de maltratadores en función de su respuesta cardiaca diferencial ante una discusión de pareja. Los maltratadores de tipo I (“cobra”) eran aquellos hombres violentos que, ante una discusión de pareja, manifestaban una disminución en su frecuencia cardiaca, exteriorizaban mucha agresividad y desprecio hacia la víctima y se comportaban violentamente con otro tipo de personas (amigos, desconocidos, compañeros de trabajo, etc.). Desde una perspectiva psicopatológica, mostraban características antisociales y agresivo-sádicas, así como una mayor probabilidad de drogodependencia. En este tipo de hombres violentos (20 %), la conducta agresiva era planificada, expresaban un grado profundo de insatisfacción, no generaban sentimientos de culpa pero eran emocionalmente más abusivos que el grupo de hombres violentos de tipo II. Los maltratadores de tipo II (“pitbull”) eran aquellos hombres violentos que presentaban un aumento en su frecuencia cardiaca ante una discusión de pareja. Desde una perspectiva psicopatológica tendían a mostrar trastornos de personalidad por evitación y *borderline*, características pasivo-agresivas, ira crónica y eran emocionalmente dependientes. En este tipo de hombres violentos la conducta violenta era impulsiva, una conducta mediatizada por la ira que refleja la incapacidad en el control de los impulsos o en la expresión de los afectos.

En España, se realizaron desde los primeros años 90 estudios orientados al análisis de los hombres que ejercen violencia contra la mujer. Las diferentes investigaciones se orientaron a conocer las diversas variables que intervienen en la explicación de la violencia en la pareja. En estos estudios se evaluaron desde la eficacia de los tratamientos psi-

cológicos basados en la técnicas cognitivo-conductuales, las diferencias en el tipo y gravedad de la conducta violenta hasta conocer las características psicológicas de los hombres violentos. Los dos principales exponentes de investigaciones orientadas al estudio de las características psicológicas son los grupos de Echeburúa (Echeburúa y Fernández-Montalvo, 1997), quienes siguiendo con la línea de investigación de Holtzworth-Munroe y Stuart (1994) realizaron diferentes estudios con el objetivo de establecer empíricamente una tipología de agresores contra la pareja en un ámbito español, y de Cáceres (Cáceres, Landeta, Ballús, Gómez, Otero, Rangel y Robles, 1998), quienes realizaron estudios con el fin de replicar los resultados obtenidos por Gottman et al. (1995) con una muestra española.

La línea de investigación de Echeburúa et al. se centró en el perfil diferencial de los agresores en distintos estudios (Echeburúa y Fernández-Montalvo, 2007; Fernández-Montalvo y Echeburúa, 2008; Fernández-Montalvo y Echeburúa, 2005) y la aplicación de la aproximación tipológica en entornos penitenciarios y comunitarios (Loinaz y Echeburúa, 2010; Loinaz, Echeburúa y Torrubia, 2010; Loinaz, Ortiz-Tallo, Sánchez y Ferragut, 2011), obteniendo resultados que coinciden parcialmente con las tipologías propuestas en las investigaciones internacionales y estableciendo dos grupos de agresores diferenciados:

1. Los sujetos “violentos con la pareja/estables emocionalmente/integrados socialmente”, equivalentes al tipo normalizado, se caracterizan por violencia limitada a la pareja, menor número de distorsiones cognitivas, menor abuso de drogas, menor presencia de antecedentes penales, mayor autoestima, mayor control de la ira, poca presencia de síndromes clínicos y estilos de personalidad compulsivos, narcisistas e histriónicos. Con un estilo de apego predominantemente seguro, tienen mayor empatía y muestran mayor deseabilidad social.

2. Los sujetos “violentos generalizados/poco estables emocionalmente/no integrados socialmente” se caracterizan por violencia que se extiende más allá de la pareja y presentan antecedentes penales con mayor frecuencia. Estos sujetos están más afectados por síntomas clínicos, tienen más distorsiones cognitivas, dependen más del alcohol/drogas y muestran rasgos de personalidad antisocial, paranoide y negativista. Asimismo, son más impulsivos y se muestran menos empáticos que los sujetos del grupo anterior, con estilo de apego inseguro u hostil.

Las investigaciones en este campo aconsejan seguir con el estudio de las principales dimensiones explicativas de los hombres con conducta violenta hacia la mujer, así como explorar sistemas clasificatorios que permitan orientar la intervención. Se propone continuar con el estudio de las 3 dimensiones descritas originalmente: violentos maritales, generalmente violentos y psicopatología/trastorno de personalidad (Holtzworth – Munroe y Meehan, 2004; Lohr et al., 2005; Amor et al., 2009), y evaluar la necesidad de intervenciones más amplias mediante programas de tratamiento para aquellos agresores con diversos problemas psicopatológicos

como, por ejemplo, dependencia del alcohol y drogas, trastornos de personalidad, etc. (Murphy et al., 2007).

Una importante contribución del estudio de las tipologías de los agresores es su énfasis en la importancia de los rasgos de personalidad y las características psicopatológicas, tanto para la comprensión de la violencia en la pareja como para el tratamiento de individuos violentos. Por otra parte, se ha sugerido que las tipologías también ayudarán a identificar los diferentes mecanismos etiológicos de la violencia en la pareja (Capaldi y Kim, 2007).

Investigaciones de las características psicológicas y de personalidad de los hombres violentos

Si bien los estudios sobre las tipologías incorporan una amplia variedad de variables en diferentes ámbitos (psicológico, familiar y social), tratando de encontrar los tipos básicos en función de esos ámbitos, existe también una consolidada tradición investigadora que se ha centrado con mayor énfasis en el estudio de las características psicológicas y de personalidad de los hombres violentos contra la mujer en la relación de pareja. Durante los últimos 10 años (ver Tabla 2), la literatura científica en este ámbito ha aportado una gran cantidad de datos derivados de investigaciones con muy diversas muestras e instrumentos de medida que han aportado evidencia empírica sobre las características psicológicas y de personalidad de estos hombres. Los instrumentos de medida más frecuentemente utilizados en estas investigaciones son: el MCMI en sus tres versiones (*Millon Clinical Multiaxial Inventory*), STAXI (*State-Trait Anger Expression Inventory*), SCL-90 (*Symptom Checklist-90-R*), BDI (*Beck Depression Inventory*) y PCL-R (*Psychopathy Checklist-Revised*), entre otros.

White y Gondolf (2000) llevaron a cabo un análisis del perfil de 100 hombres condenados judicialmente por maltratar a sus mujeres que habían sido derivados a tratamiento psicológico. Utilizaron el MCMI-III para el estudio de la personalidad de estos sujetos y encontraron seis grupos principales de la personalidad: estilo depresivo/evitador, estilo conformista/narcisista, trastorno límite, trastorno paranoide, trastorno narcisista y trastorno antisocial.

Holtzworth-Munroe, Rehman y Herron (2000) procedieron a revisar las conclusiones del estudio realizado en el año 1994, donde se habían propuesto los 3 subtipos de maltratadores. En este estudio participaron 102 hombres violentos que habían sido físicamente agresivos con sus esposas en el último año y lo compararon con un grupo de 62 hombres no violentos. Llevaron a cabo una serie de análisis de *cluster* usando medidas de las tres dimensiones descriptivas (es decir, la violencia conyugal del hombre, la violencia generalizada y trastornos de la personalidad), utilizando como instrumento de evaluación el Inventario Clínico Multiaxial de Millon (MCMI-III). De acuerdo con los resultados obtenidos, encontraron cuatro subgrupos: limitado al ámbito familiar, disfórico/*borderline*, generalmente violento/antisocial y anti-

social de bajo nivel que se encontraría entre los violentos familiares y el generalmente violento. Este subgrupo tenía puntuaciones moderadas en las medidas de antisocial, violencia conyugal y la violencia en general.

Gondolf y White (2001) en un estudio con 580 hombres violentos que asistían a un programa de intervención para maltratadores, encontraron que casi dos tercios (60%) de estos hombres presentaban sintomatología subclínica o bajos niveles de disfunción de la personalidad (evaluada a través del MCMI-III). Por ejemplo, aproximadamente la mitad de los perfiles tenían puntuaciones en las medidas del trastorno narcisista y de evitación. En su estudio, los autores indican que los perfiles de estos hombres violentos reflejan una diversidad de niveles y tipos de personalidad y psicopatología.

En el año 2002, Grann y Wedin con una muestra de 88 hombres en prisión condenados por el delito de violencia hacia la pareja, realizaron un estudio basándose en los resultados obtenidos mediante el PCL-R, el HCR-20 (*Historical Clinical Risk-20*) y el VRAG (*Violence Risk Appraisal Guide*). De acuerdo con sus resultados, el 51% de los maltratadores presentaban problemas con el abuso de sustancias, de los cuales el 31% sólo con el alcohol, el 5% con otras drogas (incluidas drogas legales e ilegales) y el 16% con múltiples sustancias. Por otro lado, al analizar los resultados del PCL-R obtuvieron que el 27% de la muestra presentaban rasgos psicopáticos.

Delsol, Margolin y John (2003), utilizaron el PAI (*Personality Assessment Inventory*) y otras medidas adicionales de abusos de sustancias en una muestra de 72 hombres violentos que convivían con sus parejas en el momento del estudio. Para el análisis de los datos, utilizaron la técnica de *Latent Class Analysis* y estudiaron la pertenencia de los sujetos a 3 grupos de maltratadores. El primer grupo, limitados al ámbito familiar, se caracterizaba por niveles bajos de violencia hacia la pareja, bajo nivel de trastornos de personalidad y bajo nivel de abuso de sustancias. El segundo grupo, se caracterizaba por un nivel de violencia medio-alto, generalmente hacia la pareja, con niveles bajos de psicopatología y niveles altos en el abuso de sustancias. Finalmente el tercer grupo, se caracterizaba por niveles altos de estrés psicológico, tales como depresión, personalidades *borderline*, antisocial y abuso de sustancias.

Belfrage y Rying (2004) realizaron un estudio con 162 hombres en prisión por homicidio contra la pareja que habían tenido lugar en Suecia entre 1990-1999. Para ello, revisaron los informes forenses, aplicaron el PCL-R y realizaron entrevistas para evaluar criterios del DSM-IV (*American Psychiatric Association*, 1994). Los trastornos de personalidad que

encontraron fueron los relacionados con los tipos narcisista y antisocial.

Lohr, Bonge, Witte, Hamberger y Langhinrichsen-Rohling (2005) realizaron un estudio sobre la coherencia y precisión de la identificación de las tipologías de los hombres violentos para ordenar los perfiles derivados empíricamente del MCMI en tres grupos: negativista-dependiente, antisocial, y no patológico. Para ello, tuvieron en cuenta 36 perfiles obtenidos a partir del MCMI. Aunque la mayoría de los perfiles se clasificaron con precisión, los evaluadores tenían más dificultad para clasificar algunos de los perfiles "no patológicos": el 40% se ubicaron en el grupo antisocial y el 6% en el grupo negativista-dependiente. Estos resultados apoyan la posibilidad de que los hombres involucrados en la violencia doméstica que se consideran patológicos tienen un cierto nivel elevado de conducta antisocial.

En el año 2006, Johnson et al. realizaron un estudio con 230 hombres que fueron condenados judicialmente por un delito de violencia doméstica. El 54% tenía una condena anterior por el mismo delito. Utilizaron la evaluación psicométrica previo a las estrategias de intervención para investigar los factores implicados en la violencia doméstica: psicopatología y personalidad, control de la ira, estilo de apego, actitudes hacia la violencia doméstica, actitudes machistas, la empatía, autoestima y la deseabilidad social. Utilizaron además un cuestionario, diseñado por el grupo investigador, para recabar información acerca de si habían experimentado violencia en su familia de origen y si había tenido algún abuso en su infancia. Los instrumentos que utilizaron fueron: el MCMI-III, DAS (*Love Scale from the Dysfunctional Attitude Scale*), RMAS (*Acceptance of interpersonal violence and sex role stereotyping from the Rape Myth Acceptance Scale*) y SES (*Self-Esteem Scale*) de Rosenberg. De acuerdo con los resultados obtenidos en el MCMI-III para el estudio de las características de personalidad, encontraron 4 grupos: baja patología, narcisista, *borderline* y antisocial. El grupo que denominaron de baja patología (12%) mostró características de baja dependencia interpersonal, moderadas actitudes machistas y menor ideación suicida. El 13% puntuaron en la escala narcisista y obtuvieron baja puntuación en las actitudes machistas pero la puntuación de deseabilidad social era alta. El grupo de antisociales (47%) fue el más propenso a tener antecedentes penales, tuvieron la mayor tasa de dependencia al alcohol y obtuvieron puntuaciones altas en las actitudes machistas. Por último, el grupo *borderline* (28%) obtuvo altas puntuaciones en depresión mayor y dependencia al alcohol, mostraban una mayor incidencia de abuso físico y sexual en la infancia, poseían baja autoestima y los niveles más altos de ira.

Tabla 2. Investigaciones de los últimos 10 años de las características de personalidad de hombres maltratadores

Autores	Muestra	Metodología	Características de Personalidad
White y Gondolf (2000)	100 maltratadores derivados judicialmente a tratamiento	Perfiles del MCMI-III	Estilo depresivo/evitador Estilo conformista/narcisista Trastorno <i>borderline</i> Trastorno paranoide Trastorno narcisista Trastorno antisocial
Holtzworth-Munroe et al. (2000)	102 parejas violentas y 62 parejas no violentas	Análisis de <i>cluster</i> a partir del MCMI-III y medidas de violencia	Limitado al ámbito familiar Antisocial de bajo nivel Disfórico/ <i>borderline</i> Generalmente violento/antisocial
Gondolf y White (2001)	580 hombres violentos que asistían a un programa de intervención	Análisis a partir del MCMI-III	Narcisista Evitación
Grann y Wedin (2002)	88 sujetos en prisión	Análisis a partir del PCL-R y otras medidas	Psicopatía Abuso o dependencia de alcohol o drogas
Delsol, Margolin y John (2003)	72 sujetos	Análisis a partir del PAI y medidas de abuso de sustancias	Limitado al ámbito familiar Abuso de sustancias Generalmente violentos
Belfrage y Rying (2004)	164 maltratadores en prisión por homicidio	Análisis a partir del PCL-R y entrevistas para evaluar criterios del DSM-IV	Tipo antisocial Tipo narcisista
Lorh et al. (2005)	36 perfiles de hombres estudiados	Análisis a partir del MCMI	No patológico Pasivo-agresivo/dependiente Antisocial
Johnson et al. (2006)	230 agresores derivados judicialmente a tratamiento	Análisis de <i>cluster</i> a partir del MCMI-III y otras medidas	Normal Narcisista <i>Borderline</i> Antisocial
Murphy, Taft y Eckhardt (2007)	139 hombres violentos	Análisis de <i>cluster</i> a partir del STAXI, SRP-II, IIP, CTS, MMEA y SES	Ira patológica Bajo control de la ira Ira normal
Echeburúa et al. (2008)	76 sujetos en prisión	Análisis dimensiones del MCMI-II y PCL-R	Trastorno obsesivo-compulsivo Trastorno dependiente Trastorno paranoide Trastorno antisocial
Echeburúa et al. (2009)	196 sujetos que acudieron voluntariamente a un centro de atención psicológica	Análisis de dimensiones del MCMI-II, STAXI, SCL-90, STAI, EA, BDI	Trastorno compulsivo Trastorno agresivo Trastorno narcisista
Loinaz, Echeburúa y Torrubia (2010)	50 sujetos de un centro penitenciario y que acudieron voluntariamente	Análisis de <i>cluster</i> a partir del MCMC III, STAXI, EA, IPDMV y CTS-2	<i>Cluster</i> 1: trastorno compulsivo e histriónico <i>Cluster</i> 2: Trastorno antisocial y paranoide, dependencia de alcohol/drogas
Torres (2010)	179 sujetos que acudieron a un programa de intervención	Análisis de <i>cluster</i> a partir del MCMC II, SCL-90-R y Escala de Impulsividad de Plutchik	<i>Cluster</i> 1: trastorno antisocial, abuso de drogas e impulsividad <i>Cluster</i> 2: esquizoide, dependiente, compulsivo, esquizotípico, paranoide y trastorno delirante
Boira y Jodrá (2010)	118 hombres que acudieron voluntariamente a un programa de intervención	Análisis a partir del MCMI-II y otras medidas relacionadas con la presencia de psicopatología	Compulsivo, antisocial, agresivo-sádica, narcisista e histriónica Abuso de drogas/alcohol Celos patológicos
Loinaz, Ortiz-Tallo, Sánchez y Ferragut (2011)	48 agresores de pareja de un centro penitenciario	Análisis a partir del MCMI-III, STAXI-2, IPDMV y CTS-2.	Grupo 1 (“normalizados”): narcisista, histriónica y compulsivo Grupo 2 (“antisociales”): antisocial, paranoide, trastorno de ansiedad, dependencia de sustancias y del alcohol, trastorno delirante y bipolar

Murphy, Taft y Eckhardt, en el año 2007, llevaron a cabo un estudio con 139 participantes que acudían a un programa de investigación clínica sobre hombres violentos contra la pareja. Para ello utilizaron los siguientes instrumentos de evaluación: STAXI, SRP-II (*Self-Report Psychopathy Scale—II*), IIP (*Inventory of Interpersonal Problems*), CTS (*Conflict Tactics Scales*), MMEA (*Multidimensional Measure of Emotional Abuse*) y SES. A partir del análisis de *cluster* de las respuestas del STAXI, asignaron a los sujetos a 3 grupos: ira patológica, bajo control de la ira e ira normal.

En el año 2008, Fernández-Montalvo y Echeburúa, con el objeto de conocer con más detalle la presencia de las alteraciones de personalidad (trastorno de personalidad y psicopatía) asociadas a los hombres condenados por violencia grave contra la mujer, realizaron un estudio con 76 hombres que se encontraban en prisión por haber cometido un delito grave de violencia contra la mujer. Para la evaluación utilizaron los siguientes instrumentos: el MCMI-II y el PCL-R. Según los resultados obtenidos en el MCMI-II, el 86.8% (66 sujetos) de la muestra de agresores presentaban, al menos, un trastorno de personalidad. El trastorno obsesivo-compulsivo de la personalidad afectaba al 57.8% de los casos, el trastorno dependiente de la personalidad se encontró en el 34.2% de los casos, el trastorno paranoide en el 25%, y por último, el trastorno antisocial que sólo afectaba al 19.7%.

En el año 2009, Echeburúa et al., evaluaron a 196 sujetos que participaban voluntariamente en un programa terapéutico. De todos los participantes (N = 196), hubo 108 (el 55%) que lo completaron y 88 (el 45%) que lo abandonaron prematuramente. Entre los instrumentos utilizados para el estudio de la personalidad se encontraban: SCL-90-R, STAXI-2, STAI (*State-Trait Anxiety Inventory*), BDI, MCMI-II y EA (Escala de Autoestima). De acuerdo con los resultados obtenidos, encontraron personas que en muchos casos abusaban del alcohol, que eran inestables emocionalmente (sobre todo, en lo referido al control de la ira y de la ansiedad) y eran frecuentes los trastornos de personalidad, sobre todo el compulsivo, el agresivo y el narcisista.

Loinaz et al. (2010) realizaron un estudio-piloto con el objetivo de establecer empíricamente una tipología de agresores contra la pareja en un ámbito penitenciario español. La muestra constó de 50 sujetos internados en el centro penitenciario Brians-2 (Barcelona) por violencia contra la pareja. Se evaluaron la autoestima, la ira, las distorsiones cognitivas y los trastornos de la personalidad, así como la frecuencia y el tipo de violencia mediante los siguientes instrumentos: EA, STAXI-2, IPDMV (Inventario de Pensamientos Distorsionados), MCMI-III y CTS-2 (*Conflict Tactics Scales-2*). Respecto a las variables psicopatológicas, la tasa de prevalencia de trastornos de personalidad fue del 38%. En cuanto al abuso de drogas, el 54% de la muestra presentaba problemas con el alcohol y otras drogas. De acuerdo con los resultados obtenidos para el estudio de la personalidad, encontraron dos grupos, el primero tenía las puntuaciones más altas en todas las escalas de trastornos de la personalidad, respecto al

otro grupo, sobre todo en la antisocial y paranoide. En los trastornos dependiente y narcisista no había diferencias significativas entre uno y otro grupo. El otro grupo obtuvo puntuaciones más altas en las escalas compulsiva e histriónica.

Boira y Jordá (2010) realizaron un estudio con 118 hombres que acudieron voluntariamente al programa de intervención para hombres con problemas de control y violencia en el hogar llevado a cabo en el Instituto Aragonés de la Mujer (España). Se evaluaron las características de personalidad de acuerdo con el MCMI-II y otras medidas relacionadas con la presencia de psicopatología, tales como entrevistas semiestructuradas, las cuales recababan datos referidos a la existencia de antecedentes psicológicos o psiquiátricos, el consumo de alcohol y/o drogas y la presencia de comportamiento de celos. El 79.8% de los hombres a los que se administró el MCMI-II presentaron al menos un trastorno de personalidad: compulsivo, antisocial, agresivo-sádico, narcisista e histriónico.

En ese mismo año, Torres (2010) realizó un estudio con 179 hombres que acudieron a un programa de intervención para maltratadores llevado a cabo en el ámbito comunitario (España) (Lila et al., 2010). Para este estudio se utilizaron como instrumentos de evaluación las entrevistas clínicas, SCL-90-R, MCMI-II y la escala de Impulsividad de Plutchik. De acuerdo con los resultados, se obtuvieron dos grupos claramente definidos y diferenciados por sus características psicológicas y de personalidad. El primer grupo con características del tipo antisocial, relacionado generalmente con el abuso de drogas y con escaso control de las conductas impulsivas, y el segundo grupo con características del tipo esquizoide, dependiente, compulsivo, esquizotípico, paranoide y trastorno delirante, confirmando parcialmente las tipologías propuestas por la literatura científica.

En el último año, Loinaz, Ortiz-Tallo, Sánchez y Ferragut (2011), presentaron un estudio llevado a cabo en un centro penitenciario con 48 agresores de pareja ingresados en la prisión de Alhaurín de la Torre (Málaga) y compararon los resultados con un estudio desarrollado anteriormente con la misma metodología en el centro penitenciario Brians-2 (Barcelona). Para ello utilizaron el MCMI-III, STAXI-2, IPDMV y CTS-2 y obtuvieron dos grupos. El grupo 1 (“rasgos normalizados”) se caracterizaba por obtener puntuaciones altas en las escalas narcisista, histriónica y compulsiva, y el grupo 2 (“rasgos antisociales”) destacaba por unas puntuaciones significativamente superiores en las escalas de personalidad antisocial, agresivo-sádica, pasivo-agresiva y paranoide. El grupo 2 destacaba en las escalas paranoide y antisocial, y el grupo 1 en compulsiva e histriónica. Si bien, en la muestra de Brians-2 no se daban diferencias en personalidad dependiente y, al igual que en la muestra de Alhaurín de la Torre, los grupos tampoco se diferenciaban en la escala narcisista. A su vez, el grupo 2 presentaba puntuaciones significativamente superiores en todas las escalas clínicas (Eje I), con especial relevancia en trastornos de ansiedad, dependencia de sustancias y del alcohol, trastorno delirante y trastorno bipo-

lar. Las diferencias se daban en igual medida en ambas muestras penitenciarias.

La revisión de la literatura científica de estos últimos años sobre agresores de pareja pone de manifiesto la alta prevalencia de los trastornos de la personalidad entre los hombres que ejercen violencia hacia su pareja. Entre estos trastornos se han encontrado especialmente el *borderline*, antisocial, narcisista y paranoide (Echeburúa et al., 2008; Holtzworth-Munroe et al. 2000; Johnson et al., 2006; Loinaz et al. 2011; Lorh et al., 2005; Torres, 2010; White y Gondolf, 2000, entre otros), así como consumo abusivo de alcohol y otras drogas (Boira y Jodrá, 2010; Loinaz, Echeburúa y Torrubia, 2010; Calvete, 2008). Los diferentes resultados obtenidos en estas investigaciones podrían ser útiles y relevantes para el avance en la intervención, para incrementar la eficacia de los programas, para la prevención y educación en el ámbito de la violencia en las relaciones de pareja, ya que las intervenciones dirigidas a los tipos específicos de los hombres maltratadores pueden llegar a ser eficaces para la protección de las mujeres con mayor riesgo de violencia en el futuro. No obstante, estos estudios presentan algunas limitaciones. En primer lugar, una característica específica de las investigaciones llevadas a cabo hasta la fecha es que todas ellas utilizan muestras globales de maltratadores, sin hacer ninguna distinción en cuanto a la gravedad de la violencia ejercida contra las mujeres. En este sentido, la experiencia clínica muestra que no todos los agresores obedecen a un mismo perfil. Probablemente el hombre que ejerce una violencia física extremadamente grave contra su pareja, que incluye en ocasiones intentos frustrados de homicidio, no responde al mismo perfil que, por ejemplo, el maltratador exclusivamente psicológico. En este último caso, sin tratarse en modo alguno de una violencia menor, no pone en peligro la vida de la pareja (Echeburúa et al., 2008). En segundo lugar, la mayoría de estas investigaciones utilizaron autoinformes para sus evaluaciones, por lo que estos resultados pueden estar sesgados por diversos factores tales como la dificultad en la comprensión de los ítems, la deseabilidad social o incluso aparentar padecer una enfermedad mental, entre otros. En este sentido, uno de los instrumentos más utilizado para la evaluación de los trastornos de personalidad en estos estudios (MCMI en sus tres versiones), tiende a sobrediagnosticar los casos clínicos. En tercer lugar, estas investigación no han utilizado un grupo control que permita comparar los resultados obtenidos en esta muestra con hombres no violentos. Aunque se ha reconocido que es difícil obtener un grupo control en este tipo de estudios, esto enriquecería los resultados.

Referencias

- Alonso, M., Manso, J. y García-Baamonde Sánchez, M. (2009). Inteligencia emocional como alternativa para la prevención del maltrato psicológico en la pareja. *Anales de Psicología*, 25, 250-260.
- American Psychiatric Association (1994). *Diagnostic and Statistical Manual of mental disorders* (4th ed.). Washington, D.C. (trad. castellana: Masson, 1995).

Conclusiones

El estudio de las características psicológicas y de personalidad de los hombres que ejercen violencia hacia sus mujeres ha tenido un papel relevante en la literatura científica (ver trabajos de Echeburúa y Fernández-Montalvo, 1997; Echeburúa et al., 2009; Gondolf, 1988; Gottman et al., 1995; Holtzworth-Munroe y Stuart, 1994; Loinaz et al. 2011; White y Gondolf, 2000; entre otros).

La comparación de los distintos subtipos de los hombres violentos entre sí, e identificar cómo cada tipo de hombre violento se diferencia de los hombres no violentos, podría aumentar la comprensión de la violencia conyugal y ayudar a identificar los diferentes procesos que subyacen en la violencia en la pareja. El desarrollo de una tipología de los hombres violentos permitiría un examen sistemático de cómo y por qué los hombres utilizan la violencia contra la mujer. (Fernández-Montalvo y Echeburúa, 2008; Holtzworth – Munroe y Stuart, 1994; Saunders, 1992, 2002).

Diversos hallazgos en investigaciones previas sugieren que una tipología fiable y válida de los hombres maltratadores pueden aportar información valiosa, con el fin de individualizar los tratamientos psicológicos y llevar a cabo programas preventivos y de intervención adecuados. Existen pruebas de que los hombres que ejercen violencia contra la mujer varían en varios aspectos, que van desde la gravedad de la lesión hasta los rasgos de personalidad. Es por ello que los programas de intervención para maltratadores deben ser diseñados respondiendo a los diferentes aspectos, teniendo en cuenta los niveles de motivación y las diferencias culturales utilizando intervenciones específicas (Saunders, 2002).

Como señalaron algunos investigadores, el diseño de las intervenciones debería realizarse en función de la presencia de trastornos de personalidad o de un problema de abuso de drogas/alcohol, valorando la posibilidad de realizar intervenciones combinadas sobre la violencia y sobre otros problemas complementarios (Jackson, Feder, Forde, Davis, Maxwell y Taylor, 2003; Gondolf, 2009), así como la reincidencia diferencial en función del subtipo de agresor (Loinaz et al. 2011). Por lo tanto, los programas de tratamiento que se centren en las causas de la violencia y en los diferentes contextos tendrán más probabilidades de abordar los principales problemas que subyacen a la violencia y elaborar recomendaciones que permitan alcanzar resultados más positivos (Cavanaugh y Gelles, 2005; Kelly y Johnson, 2008).

Agradecimientos.- Este trabajo ha sido financiado por el programa de Investigación de la Universidad de Oviedo y el Banco Santander (código: UNOV-11-MBSAN-04)

- Amor, P., Echeburúa, E., y Loinaz, I. (2009). ¿Se puede establecer una clasificación tipológica de los hombres violentos contra su pareja?. *International Journal of Clinical and Health Psychology*, 9, 519 – 539.
- Belfrage, H. y Rying, M. (2004). Characteristics of spousal homicide perpetrators: a study of all cases of spousal homicide in Sweden 1990-1999. *Criminal Behavior and Mental Health*, 14, 121-33.

- Boira, S. y Jodrá, P. (2010). Psicopatología, características de la violencia y abandonos en programas para hombres violentos con la pareja: resultados en un dispositivo de intervención. *Psicothema*, 22, 593-599.
- Cáceres, J., Landeta, O., Ballús, E., Gómez, A., Otero, J., Rangel, S. y Robles, O. (1998). Fisiología del desamor: Estar malcasado/a es malo para su salud. *C. Medicina Psicosomática*, 45/46, 57-69.
- Calvete, E. (2008). Características de salud mental de los hombres que maltratan a su pareja. *Revista Española de Sanidad Penitenciaria*, 10, 49-56.
- Capaldi, D. y Kim, H. (2007). Typological approaches to violence in couples: A critique alternative conceptual approach. *Clinical Psychology Review*, 27, 253-265.
- Cavanaugh, M. y Gelles, R. (2005). The Utility of Male Domestic Violence Offender Typologies: New Directions for Research, Policy, and Practice. *Journal of Interpersonal Violence*, 20, 155-166.
- Delsol, C., Margolin, G. y John, R. (2003). A Typology of Maritally Violent Men and Correlates of Violence in Community Sample. *Journal of Marriage and Family*, 65, 636-651.
- Dixon, L. y Browne, K. (2003). The heterogeneity of spouse abuse: A review. *Journal of Interpersonal Violence*, 21, 1270-1285.
- Domínguez, J., García, P. y Cuberos, I. (2008). Violencia contra las mujeres en el ámbito doméstico: consecuencias sobre la salud psicosocial. *Anales de Psicología*, 24, 115-120.
- Dutton, D. y Golant, S. (1997). *El golpador. Un perfil psicológico*. Buenos Aires: Paidós.
- Echeburúa, E. y Fernández-Montalvo, J. (1997). Tratamiento cognitivo-conductual de hombres violentos en el hogar: un estudio piloto. *Análisis y Modificación de Conducta*, 23, 355-384.
- Echeburúa, E. y Fernández-Montalvo, J. (2007). Male batterers with and without psychopathy: An exploratory study in Spanish prisons. *International Journal of Offender Therapy and Comparative Criminology*, 51, 254-263.
- Echeburúa, E. y Redondo, S. (2010). ¿Por qué víctima es femenino y agresor masculino? *La violencia contra la pareja y las agresiones sexuales*. Madrid: Pirámide.
- Echeburúa, E., Fernández-Montalvo, J. y de Corral, P. (2008). ¿Hay una diferencia entre la violencia grave y la violencia menos grave contra la pareja?: un análisis comparativo. *International Journal of Clinical and Health Psychology*, 8, 355-382.
- Echeburúa, E., Sarasua, B., Zubizarreta, I. y de Corral, P. (2009). Evaluación de la eficacia de un tratamiento cognitivo-conductual para hombres violentos contra la pareja en un marco comunitario: una experiencia de 10 años (1997-2007). *International Journal of Clinical and Health Psychology*, 9, 199-217.
- Fernández-Montalvo, J. y Echeburúa, E. (2005). Hombres condenados por violencia grave contra la pareja: Un estudio psicopatológico. *Análisis y Modificación de Conducta*, 31, 138-475.
- Fernández-Montalvo, J. y Echeburúa, E. (2008). Trastornos de personalidad y psicopatía en hombres condenados por violencia grave contra la mujer. *Psicothema*, 20, 193-198.
- Ferrer, V., Bosch, E., García, E., Manassero, M. y Gili, M. (2004). Estudio meta-analítico de características diferenciales entre maltratadores y no maltratadores: el caso de la psicopatología y el consumo de alcohol o drogas. *Psyche*, 13, 141-156.
- Gondolf, E. (1988). Who are those guys? Toward a behavioral typology of batterers. *Violence and Victims*, 3, 187-203.
- Gondolf, E. (2009). Implementing mental health treatment for batterer program participants: Interagency breakdowns and underlying issues. *Violence Against Women*, 15, 638-655.
- Gondolf, E. y White, R. (2001). Batterer program participants who repeatedly reassault: Psychopathic tendencies and other disorders. *Journal of Interpersonal Violence*, 16, 361-380.
- Gottman, J., Jacobson, N., Rushe, R., Shortt, J., Babcock, J., La Taillade, J. y Waltz, J. (1995). The relationship between heart rate reactivity, emotionally aggressive behavior, and general violence in batterers. *Journal of Family Psychology*, 9, 227-248.
- Gracia, E. y Herrero, J. (2006). Public attitudes toward reporting partner violence against women and reporting behavior. *Journal of Marriage and Family*, 68, 759-768.
- Gracia, E. y Herrero, J. (2007). Perceived neighborhood social disorder and attitudes toward reporting domestic violence against women. *Journal of Interpersonal Violence*, 22, 737-752.
- Grann, M. y Wedin, I. (2002). Risk factors for recidivism among spousal assault and spousal homicide. *Psychology, Crime and Law*, 8, 5-23.
- Herrero, J. y Gracia, E. (2005). Perceived frequency of domestic violence against women and neighbourhood social disorder. *Psychological Reports*, 97, 712-716.
- Holtzworth-Munroe, A. y Stuart, G. (1994). Typologies of male batterers: Three subtypes and the differences among them. *Psychological Bulletin*, 116, 476-497.
- Holtzworth-Munroe, A. y Meehan, J. (2004). Typologies of Men Who are Maritally Violent: Scientific and Clinical Implications. *Journal of Interpersonal Violence*, 19, 1369-1389.
- Holtzworth-Munroe, A., Rehman, U. y Herron, K. (2000). General and spouse-specific anger and hostility in subtypes of maritally violent men and nonviolent men. *Behavior Therapy*, 31, 603-630.
- Huang, G., Zhang, Y. y Cao, Y. (2007). Life events, social support and attitude to domestic violence of perpetrators. *Chinese Mental Health Journal*, 21, 845-848.
- Innocenti Research Centre (2000). Domestic Violence Against Women and Girls. *Innocenti Digest*, 6.
- Instituto de la Mujer (2006). *La Violencia contra las Mujeres. Resultados de la Macroencuesta. III Parte*. Disponible en <http://www.mtas.es/mujer/violencia>.
- Instituto de la Mujer (2009). *Las mujeres en cifras 1983-2008*. Consultado el 23 de marzo del 2011. Disponible en www.inmujer.migualdad.es/MUJER/publicaciones/docs/Mujeres%20en%20cifras%201983_2008.pdf
- Instituto de la Mujer (2009). *Mujeres y hombres en España en el 2009*. Consultado el 23 de marzo del 2011. Disponible en <http://www.inmujer.migualdad.es/MUJER/mujeres/cifras/index.htm>
- Jackson, S., Feder, L., Forde, D., Davis, R., Maxwell, C. y Taylor, B. (2003). *Batterer Intervention Programs: Where do we go from here?* Washington, DC: US Department of Justice.
- Johnson, R., Gilchrist, E., Beech, A., Weston, S., Takriti, R. y Freeman, R. (2006). A Psychometric Typology of U.K. Domestic Violence Offenders. *Journal of Interpersonal Violence*, 21, 1270-1285.
- Kelly, J. y Johnson, M. (2008). Differentiation among types of intimate partner violence: research update and implications for interventions. *Family Court Review*, 46, 476-499.
- Lila, M., Catalá, A., Conchell, R., García, A., Lorenzo, M., Pedrón, V. y Terreros, E. (2010). Una experiencia de investigación, formación e intervención con hombres penados por violencia contra la mujer en la Universidad de Valencia: Programa Contexto. *Intervención Psicosocial*, 19, 167-179.
- Lohr, J., Bonge, D., Witte, T., Hamberger, L. y Langhinrichsen-Rohling, J. (2005). Consistency and accuracy of batterer typology identification. *Journal of Family Violence*, 20, 253-258.
- Loinaz, I. y Echeburúa, E. (2010). Necesidades terapéuticas en agresores de pareja según su perfil diferencial. *Clínica Contemporánea*, 1, 85-95.
- Loinaz, I., Echeburúa, E. y Torrubia, R. (2010). Tipología de agresores contra la pareja en prisión. *Psicothema*, 22, 106-111.
- Loinaz, I., Ortiz-Tallo, M., Sánchez, L. y Ferragut, M. (2011). Clasificación multiaxial de agresores de pareja en centros penitenciarios. *International Journal of Clinical and Health Psychology*, 11, 249-268.
- Ministerio de Igualdad (2009). *Información estadística de violencia de género. Informes anuales*. Consultado el 15 de abril. Disponible en http://www.migualdad.es/ss/Satellite?c=Page&cid=1193049890202&langua=ge=cas_ES&pagename=MinisterioIgualdad%2FPage%2FMIGU_listadoCategorias
- Ministerio de Sanidad, Política Social e Igualdad (2010). *III Informe anual del Observatorio Estatal de violencia sobre la mujer*. Madrid
- Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales (2006). *III Macroencuesta sobre la violencia contra las mujeres. Informe de resultados*. Madrid.
- Murphy, C., Taft, C. y Eckhardt, C. (2007). Anger problem profiles among partner violent men: Differences in clinical presentation and treatment outcome. *Journal of Counseling Psychology*, 54, 189-200.
- Patrón, R., Corbalán, F. y Limiñana, R. (2007). Depresión en mujeres maltratadas: Relaciones con estilos de personalidad, variables contextuales y de la situación de violencia. *Anales de Psicología*, 23, 118-124.

- Saunders, D. (1992). A typology of men who batter women: Three types derived from cluster analysis. *American Journal Orthopsychiatry*, 62, 264-275.
- Saunders, D. (2002). Developing guidelines for domestic offender programs: What can we learn from related fields and current research? *Journal of Aggression, Maltreatment and Trauma*, 5, 235-248.
- Strauss, M, Kaufman, G. y Moore, D. (1997). Change in cultural norms improving marital violence from 1968 to 1994. En G. Kaufman y J. Jasinski (Eds.), *Out of darkness: Contemporary perspectives on family violence* (pp. 3-16). Thousand Oaks, CA: Sage.
- Torres, A. (2010). *Violencia en la pareja: perfil psicológico de los hombres violentos*. Trabajo de investigación no publicado. Universidad de Oviedo.
- White, R. y Gondolf, E. (2000). Implications of personality profiles for batterer treatment. *Journal of Interpersonal Violence*, 15, 467-488.
- Zhao, X., Zhang, Y., Li L., Zhou, Y. y Li, H. (2008). Logistic regression analysis of the psychosociology of physical domestic violence on male perpetrators. *Chinese Journal of Clinical Psychology*, 16, 210-212.

(Artículo recibido: 24-05-2011, revisión: 28-11-2011, aceptado: 07-12-2011)

ARTÍCULO 2

GENERALISTS VERSUS
SPECIALISTS: TOWARD A
TYPOLOGY OF BATTERERS IN
PRISION



The European Journal of Psychology Applied to Legal Context

www.elsevier.es/ejpalc



Generalists versus specialists: Toward a typology of batterers in prison



Juan Herrero*, Andrea Torres, Asunción Fernández-Suárez, Francisco J. Rodríguez-Díaz

University of Oviedo, Spain

ARTICLE INFO

Article history:

Received 13 April 2015
Received in revised form
21 September 2015
Accepted 30 September 2015
Available online 19 November 2015

Keywords:

Batterer
Imprisoned
Typology
Psychopathology
Community
Family
Criminal history

ABSTRACT

In this study we apply the versatile/specialist offender debate to the research of intimate partner violence. We propose the existence of two types of imprisoned male batterers: the generalist and the specialist batterer. The individual, family, and community characteristics of these types of batterers are further explored in 110 imprisoned males in the Penitentiary of Villabona (Spain). As for the individual characteristics, results indicate that the generalist batterer present higher levels of psychopathology (specially antisocial and borderline personality), sexist attitudes, and substance dependence. Specialist batterers presented higher levels of conflict in their family of origin. Finally, generalist batterers reported coming from more socially disordered communities and showed lower levels of participation and integration in these communities than the specialist batterer. These results suggest that the classical distinctions among batterers based on psychopathology and context of violence (whether general or family only) might be of little utility when applied to imprisoned male batterers.

© 2016 Colegio Oficial de Psicólogos de Madrid. Published by Elsevier España, S.L.U. This is an open access article under the CC BY-NC-ND license (<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>).

Generalistas frente a especialistas: hacia una tipología de maltratadores encarcelados

RESUMEN

En este estudio aplicamos el debate del delincuente versátil/especialista a la investigación de la violencia de pareja. Proponemos que hay dos tipos de maltratadores masculinos en prisión: el generalista y el especialista. Se profundiza en la exploración de las características familiares, individuales y comunitarias de ambos tipos de maltratadores en 110 varones encarcelados en la prisión de Villabona (España). Sobre las características individuales los resultados indican que el maltratador generalista tiene niveles elevados de psicopatología (sobre todo personalidad antisocial y límite), actitudes sexistas y dependencia de sustancias. Los maltratadores especialistas tenían niveles elevados de conflicto con la familia de origen. Por último, los maltratadores generalistas afirmaban que procedían de comunidades más desestructuradas socialmente que los maltratadores especialistas. Estos resultados indican que la distinción clásica entre maltratadores según la psicopatología y el contexto de la violencia (únicamente la general o familiar) pudiera ser poco útil en el caso de los maltratadores masculinos encarcelados.

© 2016 Colegio Oficial de Psicólogos de Madrid. Publicado por Elsevier España, S.L.U. Este es un artículo Open Access bajo la licencia CC BY-NC-ND (<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>).

Palabras clave:

Maltratador
Encarcelado
Tipología
Psicopatología
Comunidad
Familia
Historia delictiva

In the last decades, the study of typologies of batterers has provided empirical evidence on the heterogeneous nature of partner violence and has pointed out how typologies could be of help in identifying different etiological mechanisms of partner violence (Capaldi & Kim, 2007). In their influential review,

Holtzworth-Munroe and Stuart (1994) proposed that batterers might be classified along three dimensions: (a) severity and frequency of marital violence, (b) generality of the violence (i.e., family-only or extrafamilial violence), and (c) batterer's psychopathology or personality disorders. Holtzworth-Munroe and Stuart suggested that using these dimensions would produce three batterer subtypes: (a) family only, (b) dysphoric-borderline, and (c) generally violent-antisocial men. They estimated that around 50% of violent male partners recruited in a community

* Corresponding author. Despacho 233. Plaza Feijoo s/n. 33003 Oviedo, Spain.
E-mail address: olaizola@uniovi.es (J. Herrero).

<http://dx.doi.org/10.1016/j.ejpal.2015.09.002>

1889-1861/© 2016 Colegio Oficial de Psicólogos de Madrid. Published by Elsevier España, S.L.U. This is an open access article under the CC BY-NC-ND license (<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>).

sample would fall into the family-only batterer category, 25% into the dysphoric/borderline category, and 25% into the generally violent/antisocial category.

More recently, [Cavanaugh and Gelles \(2005\)](#) (see also [Bender & Roberts, 2007](#); [Cunha & Gonçalves, 2013](#)) used three similar dimensions – severity and frequency of violence, criminal history, and level of psychopathology – to propose three types of batterers: low-, moderate-, and high-risk offenders. Low-risk offenders showed low severity, low frequency, little or no psychopathology, and usually no criminal history. Moderate-risk offenders exhibited moderate levels of severity and frequency of violence as well as moderate to high psychopathology. High-risk offenders revealed high severity and frequency of violence, high levels of psychopathy as well as a criminal history. General ideas behind these classifications are that: a) the more general the violence (i.e., existence of criminal history), the more likely partner violence be moderate to severe; and, b) the presence of moderate to severe partner violence is related to moderate to high psychopathology.

Severity of Violence and Criminal History

Batterer's criminal history has been traditionally linked to the existence of severe violence toward partner ([Bender & Roberts, 2007](#); [Cavanaugh & Gelles, 2005](#); [Holtzworth-Munroe & Stuart, 1994](#)). The most severe type of violence in [Holtzworth-Munroe and Stuart's \(1994\)](#) typology belongs to the generally violent/antisocial batterer with a long criminal history, a profile that is also found by other researchers. In [Gondolf's \(1988\)](#) typology, Type I or sociopathic batterer is also violent outside the home and presents a longer criminal history than the antisocial batterer (Type II) and the typical batterer (Type III), who is similar to the family-only batterer in [Holtzworth-Munroe and Stuart's](#) typology. Conversely, in [Hamberger, Lohr, Bonge, and Tonlin's \(1996\)](#) study of 204 maritally violent men, when violence is directed exclusively toward their partners it used to be less frequent, less severe, and with no psychopathology associated (the non-pathological batterer). There is empirical evidence, however, that suggests that both criminal history and severe violence toward their partners, although related, might be relatively independent (see for instance [Boyle, O'Leary, Rosenbaum, & Hasset-Walker, 2008](#)). This is especially important in studies with batterers conducted in prison, where reports of more severe violence are expected. For instance, using the typology of [Holtzworth-Munroe and Stuart, Walsh et al. \(2010\)](#) found the same levels of physical violence for the generally violent/antisocial group (with longer criminal history) and the family-only violent group in a sample of civil-psychiatric patients. As it is discussed below, criminology literature on crime specialization provides theoretical arguments to anticipate that family-only batterers could be also involved in moderate to severe violence toward their partners.

Severity of Violence and Psychopathology

Both [Holtzworth-Munroe and Stuart's \(1994\)](#) and [Cavanaugh and Gelles' \(2005\)](#) classifications of batterers seem to suggest a direct relationship between psychopathology and partner violence: one would expect moderate to severe psychopathology in individuals with severe violence toward their partners. There is empirical evidence about the role of psychopathology in the etiology of partner violence. In a longitudinal study of 543 participants belonging to a community sample followed over 20 years, [Ehrensaft, Cohen, and Johnson \(2006\)](#) found that men most seriously abusive toward their female partners also showed both antisocial and dramatic, emotionally dysregulated personality features (see also, [Holtzworth-Munroe, Meehan, Herron, Rehman, & Stuart, 2003](#); [Moffitt, Robins, & Caspi, 2001](#)) and that Cluster B

symptoms (narcissistic, antisocial, histrionic, and borderline) were the only significant personality predictors of increased risk of injury to a partner. The [Holtzworth-Munroe and Stuart's](#) batterer typology, as well as others, emphasizes the role of psychopathology to differentiate between groups of batterers. In their follow up of batterers, however, [Holtzworth-Munroe et al. \(2003\)](#) found that the generally violent and dysphoric/borderline groups were almost indistinguishable (see also [Delsol, Margolin, & John, 2003](#); [Holtzworth-Munroe & Meehan, 2004](#)) and that level of psychopathy in these groups were similar ([Holtzworth-Munroe, Meehan, Herron, Rehman, & Stuart, 2000](#); [Huss, Covell, & Langhinrichsen-Rohling, 2006](#); [Walsh et al., 2010](#)). While the empirical evidence suggests that psychopathology could be on the onset of partner violence for some individuals, it might not allow to clearly distinguish between subgroups of batterers (dysphoric/borderline and generally violent/antisocial in [Holtzworth-Munroe and Stuart's](#) typology; moderate and high-risk batterer in [Cavanaugh and Gelles' typology](#)).

In summary, the scientific literature on partner violence has provided empirical evidence about the heterogeneity of batterers and the most influential classifications of batterers distinguish between the less violent (family-only, low-risk offenders) and the more violent batterers (dysphoric/borderline and generally violent/antisocial; moderate and high-risk offenders). In these classifications, the batterer's severity of violence seems to be linked to the presence of an antisocial trajectory (i.e., criminal history) or severe psychopathology. In the case of imprisoned batterers, however, severity of violence tends to be present, leading to a lack of representativeness of the less violent batterer (family-only, low-risk offender). Also, as several researchers have pointed out, there seems to be an overlap between the more violent and psychologically distressed groups of batterers ([Delsol et al., 2003](#); [Holtzworth-Munroe et al., 2000](#); [Holtzworth-Munroe et al., 2003](#); [Holtzworth-Munroe & Meehan, 2004](#); [Huss, Covell, & Langhinrichsen-Rohling, 2006](#); [Walsh et al., 2010](#)). These two circumstances limit the potential utility of the classical typologies when applied to the study of imprisoned male batterers and suggest the need for a classification that takes into account the characteristics of this population.

Generalist vs. Specialist Batterer

In the last few years, scholars have debated whether intimate partner violence might be considered different from other types of crimes. This debate has two sides: those who maintain that partner violence is a unique type of crime and those who support the idea that partner violence could be empirically indistinct from general crime. The accumulated empirical evidence in this topic is not conclusive. For instance, in their study of 2,124 offenders from a nationally representative sample of inmates from state and federal facilities in the U.S., [Felson and Lane \(2010\)](#) did not find empirical evidence supporting the idea that offenders who attacked partners were different from other offenders and could be regarded as typical offenders. [Moffitt, Krueger, Caspi, & Fagan \(2000\)](#) showed how general crime and partner violence were two different, although correlated, conceptual constructs. Using data from a longitudinal follow up for more than 20 years of 800 young adults, they found that many batterers also engaged in violence against non-intimates but the etiology of both types of violence seemed to be different as indicated by the existence of different correlates for each type of violence. For instance, low self-control (Constraint) predicted crime but not partner violence. As [Baker, Metcalfe, and Jennings \(2013\)](#) have recently pointed out, the versatility/specialization debate is both theoretical and methodological, where theories of general tendencies of antisocial behavior ([Farrington, 2005](#); [Gottfredson &](#)

Hirschi, 1990) predict greater versatility than theories that assume different delinquent trajectories (Moffitt, 1993), or theories that underline the cultural (Dobash & Dobash, 1992) or intrafamilial (Gelles & Straus, 1979; Giles-Sims, 1983) origins of partner violence. The debate is also methodological in the sense that the new statistical methods tend to find greater levels of specialization (log-linear models, latent class analysis, quantile regression, etc.) than more traditional techniques such as factor analyses or simple comparisons of crime involvement. Also, the offender population under study and the type of source data used (official records vs. self-reports) might affect the degree of versatility/specialization found in the studies (Bouffard, Wright, Muftić, & Bouffard, 2008).

A generalist offender would commit different offenses on various occasions, with no inclination to pursue a specific criminal act or pattern of criminal acts whereas a specialist offender shows a greater tendency to repeat the same crime or offense over time (Baker et al., 2013). In the literature, specialization is seen as a type of consistency through a criminal career, which, indeed, might be relatively versatile. For the present study, a specialist male batterer is an offender whose only type of offenses are related to violence against his partner whereas a generalist male batterer is an offender with a criminal history of various types of offenses, including violence against his partner. This characterization presents an important difference with previous studies focusing on the degree of specialization among batterers (see Moffitt et al., 2000) and links the specialist batterer with the classical family-only violent batterer in Holtzworth-Munroe and Stuart's (1994) typology. Unlike typologies such as Holtzworth-Munroe and Stuart's, and Cavanaugh and Gelles' (2005), where the family-only or low-risk offender are characterized by a low profile of violence (less severe and less frequent), in the present study the specialist batterer is not expected to use different levels of violence from the generalist batterer's. This would be in line with types of batterer such as the intimate terrorist in Johnson's (1995) typology (severe violence in the family whether unidirectional or mutual) or the Type II anti-social batterer in Gondolf's (1988) typology, where moderate to severe violence is expected inside the family but not outside the family.

The objective of the present study is to explore if there are substantial differences between these two types of imprisoned male batterers. To do so, the study followed Moffitt et al.'s (2000) suggestion when searching for differences among types of batterers. These authors suggested answering to two research questions: are these batterers the same or different people? Do they share the same or different correlates? The distribution of batterers across groups might help to answer the first question. For instance, if there were not a sizable number of members of any one group, the evidence for the existence of these two types of batterers would be weak. The analysis of the most common correlates of crime in general and partner violence in particular would help to answer the second question. If few or no statistically significant differences were found between the groups in a set of correlates, the evidence of true differences between the groups would be weak. To answer this second question the present study analyzes correlates in the individual, family, and community contexts that have been consistently linked to general crime and partner violence.

As individual characteristics, the study analyzes personality, sexist attitudes, and alcohol and substance dependence. There is compelling evidence that personality is linked to the onset of both criminal behavior (Blonigen & Krueger, 2007) and partner violence (Capaldi & Kim, 2007; Cavanaugh & Gelles, 2005), with a special incidence of Cluster B personality profile, which includes the narcissistic, antisocial, histrionic, and borderline personality (Ehrensaft et al., 2006). As for the role of attitudes toward women in partner violence, the literature is consistent in pointing at sexist attitudes as an important correlate of partner violence.

This influence of sexist attitudes on partner violence is shared by several theoretical approaches, from theories that underline the importance of gender power disparity in society (feminist theories) to theories that emphasize the influence of cultural and family values (ecological) on the justification of abusive behavior toward female partners (see Ali & Naylor, 2013, for a review of studies).

The presence of alcohol and substance dependence has been consistently reported as an important correlate of both general aggression and partner violence (Wilkinson & Hamerschlag, 2005, for a review of studies) both at the time of a violent incident or as a distal correlate. In their meta-analysis of studies on the link between alcohol abuse and partner violence, Foran and O'Leary (2008) found a small to moderate effect size for the association between men alcohol abuse and partner violence. This relationship was greater in clinical samples and when severe alcohol problems were measured.

Family of origin has been proposed as a source of poor parenting skills, antisocial modeling, socioeconomic deprivation, and low attachment between the child and the parents that might be linked to violence in general (Farrington, 2003; LeBlanc, 2005; Thornberry, 2005) and partner violence in particular (Ehrensaft et al., 2003; Lussier, Farrington, & Moffitt, 2009). In the present study, family of origin climate and functioning represent the family context.

As for the community context, there are sound theoretical arguments as well as a vast array of empirical evidence on the ecology of partner violence (Lauritsen & Schaum, 2004; Pinchevsky & Wright, 2012; Van Wyk, Benson, Fox, & De Maris, 2003). According to Pinchevsky and Wright (2012), disadvantaged communities might influence partner violence in several ways. For instance, these communities may facilitate alienation and foster social isolation among citizens, which in turn influences the transmission of mainstream values that disapprove violence within couples. They also may hinder the formation and maintenance of social ties, leading to an increased vulnerability of residents. Also, they may intensify stress among couples, thus increasing the likelihood of partner violence. Thus, communities characterized by social disorder, and low levels of community integration and participation are expected to foster partner violence among its citizens. Community social disorder, community integration, and participation are variables representing the community context in the present study.

Finally, research has shown that offenders do not distribute homogeneously across sociodemographic characteristics. Thus, age, education, social class, and marital status as well as the delinquent trajectory of the offenders (age of onset of criminal behavior and age of first entry in the prison system) have been related to delinquent behavior and partner violence (Mazerolle & Maahs, 2000; Sabina, 2013; Van Wyk et al., 2003). In order to explore the profile of generalist and specialist offenders, we also included their sociodemographic characteristics.

Method

Participants

Participants for this study were 110 men imprisoned in the Penitentiary of Villabona (Asturias, Spain), all convicted for violence against their female couples (gender violence) (see outcome variable section for a detailed description of participants). The study uses several sources of information. First, judicial and penitentiary reports were used to obtain information about the criminal history of participants. This included information about socio-demographic variables as well as the complete record of arrests and imprisonments for each participant. Second, different self-report measures were used to evaluate personal, family, and community contexts of participants.

Procedure

The researchers approached the penitentiary authorities and explained the study objectives in order to obtain permission to evaluate inmates on a set of variables. After permission was granted, participants who freely volunteered were individually evaluated.

Variables

Outcome variable

Based on officially reported information, participants were clustered into two groups: generalist ($n = 86$, 78%) and specialist batterers ($n = 24$, 22%). Generalist batterers had a varied criminal history, which included crimes other than partner violence, while specialist batterers had previous records, if any, of offenses exclusively related to intimate partner violence. Among the most frequent crimes and offenses committed by the group of generalist batterers were robbery (74.4%) and crime against public health (74.4%). Other less frequent crimes were economic offenses (34.9%) and homicide (17.4%). Among specialist batterers, two were convicted for homicide (8.3%) and the rest of them were convicted for assault and battery. In the case that a previous criminal record existed, the most frequent crime in this group was related to violation of no-contact orders.

Individual variables

Personality. Participants completed the Millon Clinical Multiaxial Inventory-III (MCMI-III), which includes 175 true-false items used to detect personality disorders (Axis II) and major mental disorders (Axis I) through 24 subscales (Millon, 1997). Histrionic, Narcissistic, Antisocial, and Borderline scales scores were used for statistical comparison between groups. Number of items and Cronbach's alpha for each scale were as follows in the Spanish adaptation of the MCMI-III (Millon, Davis, & Millon, 2007): Histrionic (17 items, $\alpha = .80$), Narcissistic (24 items, $\alpha = .70$), Antisocial (17 items, $\alpha = .76$), and Borderline (16 items, $\alpha = .82$). Means and standard deviations for the scale in each group of batterers are presented in Table 1.

Alcohol and substance dependence. Alcohol (15 items, $\alpha = .71$) and Substance Dependence (14 items, $\alpha = .80$) scales scores from the Millon Clinical Multiaxial Inventory-III (MCMI-III) were also obtained to compare between groups. Means and standard deviations for each scale and group are offered in Table 1.

Sexism. Participants completed the Ambivalent Sexism Inventory (Glick & Fiske, 1996), which includes 22 items in two subscales: Hostile Sexism ('Women seek to gain power by getting control over men') and Benevolent Sexism ('Women should be cherished and protected by men'). All of the items were rated on a five-point scale ranging from *strongly disagree* to *strongly agree*. The Cronbach α of hostile and benevolent subscales in this study are acceptable at .84 and .79, respectively. Means and standard deviations for each scale and group are displayed in Table 1.

Family variables

Family climate. The family Relationship Index is a 27-item, unidimensional measurement of the quality of social relationships in the family environment as measured by cohesion, expressiveness and conflict (Moos & Moos, 1994). The Cronbach α 's in this study were .88, .76, and .80 for cohesion, expressiveness, and conflict respectively. Means and standard deviations for the scale in each group of batterers are exposed in Table 2.

Family functioning. The Adaptability, Partnership, Growth, Affection, and Resolve scale (APGAR) was used to assess participant's perception of family functioning (Smilkstein, 1978). The measure

Table 1
Means, Standard Deviations, and F Test on Individual Variables.

	GB ($n = 86$)	SB ($n = 24$)	F	p	η^2
<i>Personality</i>					
Histrionic			0.23	.63	.00
M	15.40	15.87			
SD	(4.26)	(3.76)			
Narcissistic			0.52	.47	.01
M	14.34	14.95			
SD	(3.58)	(3.95)			
Antisocial			6.16	.02	.06
M	14.12	11.17			
SD	(4.86)	(5.94)			
Borderline			5.89	.02	.05
M	9.65	6.70			
SD	(5.40)	(4.50)			
<i>Sexism</i>					
Hostile			5.89	.02	.05
M	33.61	28.83			
SD	(6.47)	(7.48)			
Benevolent			0.15	.70	.00
M	36.01	35.38			
SD	(6.97)	(7.59)			
<i>Alcohol and substance dependence</i>					
Alcohol			0.04	.84	.00
M	8.80	9.04			
SD	(4.90)	(5.23)			
Substance			14.40	.00	.12
M	13.32	8.67			
SD	(5.08)	(5.89)			

Note. $df(1, 109)$. GB = generalist batterers; SB = specialist batterers.

consists of five 3-point scale items of family functioning: Adaptability, Partnership, Growth, Affection, and Resolve. Items responses range from 1 (*hardly ever*) to 3 (*almost always*). For this study, a summed up score scale was used. The Cronbach α was .86. Means and standard deviations for the scale in each group of batterers are presented in Table 2.

Community variables

Community social disorder. Community social disorder was measured with 3 items about the frequency of the following situations in the community (see Gracia & Herrero, 2006; Herrero & Gracia, 2005 for similar approaches): crime (fight with weapons, sexual aggressions, family violence, robbery, assaults, etc.), presence of drug traffic, and nightlife. Item responses ranged on 5-point scale from (1) *strongly disagree* to (5) *strongly agree* ('There are too much crime in my community – fight with weapons, sexual aggressions, family violence, robbery, assaults, etc.'). Internal consistency was adequate (Cronbach's $\alpha = .78$). Means and standard deviations for the scale in each group of batterers are shown in Table 3.

Table 2
Means, Standard Deviations, and F Test on Family Variables.

	GB ($n = 86$)	SB ($n = 24$)	F	p	η^2
<i>Family of origin: climate</i>					
Cohesion			0.16	.90	.00
M	13.95	14.00			
SD	(1.55)	(1.88)			
Expressiveness			0.26	.87	.00
M	14.15	14.21			
SD	(1.64)	(1.47)			
Conflict			8.01	.01	.07
M	14.04	15.52			
SD	(2.31)	(1.75)			
<i>Family of origin: functioning</i>					
M	11.60	12.60	2.21	.14	.02
SD	(2.99)	(2.34)			

Note. $df(1, 109)$. GB = generalist batterers; SB = specialist batterers.

Table 3
Means, Standard Deviations, and *F* Test on Community Variables.

	GB (<i>n</i> = 86)	SB (<i>n</i> = 24)	<i>F</i>	<i>p</i>	η^2
Community social disorder			4.71	.03	.04
<i>M</i>	7.94	5.95			
<i>SD</i>	(3.75)	(3.72)			
Community integration			4.47	.04	.04
<i>M</i>	12.44	14.38			
<i>SD</i>	(3.87)	(3.24)			
Community participation			5.43	.02	.05
<i>M</i>	12.11	14.90			
<i>SD</i>	(4.71)	(5.57)			

Note. *df*(1, 109). GB = generalist batterers; SB = specialist batterers.

Community integration and participation. The Community Integration and Community Participation Scales of the Perceived Community Support Questionnaire (Herrero & Gracia, 2007) were used. Community Integration (four items) and Community Participation (five items) measure sense of belonging and identification as well as participation in social activities in the community in a 5-point Likert scale. Both scales have shown adequate psychometric characteristics and predictive validity (Herrero & Gracia, 2007). The Cronbach α were .74 and .88 for the integration and participation scales, respectively. Means and standard deviations for the scale in each group of batterers are shown in Table 3.

Sociodemographic variables

Age was measured in years ($M = 37.61$, $SD = 9.84$). Marital status was distributed as follows: 47 were single (42.7%), 21 were married/living with couple (19.1%), 40 were divorced/legally separated (36.4%), and 2 were widowed (1.8%). Educational background was measured as 1 (elementary studies or lower), 2 (secondary studies – high school), or 3 (university studies). Nine participants had university studies (9.2%) and 35 participants had finished secondary studies (31.8%); most participants did not have secondary studies or lower ($n = 66$, 60%). Perceived social class was measured as 1 (low), 2 (middle), and 3 (high). Ninety three percent of participants perceived themselves as belonging to low or middle social class ($n = 103$). Information about age at first arrest and age at first imprisonment was obtained through official records. The average age at first arrest was 22.86 ($SD = 11.12$) and the average age at first imprisonment was 30.07 ($SD = 10.71$).

Data Analyses

Separate multivariate analyses of variance (MANOVA) were performed to estimate the effect of type of batterer on the dependent variables. Dependent variables were grouped in a theoretically meaningful way and statistically correlated variables for each MANOVA. Thus, Cluster B Personality, sexism, and alcohol and substance dependence variables were entered separately in three different MANOVAs. Family and community variables were entered in two separate MANOVAs. Univariate Analyses of Variance (ANOVA) were followed to each MANOVA to test for the means differences for each variable.

Results

Results show that all of the MANOVAs conducted were statistically significant, suggesting that generalists and specialists batterers scored differently on the individual, family and community variables (see Table 4). Looking at the partial effect as depicted by η^2 , the effects were greater in alcohol and substance dependence, community and family and Cluster B personality variables.

Table 4
MANOVAs of Individual, Family, and Community Variables.

Variable	<i>F</i>	<i>df</i>	<i>p</i>	η^2
<i>Individual</i>				
Personality	2.58	4.105	.04	.09
Sexism	3.02	2.107	.05	.06
Alcohol and substance dependence	8.28	2.107	.00	.14
<i>Family</i>	2.46	4.105	.05	.09
<i>Community</i>	3.98	3.106	.01	.10

Individual Variables

As for the results of the univariate tests for the individual characteristics (see Table 1), looking first to the Cluster B variables, analyses showed that generalist batterers presented more antisocial and borderline characteristics than specialist batterers (F 's ≥ 5.89 , p 's $< .02$) but similar levels of histrionic and narcissistic characteristics (F 's ≤ 2.34 , p 's $\geq .47$). As for the sexist attitudes, there were only differences between the groups in hostile sexism ($F = 5.89$, $p = .02$) with generalists batterers scoring higher than specialist batterers. Finally, there were also significant differences in substance dependence: generalist batterers showed greater substance dependence ($F = 14.40$, $p < .001$) than specialist batterers.

Family Variables

Specialist batterers showed greater levels of conflict in their family of origin than generalist batterers ($F = 8.01$, $p = .01$). Both generalist and specialist batterers presented similar levels on the positive characteristics of their family of origin, including cohesion ($F = 0.16$, $p = .90$), expressiveness ($F = 0.26$, $p = .87$) and the APGAR scores ($F = 2.21$, $p = .14$), which measure aspects such as adaptability, partnership, growth, affection and resolve (see Table 2).

Community Variables

The results for the univariate tests of community variables (see Table 3) showed that differences between groups were statistically different (F 's ≥ 4.71 , p 's $\leq .04$), indicating that generalist batterers seemed to come from more socially disordered communities as well as from communities in which they felt less integrated and participated to a lower extent.

Sociodemographic Variables

Generalist batterers were significantly younger ($M = 36.48$, $SD = 9.38$) than specialists batterers ($M = 41.67$, $SD = 10.54$), $F = 5.50$, $df(1, 109)$, $p = .02$, $\eta^2 = .05$. Marital status of generalist batterers was statistically different, $\chi^2(5, N = 110) = 13.13$, $p = .02$, Cramer's $V = .32$, especially in the divorced/legally separated category (generalists 39%, specialists 58%; $|z| = 3.8$, $p < .001$) that was more frequent among specialist batterers. No statistical differences were found among type of batterer, social class, $\chi^2(2, N = 110) = 0.68$, $p = .71$, Cramer's $V = .08$, and educational background, $\chi^2(5.38(3, N = 110)$, $p = .49$, Cramer's $V = .32$. Generalists batterers showed an earlier onset of criminal behavior as can be seen both by the age at first arrest (generalist, $M = 19.25$, $SD = 8.20$; specialist, $M = 35.50$, $SD = 10.89$; $F(1, 109) = 62.47$, $p < .001$, $\eta^2 = .37$), as well as the age at first imprisonment (generalist, $M = 27.74$, $SD = 9.70$; specialist $M = 38.41$, $SD = 10.16$; $F(1, 109) = 22.45$, $p < .001$, $\eta^2 = .19$).

Discussion

In the present study a typology of imprisoned male batterer is proposed: the generalist vs. the specialist batterer. Drawing from both the literature on crime specialization and the typologies of

male batterers, the criminal history of 110 imprisoned male batterers was used to distinguish between the generalist and specialist batterer. The group of generalist batterers was formed by inmates with a criminal history of various types of offenses, including violence against his partner. The group of specialist batterers was formed by those inmates whose offenses were always related to violence against his partner. Although both types of batterers have characteristics in common with other types of batterers described in the literature, they also present important differences. The generalist batterer is closer to the generally violent/antisocial batterer in Holtzworth-Munroe and Stuart's (1994) typology and the high-risk offender in Cavanaugh and Gelles' (2005) classification. The specialist batterer has not a long criminal history, in line with the family-only and low-risk batterers of Holtzworth-Munroe and Stuart's and Cavanaugh and Gelles' classifications. They do not necessarily present, however, the low-violence profile of these typologies. In this sense, they would be closer to the intimate terrorist in Johnson's (1995) typology or the Type II antisocial batterer in Gondolf's (1988) typology where moderate to severe violence seems to be limited to the family environment.

Two research questions regarding these groups guided the present research: 1) are they the same people? 2) do they share the same correlates? As for the first question, the distribution of batterers across groups suggests that although most offenders were in the generalist group ($n = 86$, 75%) there were also a sizable number of batterers with no other criminal record or with a criminal history consistently related to violence toward his partner ($n = 24$, 25%). This finding seems to give support to the idea that although crime generalization is the most typical profile of offenders, there is also a certain degree of specialists among them (Baker et al., 2013; DeLisi et al., 2011; Felson & Lane, 2010).

Next, we explored the sociodemographic, individual, family, and community characteristics for each group. The generalist batterers not only present a longer and more varied criminal history but also an earlier onset in his criminal activity. Most generalist batterers had committed offenses related to drug use and drug traffic (crimes against public health, 74%) and robbery (74%), but there were also murderers (17%) in this group. Specialist batterers presented a shorter criminal history and specifically related to partner violence, mainly for violation of no-contact orders. These results suggest that, indeed, there is a different criminal trajectory in each group: the generalist batterer is younger and with an earlier onset in his criminal activities, which by definition is more varied. This finding would be consistent with research showing that the age of delinquency onset is inversely related to the number of offenses (Mazerolle, Burton, Cullen, Evans, & Payne, 2000; McGloin, Sullivan, Piquero, & Pratt, 2007; Piquero, Paternoster, Mazerolle, Brame, & Dean, 1999) and that younger and persistent offenders tend to have a more varied criminal history (Arce, Fariña, & Vázquez, 2011), including partner violence (Mazerolle & Maahs, 2000).

As for the differences in their individual characteristics, the specialist batterer seems to present a lower profile of psychopathology than the generalist batterer, specifically in Cluster B personality aspects such as antisocial and borderline personality. This would be in line with the family-only batterer (Holtzworth-Munroe & Stuart, 1994) or the low-risk offender (Cavanaugh & Gelles, 2005) proposed in the literature. Unlike these types of batterers, however, the specialist batterer also presents moderate to severe (even lethal) violence. In fact, there were two murderers among this group of specialist batterers, which challenges the classical notion that the family-only batterer usually presents a low level of partner violence. Specialist and generalist batterers showed no significant differences in other Cluster B characteristics such as histrionic or narcissistic personality that have been related to partner violence (Ehrensaft et al., 2006; García-Jiménez, Godoy-Fernández, Llor-Esteban, & Ruiz-Hernández, 2014; Torres, Lemos-Giráldez, &

Herrero, 2013), and batterer treatment efficacy (Novo, Fariña, Seijo, & Arce, 2012).

Generalist batterers showed greater levels of substance dependence than the specialist batterers and similar levels of alcohol dependence. The fact that most of generalist batterers of the study had been convicted for crimes related to drug traffic (around 75% of generalist batterers), which tend to be linked to drug use and abuse, might explain this finding. Also, alcohol and substance dependence has been regarded to partner violence (Wilkinson & Hamerschlag, 2005). Both alcohol and substance dependence may exert their influence at the social, economic, and relational level, thereby increasing the stress in the relationship and the likelihood of partner violence.

Regarding their sexist attitudes, the generalist batterer showed greater levels of hostile sexism but similar levels of benevolent sexism when compared to the specialist batterers. Research on ambivalent sexism has shown that those who are high in hostile sexism are more tolerant of intimate partner violence (Glick, Sakalli-Ugurlu, Ferreira, & Souza, 2002) while benevolent sexism have been related to victim-blaming attitudes (Viki & Abrams, 2002) toward women. These attitudes serve as an anchorage that guides the information interpretation, supporting preconceptions against women (Fariña, Arce, & Novo, 2002), which contributes to sustain offending (Maruna, 2004).

As for their family of origin correlates, family functioning was different in each group. Specialist batterers scored significantly higher in conflict in family of origin, indicating that they portrayed their family of origin as a context where family members more openly expressed anger and conflict than in the case of generalist batterers. This finding would be consistent both with theories that emphasize the intrafamilial origins of partner violence (Gelles, 2007) and with the empirical evidence linking exposure to family violence and partner violence in adult life. Longitudinal research has found that exposure to violence between parents is a consistent predictor of partner violence in adult life (Ehrensaft et al., 2003; Lavoie et al., 2002; Simons, Lin, & Gordon, 1998). In this sense, Lussier et al. (2009) have found evidence supporting that family environment increases the risk of partner violence, mainly by fostering the development of antisocial behavior and neuropsychological deficits (see also Capaldi & Clark, 1998). This would be in line with the antisocial/generally violent batterer in Holtzworth-Munroe and Stuart's (1994) and the high-risk offender in Cavanaugh and Gelles' (2005) typologies. Alternatively, the existence of moderate to severe violence toward female partner in the group of specialist batterers would illustrate the role that conflictive family environments might have on the development of patterns of aggression in intimate relationships, with no further need of development of antisocial behavior. This would explain the existence of types such as Johnson's (1995) intimate terrorist or Gondolf's (1999) Type II antisocial batterer, where moderate to severe violence is expected inside the family but not outside the family.

Besides this debate about the direct or indirect influence of family functioning on partner violence (through antisocial behavior and neuropsychological deficits), our findings indicate that conflicts in the family of origin might be a key influence on partner violence in the case of the specialist batterer. No differences were found regarding the more positive aspects of family functioning such as cohesion, expressiveness, adaptability, partnership, growth, affection, and resolve. The fact that these types of batterers shared most of the family correlates is compatible with the idea shared by many scholars that both the more general antisocial trajectory and the specialization in partner violence are related to the existence of dysfunctional families of origin (Ehrensaft et al., 2003; Farrington, 2003; Gelles, 2007; LeBlanc, 2005; Lussier et al., 2009; Thornberry, 2005).

Finally, it seemed that these two groups came from different communities or residential areas: the generalist batterer described his community as more socially disordered and showed lower levels of integration and participation toward it. As Pinchevsky and Wright (2012) concluded in their extensive review of studies about the impact of neighborhoods on intimate partner violence, disordered neighborhoods have been consistently linked to higher risk of partner violence while those characterized by the existence of support ties are more protected from such violence (see also Gracia & Herrero, 2007; Gracia, Herrero, Lila & Fuente, 2009; Herrero & Gracia, 2005). Our findings seem to support this claim, especially in the case of the generalist batterer with a more varied criminal history. The lower levels of participation and integration in a community and the higher levels of community social disorder exemplify a well-studied path between neighborhood conditions and both general and partner violence (Lauritsen & Schaum, 2004; Markowitz, Bellair, Liska, & Liu, 2001; Van Wyk et al., 2003). While generalist batterers in our study seem to fit well into this explanation, our findings suggest that community correlates were not so important in the case of the specialist batterer. Thus, the specialist batterer lived under community conditions of lower social disorder and higher integration and participation with apparently less influence on partner violence. Other research has found levels of partner violence under low disordered neighborhood conditions. For instance, Van Wyk et al. (2003) found that intimate partner violence may increase its likelihood even at levels of low social disorganization if certain circumstances are present (i.e., lack of contacts for women).

Overall, the study findings help to portray a generalist batterer, which shows higher levels of psychopathology, substance dependence, and sexist attitudes. Also, their communities seem to be more socially disordered and their levels of community participation and integration are lower. They also present a longer and more varied criminal history with an earlier onset, both in terms of the age of first arrest as well as the age of first imprisonment. The specialist batterer, who represents a minority of the batterers analyzed in the present research, presents a profile of lower psychopathology, substance dependence, sexism, and community social disorder and a profile of higher levels of conflict in the family of origin along with higher levels of community integration and participation.

The study presents several potential limitations, however. First, most information regarding the criminal history of inmates was collected through official records. Previous research has found that specialization of offenders is more evident when using official records instead of self-reported information, although with some exceptions (see Bouffard et al., 2008 for a review of studies). If this were the case, it would be possible that some of the specialist batterers in our study had committed other than partner violence-related offenses that were not officially reported. The significant differences found in the criminal history of specialist and generalist batterers seem to suggest, however, that there are true differences among them (i.e., later onset of criminal activity in specialist batterers). With the present data we cannot rule completely out other alternative explanations based on the existence of undetected criminal activity in participants of the study. Further research using both self-reported as well as officially reported information should clarify this point.

Second, participants of the study might not be representative of the convicted batterer population, so generalization of results is not warranted. Again, the clear differences in both the onset of criminal activity and the age of first imprisonment seems to suggest that these two groups exist in the population of imprisoned male batterers although we should be cautious about the distribution of batterers across groups. In our study, three out of every four batterers belonged to the generalist group, in contrast with Holtzworth-Munroe and Stuart (1994) suggestion that both

generalist/antisocial and dysphoric/borderline batterers would account for almost 50% of the population of batterers. Further research with representative samples should provide more accurate estimates of the true distribution of generalist and specialist batterers.

And last, but not least, the definition of specialist batterers used in this study might be too restricted, potentially leading to low group stability across time. In this sense, the specialist batterer could belong to the generalist group if a non-partner violence-related offense is committed. It seems clear, however, that for most specialist offenders their criminal history is limited to this type of offense, as seen by their late onset of criminal activity and age at first imprisonment. Future research focusing on the trajectory of batterers could add relevant information about the formation of these two groups of batterers.

Conflict of Interest

The authors of this article declare no conflict of interest.

Financial Support

Support for this research was provided by grant from the Spanish Ministry of Economy and Competitiveness (FEM2012-30659).

References

- Ali, P. A., & Naylor, P. B. (2013). Intimate partner violence: A narrative review of the feminist, social and ecological explanations for its causation. *Aggression and Violent Behavior*, 18, 611–619. <http://dx.doi.org/10.1016/j.avb.2013.01.003>
- Arce, R., Fariña, F., & Vázquez, M. J. (2011). Grado de competencia social y comportamientos antisociales delictivos y no delictivos en menores [Social competence and delinquent, antisocial and non-deviant behavior in adolescents]. *Revista Latinoamericana de Psicología*, 43, 473–486. <http://dx.doi.org/10.14349/rlp.v43i3.487>
- Baker, T., Metcalfe, Ch. F., & Jennings, W. G. (2013). What are the odds? Predicting specialization in offending over the life course. *Criminal Justice and Behavior*, 40, 909–932. <http://dx.doi.org/10.1177/0093854812474262>
- Bender, K., & Roberts, A. R. (2007). Battered women versus male batterer typologies: Same or different based on evidence-based studies? *Aggression and Violent Behavior*, 12, 519–530. <http://dx.doi.org/10.1016/j.avb.2007.02.005>
- Blonigen, D. M., & Krueger, R. F. (2007). Personality and violence: The unifying role of structural models of personality. In D. J. Flannery, A. T. Vazsonyi, & I. D. Waldman (Eds.), *The Cambridge handbook of violent behavior* (pp. 288–305). Cambridge, UK: Cambridge University Press. <http://dx.doi.org/10.1017/CBO9780511816840.014>
- Bouffard, L. B., Wright, K. A., Muftić, R., & Bouffard, J. A. (2008). Gender differences in specialization in intimate partner violence: Comparing the gender symmetry and violent resistance perspectives. *Justice Quarterly*, 25, 570–594. <http://dx.doi.org/10.1080/07418820801930100>
- Boyle, D. J., O'Leary, K. D., Rosenbaum, A., & Hasset-Walker, C. (2008). Differentiating between generally and partner-only violent subgroups: Lifetime antisocial behavior, family of origin violence, and impulsivity. *Journal of Family Violence*, 23, 47–55. <http://dx.doi.org/10.1007/s10896-007-9133-8>
- Capaldi, D. M., & Clark, S. (1998). Prospective family predictors of aggression toward female partners for at-risk young men. *Developmental Psychology*, 34, 1175–1188. <http://dx.doi.org/10.1037/0012-1649.34.6.1175>
- Capaldi, D. M., & Kim, H. K. (2007). Typological approaches to violence in couples: A critique and alternative conceptual approach. *Clinical Psychology Review*, 27, 253–265. <http://dx.doi.org/10.1016/j.cpr.2006.09.001>
- Cavanaugh, M. M., & Gelles, R. J. (2005). The utility of male domestic violence offender typologies: New directions for research, policy, and practice. *Journal of Interpersonal Violence*, 20, 155–166.
- Cunha, O., & Gonçalves, R. A. (2013). Intimate partner violence offenders: Generating a data-based typology of batterers and implications for treatment. *The European Journal of Psychology Applied to Legal Context*, 5, 131–139. <http://dx.doi.org/10.5093/ejpalc2013a2>
- Delisi, M., Beaver, K. M., Wright, K. A., Wright, J. P., Vaughn, M. G., & Trulson, Ch. R. (2011). Criminal specialization revisited: A simultaneous quantile regression approach. *American Journal of Criminal Justice*, 36, 73–92. <http://dx.doi.org/10.1007/s12103-010-9083-1>
- Delsol, C., Margolin, G., & John, R. S. (2003). A typology of martially violent men and correlates of violence in a community sample. *Journal of Marriage and Family*, 65, 635–651. <http://dx.doi.org/10.1111/j.1741-3737.2003.00635.x>
- Dobash, R. E., & Dobash, R. P. (1992). *Women, violence and social change*. London, UK: Routledge. <http://dx.doi.org/10.4324/9780203450734>
- Ehrensaft, M. K., Cohen, P., Brown, J., Smiles, E., Chen, H., & Johnson, J. G. (2003). Intergenerational transmission of partner violence: A 20-year

- prospective study. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 71, 741–753. <http://dx.doi.org/10.1037/0022-006X.71.4.741>
- Ehrenschaft, M. K., Cohen, P., & Johnson, J. G. (2006). Development of personality disorder symptoms and the risk for partner violence. *Journal of Abnormal Psychology*, 115, 474–483. <http://dx.doi.org/10.1037/0021-843X.115.3.474>
- Fariña, F., Arce, R., & Novo, M. (2002). Heurístico de anclaje en las decisiones judiciales [Anchorage in judicial decision making]. *Psicothema*, 14, 39–46.
- Farrington, D. P. (2003). Developmental and life-course criminology: Key theoretical and empirical issues. *Criminology*, 41, 221–255. <http://dx.doi.org/10.1111/j.1745-9125.2003.tb00987.x>
- Farrington, D. P. (2005). The integrated cognitive antisocial potential (ICAP) theory. In D. P. Farrington (Ed.), *Integrated developmental and life-course theories of crime* (pp. 1–14). New Brunswick, NJ: Transaction Publishers.
- Felson, R. B., & Lane, K. J. (2010). Does violence involving women and intimate partners have a special etiology? *Criminology*, 48, 321–338. <http://dx.doi.org/10.1111/j.1745-9125.2010.00186.x>
- Foran, H. M., & O'Leary, K. D. (2008). Alcohol and intimate partner violence: A meta-analytic review. *Clinical Psychology Review*, 28, 1222–1234. <http://dx.doi.org/10.1016/j.cpr.2008.05.001>
- García-Jiménez, J. J., Godoy-Fernández, C., Llor-Esteban, B., & Ruiz-Hernández, J. A. (2014). Differential profile in partner aggressors: Prison vs. mandatory community intervention programs. *The European Journal of Psychology Applied to Legal Context*, 6, 69–77. <http://dx.doi.org/10.1016/j.ejpal.2014.06.003>
- Gelles, R. J. (2007). Family violence. In D. J. Flannery, A. T. Vazsonyi, & D. Waldman (Eds.), *The Cambridge handbook of violent behavior* (pp. 403–417). Cambridge, UK: Cambridge University Press. <http://dx.doi.org/10.1017/CBO9780511816840.020>
- Gelles, R. J., & Straus, M. A. (1979). Determinants of violence in the family: Toward a theoretical integration. In W. R. Burr, R. Hill, F. I. Nye, & I. L. Reiss (Eds.), *Contemporary theories about the family* (1) (pp. 549–581). New York, NY: Free Press.
- Giles-Sims, J. (1983). *Wife battering: A systems theory approach*. New York, NY: Guilford Press.
- Glick, P., & Fiske, S. T. (1996). The Ambivalent Sexism Inventory: Differentiating hostile and benevolent sexism. *Journal of Personality and Social Psychology*, 70, 491–512. <http://dx.doi.org/10.1037/0022-3514.70.3.491>
- Glick, P., Sakalli-Ugurlu, N., Ferreira, M. C., & de Souza, M. A. (2002). Ambivalent sexism and attitudes toward wife abuse in Turkey and Brazil. *Psychology of Women Quarterly*, 26, 292–297. <http://dx.doi.org/10.1111/1471-6402.t01-1-00068>
- Gondolf, E. W. (1988). Who are those guys? Toward a behavioral typology of batterers. *Violence and Victims*, 3, 187–203.
- Gondolf, E. W. (1999). Characteristics of court-mandated batterers in four cities: Diversity and dichotomies. *Violence against Women*, 5, 1277–1293. <http://dx.doi.org/10.1177/10778019922183372>
- Gottfredson, M. R., & Hirschi, T. (1990). *A general theory of crime*. Stanford, CA: Stanford University Press.
- Gracia, E., & Herrero, J. (2006). Perceived neighborhood social disorder and residents' attitudes toward reporting child physical abuse. *Child Abuse & Neglect*, 30, 357–365. <http://dx.doi.org/10.1016/j.chiabu.2005.11.001>
- Gracia, E., & Herrero, J. (2007). Perceived neighborhood social disorder and attitudes towards reporting domestic violence against women. *Journal of Interpersonal Violence*, 22, 737–752. <http://dx.doi.org/10.1177/0886260507300755>
- Gracia, E., Herrero, J., Lila, M., & Fuente, A. (2009). Perceived neighborhood social disorder and attitudes toward domestic violence against women among Latin-American immigrants. *The European Journal of Psychology Applied to Legal Context*, 1, 25–43.
- Hamberger, L. K., Lohr, J. M., Bonge, D., & Tonlin, D. F. (1996). A large sample empirical typology of male spouse abusers and its relationship to dimensions of abuse. *Violence and Victims*, 11, 277–292.
- Herrero, J., & Gracia, E. (2005). Perceived frequency of domestic violence against women and neighborhood social disorder. *Psychological Reports*, 97, 712–716. <http://dx.doi.org/10.2466/pr0.97.3.712-716>
- Herrero, J., & Gracia, E. (2007). Measuring perceived community support: Factorial structure, longitudinal invariance and predictive validity of the PCSQ (Perceived Community Support Questionnaire). *Journal of Community Psychology*, 35, 197–217. <http://dx.doi.org/10.1002/jcop.20143>
- Holtzworth-Munroe, A., & Meehan, J. C. (2004). Typologies of men who are maritally violent: scientific and clinical implications. *Journal of Interpersonal Violence*, 19, 1369–1389. <http://dx.doi.org/10.1177/0886260504269693>
- Holtzworth-Munroe, A., Meehan, J. C., Herron, K., Rehman, U., & Stuart, G. L. (2000). Testing the Holtzworth-Munroe and Stuart (1994) batterer typology. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 68, 1000–1019. <http://dx.doi.org/10.1037/0022-006X.68.6.1000>
- Holtzworth-Munroe, A., Meehan, J. C., Herron, K., Rehman, U., & Stuart, G. L. (2003). Do subtypes of maritally violent men continue to differ over time? *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 71, 728–740. <http://dx.doi.org/10.1037/0022-006X.71.4.728>
- Holtzworth-Munroe, A., & Stuart, G. L. (1994). Typologies of male batterers: Three subtypes and the differences among them. *Psychological Bulletin*, 116, 476–497. <http://dx.doi.org/10.1037/0033-2909.116.3.476>
- Huss, M. T., Covell, C. N., & Langhinrichsen-Rohling, J. (2006). Clinical implications for the assessment and treatment of antisocial and psychopathic domestic violence perpetrators. *Journal of Aggression, Maltreatment and Trauma*, 13, 59–85. http://dx.doi.org/10.1300/J146v13n01_04
- Johnson, M. P. (1995). Patriarchal terrorism and common couple violence: Two forms of violence against women. *Journal of Marriage and the Family*, 57, 283–294. <http://dx.doi.org/10.2307/353683>
- Lauritsen, J. L., & Schaum, R. J. (2004). The social ecology of violence against women. *Criminology*, 42, 323–356. <http://dx.doi.org/10.1111/j.1745-9125.2004.tb00522.x>
- Lavoie, F., Hebert, M., Tremblay, R., Vitaro, F., Vezina, L., & McDuff, P. (2002). History of family dysfunction and perpetration of dating violence by adolescent boys: A longitudinal study. *Journal of Adolescent Health*, 30, 375–383. [http://dx.doi.org/10.1016/S1054-139X\(02\)00347-6](http://dx.doi.org/10.1016/S1054-139X(02)00347-6)
- LeBlanc, M. (2005). An integrative personal control theory of deviant behavior: Answers to contemporary empirical and theoretical developmental criminology issues. In D. P. Farrington (Ed.), *Integrated life course and developmental theories of offending* (pp. 125–163). New Brunswick, NJ: Transaction.
- Lussier, P., Farrington, D. P., & Moffitt, T. E. (2009). Is the antisocial child father of the abusive man? A 40-year prospective longitudinal study on the developmental antecedents of intimate partner violence. *Criminology*, 47, 741–780. <http://dx.doi.org/10.1111/j.1745-9125.2009.00160.x>
- Markowitz, F. E., Bellair, P. E., Liska, A. E., & Liu, J. H. (2001). Extending social disorganization theory: Modeling the relationships between cohesion, fear, and disorder. *Criminology*, 38, 205–218.
- Maruna, S. (2004). Desistance and explanatory style: A new direction in the psychology of reform. *Journal of Contemporary Criminal Justice*, 20, 184–200. <http://dx.doi.org/10.1177/1043986204263778>
- Mazerolle, P., Burton, V. S., Cullen, F. T., Evans, D., & Payne, G. L. (2000). Strain, anger, and delinquent adaptations: Specifying general strain theory. *Journal of Criminal Justice*, 28, 89–101. [http://dx.doi.org/10.1016/S0047-2352\(99\)00041-0](http://dx.doi.org/10.1016/S0047-2352(99)00041-0)
- Mazerolle, P., & Maahs, J. (2000). General strain and delinquency: An alternative examination of conditioning influences. *Justice Quarterly*, 17, 753–778. <http://dx.doi.org/10.1080/07418820000094751>
- McGloin, J. M., Sullivan, C. J., Piquero, A. R., & Pratt, T. C. (2007). Local life circumstances and offending specialization/versatility: Comparing opportunity and propensity models. *Journal of Research in Crime and Delinquency*, 44, 321–346. <http://dx.doi.org/10.1177/0022427807302664>
- Millon, T. (1997). *Millon Clinical Multiaxial Inventory-III (MCMI-III) manual* (2nd ed.). Minneapolis, MN: National Computer Systems.
- Millon, T., Davis, R., & Millon, C. (2007). *MCMI-III. Manual*. Madrid, Spain: TEA Ediciones.
- Moffitt, T. E. (1993). Adolescence-limited and life-course-persistent antisocial behavior: A developmental taxonomy. *Psychological Review*, 100, 674–701. <http://dx.doi.org/10.1037/0033-295X.100.4.674>
- Moffitt, T. E., Krueger, R. F., Caspi, A., & Fagan, J. (2000). Partner abuse and general crime: how are they the same? How are they different? *Criminology*, 38, 199–232. <http://dx.doi.org/10.1111/j.1745-9125.2000.tb00888.x>
- Moffitt, T. E., Robins, R. B., & Caspi, A. (2001). A couples analysis of partner abuse with implications for abuse prevention policy. *Criminology and Public Policy*, 1, 5–36. <http://dx.doi.org/10.1111/j.1745-9133.2001.tb00075.x>
- Moos, R. H., & Moos, B. S. (1994). *Family Environment Scale Manual: Development, applications research* (3rd ed.). Palo Alto, CA: Consulting Psychologist Press.
- Novo, M., Fariña, F., Seijo, D., & Arce, R. (2012). Assessment of a community rehabilitation programme in convicted male intimate-partner violent offenders. *International Journal of Clinical and Health Psychology*, 12, 219–234.
- Pinchevsky, G. M., & Wright, E. M. (2012). The impact of neighborhoods on intimate partner violence and victimization. *Trauma Violence Abuse*, 13, 112–132.
- Piquero, A., Paternoster, R. P., Mazerolle, P., Brame, R., & Dean, Ch. W. (1999). Onset age and offense specialization. *Journal of Research in Crime and Delinquency*, 36, 275–299. <http://dx.doi.org/10.1177/0022427899036003002>
- Sabina, Ch. (2013). Individual and national level associations between economic deprivation and partner violence among college students in 31 national settings. *Aggressive Behavior*, 39, 247–256. <http://dx.doi.org/10.1002/ab.21479>
- Simons, R. L., Lin, H., & Gordon, L. C. (1998). Socialization in the family of origin and male dating violence: A prospective study. *Journal of Marriage and the Family*, 60, 467–478. <http://dx.doi.org/10.2307/353862>
- Smilkstein, G. (1978). The family APGAR: A proposal for family function test and its use by physicians. *Journal of Family Practice*, 6, 1231–1239.
- Thornberry, T. P. (2005). Explaining multiple patterns of offending across the life course and across generations. *Annals of the American Academy of Political and Social Sciences*, 602, 156–195. <http://dx.doi.org/10.1177/0002716205280641>
- Torres, A., Lemos-Giráldez, S., & Herrero, J. (2013). Violencia hacia la mujer: Características psicológicas y de personalidad de los hombres que maltratan a su pareja. *Anales de Psicología*, 29, 9–18. <http://dx.doi.org/10.6018/analesps.29.1.130621>
- Van Wyk, J., Benson, M. L., Fox, G. L., & De Maris, A. (2003). Detangling individual-, partner-, and community-level correlates of partner violence. *Crime and Delinquency*, 49, 412–438. <http://dx.doi.org/10.1177/001128703049003004>
- Viki, G. T., & Abrams, D. (2002). But she was unfaithful: Benevolent sexism and reactions to rape victims that violate traditional gender role expectations. *Sex Roles*, 47, 289–293. <http://dx.doi.org/10.1023/A:1021342912248>
- Walsh, Z., Swogger, M. T., O'Connor, B., Shonbrun, Y. C., Shea, M. T., & Stuart, G. L. (2010). Subtypes of partner violence perpetrators among male and female civil psychiatric patients. *Journal of Abnormal Psychology*, 119, 563–574. <http://dx.doi.org/10.1037/a0019858>
- Wilkinson, D. L., & Hamerschlag, S. J. (2005). Situational determinants in intimate partner violence. *Aggression and Violent Behavior*, 10, 333–361. <http://dx.doi.org/10.1016/j.avb.2004.05.00>

ARTÍCULO 3

ACCEPTABILITY OF PARTNER VIOLENCE IN 51 SOCIETIES: THE ROLE OF SEXISM AND ATTITUDES TOWARD VIOLENCE IN SOCIAL RELATIONSHIPS

June, 19, 2015

Prof. Juan Herrero
University of Oviedo, Psychology
Plaza Feijoo s/n
Despacho 211
Oviedo 33003 Spain

Dear Dr. Herrero,

I am pleased to write to inform you that your manuscript, "Acceptability of Partner Violence in 51 Societies: The Role of Sexism and Attitudes Toward Violence in Social Relationships," has been accepted for publication in *Violence Against Women*. You will receive directly from Sage Publications page proofs of your manuscript four to six weeks before publication. This will give you an approximate date for your manuscript to appear in the journal.

To assist you in preparing your manuscript for production, I have enclosed a copy of the journal's instructions to authors. Please follow these instructions exactly in preparing your manuscript, especially those specifying no use of embedded codes (e.g., running heads, footnoting programs) on your disk, and the use of APA citation and referencing format. We need a copy of your manuscript on a disk in Microsoft Word format. Failure to comply with these manuscript preparation instructions will result in the return of the manuscript to you for correction and ultimately a delay in publication.

I have also enclosed a publication agreement, which must be signed by you and all co-authors, if any, before the manuscript can go into production. Please return the signed publication agreement to me when you send your production-ready manuscript and disk.

Please let me take this opportunity to thank you for your valuable contribution to *Violence Against Women* and to invite you to call or email me if you have any questions or concerns. Note my change in address, as the journal's editing office has moved to Dayton, Ohio. The correct mailing address and contact information is below. Thank you for your patience during our period of transition.

Sincerely,



Claire M. Renzetti, Ph.D.
Editor, *Violence Against Women*
Department of Sociology, Anthropology, &
Social Work
University of Dayton
300 College Park
Dayton, Ohio 45469 USA
email: Claire.Renzetti@notes.udayton.edu
phone: 937.229.3900

Abstract. Sexist attitudes have been claimed to play an important role on acceptability of intimate partner violence (IPV). Empirical evidence suggests that sexist individuals are also more acceptance of violence in social relationships. Results from multilevel regression models of data from 72,730 respondents of 51 countries around the world showed that: (1) both sexism and acceptability of general violence in social relationships were positively related to acceptability of IPV; and, (2) the highest levels of acceptability of IPV were found among those sexist individuals that also present positive attitudes toward the use of violence in social relationships.

Keywords: acceptability of intimate partner violence, sexism, attitudes toward violence

Introduction

The study of intimate partner violence (IPV) has rapidly grown in the last decades. Systematic reviews in this area have found that explanatory factors may be located in different domains or levels (individual, social and family relationships, community, etc.) and there seems to be an agreement that attitudes toward the use of violence in couples might be an important correlate of IPV (see reviews in Capaldi, Knoble, Shortt, & Kim, 2012; Flood & Pease, 2009; Holtzworth-Munroe, Bates, & Sandin, 1997). Available data suggest that individuals more accepting of IPV would have a greater chance of engaging in IPV than non-accepting individuals. In a national survey, Dibble and Strauss (1980) found that those among the 2,143 male and female respondents with a more positive attitude to the use of physical violence against their partners showed a greater chance of carrying out an act of violence against their spouse within the reporting year. In a comparison study of 39 batterers in treatment and 52 men in alcohol treatment, Stith and Farley (1993) found that approval of marital violence directly predicted severe husband violence. Similarly, in a national survey of alcohol and family violence, Kantor, Jasinski, and Aldarondo (1994) found among 2,000 couples that approval of wife assault more than doubled the odds of husband violence. Markowitz (2001) compared attitudes of male adult general population from a representative sample of 205 individuals of Albany County (New York, USA) and attitudes of 141 male offenders living in the community. In his study, offenders expressed more favorable attitudes toward the use of violence against partners than males from the general population. In their epidemiological study of 1,615 couples from the U.S. household population, Mckinney, Caetano, Ramisetty-Mikler, and Nelson (2009) found a positive relationship between approval of partner violence and reported partner violence.

These findings point out to the study of attitudes toward partner violence as a key aspect to understand the use of partner violence (Capaldi et al., 2012; Holtzworth-Munroe et al., 1997). Research on attitudes toward IPV has traditionally shown how gender-role attitudes are associated with greater acceptance of IPV (see Flood & Pease, 2009 for a review of studies). For instance, it has been found that respondents who endorse sexist attitudes report also more accepting attitudes of IPV (Glick, Sakalli-

Ugurlu, Ferreira, & De Souza, 2002; Hammond & Overall, 2013; Overall, Sibley, & Tan, 2011; Sakall, 2001). For Glick and Fiske (1996), men who endorse hostility against women (hostile sexism) might also view intimate relationships as a context of competition for power and control. Sexism would serve to legitimize partner violence toward women, presumably making abusive behavior more likely for men (Glick et al., 2002) and perceiving hypothetical domestic violence incidents as less serious (Yamawaki, Ostenson, & Brown, 2009).

As some researchers have found, more sexist individuals are also more accepting of general violence as a legitimate approach to problem-solving in interpersonal relationships (e.g., Forbes, Adams-Curtis, & White, 2004). In their study of self-reported dating aggression among 147 college men, Forbes et al. (2004) found that those involved in aggressive sports also scored significantly higher on sexism (both hostile and benevolent) than the comparison group. They also found, however, that these individuals also scored higher on acceptance of violence in social relationships. They concluded that sexism, often associated with aggressive sports, influenced the likelihood of men engaging in dating aggression although they did not explicitly rule out the confounding effect of acceptability of general violence on dating aggression.

When it comes to the explanation of acceptability of IPV, therefore, it has to be taken into account both sexist attitudes and acceptability of general violence in social relationships. According to the empirical evidence reviewed here, it might be expected that: (1) both sexism and acceptability of general violence in social relationships be positively related to acceptability of IPV; and, (2) the relationship between sexism and acceptability of IPV would be partially explained by levels of acceptability of general violence in social relationships. Additionally, (3) it may be claimed that perhaps those who accept IPV are both sexist and accepting the use of general violence in social relationships. Thus, the highest levels of acceptability of partner violence would be found among those sexist individuals who also present positive attitudes toward the use of violence in social relationships.

To empirically test these hypotheses, the present study analyzes a large dataset of 72,730 respondents from 51 countries around the world (World Values Survey, 2014) providing information about sexism, acceptability of IPV and acceptability of

general violence. To better control for potentially statistically spurious relationships, several covariates of acceptability of partner violence both at the individual and country level are considered in the study.

Literature on acceptability of IPV has traditionally shown that attitudes toward partner violence are related to the socio-demographic characteristics of the population (Carlson & Worden, 2005; Gracia & Herrero, 2006; Lawoko, 2008; Marshal & Furr, 2009; Simon, Anderson, Thompson, Crosby, Shelley, & Sacks, 2001; Stickley, Kislitsyna, Timofeeva, & Vågerö, 2008; Uthman, Moradi & Lawoko, 2009; Waltermaurer, 2012; Worden & Carlson, 2005). Socio-demographic variables such as sex, age, education, income, and marital status have been found to be related with acceptability of IPV (see Waltermaurer, 2012 for a review of studies).

Family members are potential bystanders of partner violence and the importance given to family by the individual might influence acceptability of IPV (Waltermaurer, 2012). Neighborhood characteristics might also influence attitudes toward IPV in their members, especially the social disorganization of residential areas (Gracia & Herrero, 2007). Finally, there is empirical evidence that sexism and acceptability of IPV are related to societal measures of country's wealth, health, education (Inglehart & Norris, 2003; Napier, Thorisdottir & Jost, 2010), and gender inequality (Brandt, 2011; Gracia & Herrero, 2006).

Controlling for these potentially relevant correlates of acceptability of IPV might help to better estimate the relationship between sexism, acceptability of general violence, and acceptability of IPV.

Method

Participants

Data from the World Values Survey (wave 6, World Values Survey, 2014) of 72,730 respondents from 51 countries were used for this study. The detailed description of this survey is available elsewhere (www.worldvaluessurvey.org). It was carried out in 2010-2013 and covered the population aged 18 years and over of 57 countries of the world and highly autonomous regions (e.g. Taiwan). For each participating country the minimum sample size (i.e., the number of completed interviews) was 1,000. However,

given the fact that in most designs the effective sample size (sample size net of design effects) was lower than the actual sample size, larger sample sizes were strongly recommended if at all possible (www.worldvaluessurvey.org). The World Values Survey combined two sampling methods: full probability and quota sampling. Given the high costs of full probability sampling, in some countries it allowed quota sampling. Random selection of primary sampling units was made based on the given society statistical regions, districts, census units, election sections, electoral registers or voting stations, and central population registers. In most countries the population size and/or degree of urbanization of these primary sampling units were taken into account. In some countries, individuals were drawn from national registers. Whether the sampling procedure was full probability or quota sampling, the minimum number of primary sampling units was 30. For this study, we used available data released in April 2014 from 51 countries and 72,739 respondents. Sample weights were used in the original dataset to correct for small deviations between the target and the final socio-demographic distribution of respondents for each country.

Materials

Outcome variable

The outcome variable was acceptability of IPV toward women: Respondents were asked whether they think ‘for a man to beat his wife’ can always be justified, never be justified, or something in between. Responses ranged from 1-Never justifiable to 10- Always justifiable ($M = 1.975$, $S.D. = 1.922$)

Covariates

Sexism. A measure of sexism consisting of two items that assessed aversion and hostility to women in stereotypically male domains (Brandt, 2011, see also Napier et al., 2010) was used for this study: ‘On the whole, men make better political leaders than women do’ and ‘On the whole, men make better business executives than women do’. Responses ranged from 1- strongly agree to 4 –strongly disagree. These two items were reversed and averaged to compute the sexism measure of the study ($M = 2.522$, $S.D. = 0.901$). Brandt (2011) has shown how this brief measure of sexism significantly correlates with other validated measures of sexism: hostile sexism (Glick

& Fiske, 1996), the attitudes toward women scale (Spence, Helmreich, & Stapp, 1973), the modern sexism scale and the old-fashioned sexism scale (Swim, Aikin, Hall, & Hunter, 1995). Depending on the sample used, these correlations ranged from .29 to .54 (all p 's < .01). The estimated bivariate correlation between sexism and acceptability of IPV was significant and positive ($r = .143$, $p < .001$).

Acceptability of general violence. Respondents were asked whether 'violence toward other people' could always be justified. Responses ranged from 1-Never justifiable to 10- Always justifiable ($M = 1.853$, $S.D. = 1.741$). The estimated bivariate correlation between acceptability of IPV and acceptability of general violence was positive and moderate ($r = .583$, $p < .001$). The estimated bivariate correlation between acceptability of general violence and sexism although significant and positive ($r = .038$, $p < .001$) was small.

Control Variables

Socio-demographic variables. Socio-demographic variables were: sex (1- male, 48.4%; 2- female, 51.6%-), age in years ($M = 42.011$, $S.D. = 16.702$), educational background (highest educational level attainment, from 1 – no formal education to 9- university level with degree, $M = 5.657$, $S.D. = 2.690$), satisfaction with household finances, and marital status (married or living with a couple -63%- or not married - 37%). Satisfaction with household finances was measured with the following question: 'How satisfied are you with the financial situation of your household? Responses ranged from 1- Completely dissatisfied to 10- Completely satisfied ($M = 5.884$, $S.D. = 2.460$).

Family variable. Importance of family in life was measured with the following question: please, indicate how important (family) is in your life. Would you say it is: 1- Very important, 4- Not important ($M = 1.091$, $S.D. = 0.345$)

Neighborhood variable. Neighborhood safety was measured with the following question: Could you tell me how secure do you feel these days in your neighborhood? Recoded responses ranged from 1- not at all secure to 4- very secure ($M = 3.103$, $S.D. = 0.798$). This measure of neighborhood safety significantly correlated with a measure of neighborhood social disorder of the same dataset computed from participant

responses to things that occurred in respondent's neighborhoods (Robberies, Alcohol consumption in the streets, Police or military interference with people's private life, Racist behavior, and Drug sale in streets). The significant bivariate correlation ($r = -.401$, $p < .001$), suggested that respondents' perceptions of neighborhood safety were related to the more objective conditions of these neighborhoods, although this relationship was not large. The neighborhood social disorder variable had a large amount of missing values (valid $N = 57,242$) and was not retained for further analyses.

Country level variables. Human Development Index (HDI) is a measure of country development that combines health (life expectancy), education (educational attainment) and wealth (income per capita) (United Nations Development Programme, 2013, <http://hdr.undp.org/en/data>). As the survey was carried out in different years (2010 to 2013) the HDI used for each country was the closest HDI published to the survey year, taking into account that the last published HDI was of 2012. HDI was obtained for all the participating countries and ranged from 387 (Zimbabwe) to 938 (Australia) ($M = 749.528$, $S.D. = 138.018$). A higher value indicates a higher level of human development. The Gender Inequality Index (GII) was also retrieved from international datasets (<http://hdr.undp.org/en/data>). GII measures reproductive health (maternal mortality ratio, adolescent fertility ratio), empowerment (female and male shares of parliament seats, population with at least secondary education), and labor market participation (labor force participation rate for persons aged 15-54 years old). The values of GII may be interpreted as the loss in human development because of gender inequality (Permanyer, 2013), which might partially explain the large association observed between HDI and GII indexes ($r = -.799$, $p < .001$). Five of the 51 countries of the study had no available data on GII (there were missing values for Belarus, Taiwan, Palestine, Nigeria, and Uzbekistan) (valid $N = 65,698$).

Response bias. To better control for potentially biased responses, we included in the analyses two additional variables reported by the interviewer: respondent's apparent disinterest during the interview and interview privacy. Apparent disinterest during the interview measured how interested the respondent was during the interview (from 1- Respondent was very interested to 3- Respondent was not

interested) ($M = 1.566$, $S.D. = 0.650$). Interview was not considered in private if there were other people around who could follow the interview (32.3% of interviews were not conducted in private).

Analytical Strategy and Model Selection

Data present a multilevel structure with individuals (level 1) nested within countries (level 2). We used multilevel modelling that allows inclusion of additional error terms that reflect the complex pattern of variation introduced by the hierarchical structure of the data (random effects). Multilevel analyses with Multiple Imputation of missing values were carried out using the Mplus software (version 7) (Muthen & Muthen, 2012). Multiple Imputation procedures create various data sets (10 datasets in Mplus) with imputed missing values and average the estimates of these datasets. Results are among the most reliable as compared to other missing values management approaches (Schlomer, Bauman, & Card, 2010). Mplus provides multiple imputation of missing data using Bayesian analysis (Rubin, 1987; Schafer, 1997). To ascertain if missing value imputation affected in any way the results of the study, analyses were replicated with completed cases only. At this step, we included interview variables to estimate the effect of potentially biased responses in the final model. Reporting 95% confidence intervals have been recommended in the literature to better estimate the possible values in a replication of the study, as compared to p values (Cumming, 2014). However, as multiple imputation in Mplus does not provide confidence intervals of parameters (Muthen & Muthen, 2012), we only present 95% confidence intervals for the final model without imputation of missing values. Below we present the results for the complete sample ($N = 72, 730$) with imputed missing values and sample weights. Nine respondents had missing values on the sex variable that were not imputed. These respondents came from two countries (Slovenia, $n = 3$, and New Zealand, $n = 6$) whose deletion resulted in small deviations on their corresponding national sample representativity.

Prior to performing the analyses, we checked for multicollinearity problems among predictors examining the Variance Inflation Factor (VIF). VIF indicates whether there is a strong association between a given predictor and all remaining predictors. A

VIF greater than 10 indicates problems of multicollinearity (Stevens, 2012). All VIFs were in the range 1-2, suggesting no multicollinearity problems.

The multilevel analysis was performed in steps. The starting point was an empty or unconditional model (Model 0) without explanatory variables in which the total variance of acceptability of IPV toward women was partitioned into a component at each level. This model served to test the hypothesis that the outcome variable varied randomly across level 2 units (countries) and that a multilevel approach was justified. In the next step, we explored main as well as interaction effects of variables in a sequential fashion. Model 1 incorporated socio-demographic, family, neighborhood, and country variables. Model 2 added sexism as a predictor to test for the effect of sexist attitudes on acceptability of IPV toward women beyond the effect of all other covariates of the study. Model 3 included acceptability of general violence to test for the differential effect of both sexism and acceptability of general violence on acceptability of IPV. Final Model 4 incorporated the interaction effect of sexism and acceptability of general violence on the outcome variable. Notation for final Model 4 was:

Level-1: Acceptability of Partner Violence_{ij} = $b_{0j} + b_1(\text{Sex}) + b_2(\text{Age}) + b_3(\text{Married}) + b_4(\text{Education}) + b_5(\text{Income}) + b_6(\text{Family not important}) + b_7(\text{Neighborhood safety}) + b_8(\text{Sexism}) + b_9(\text{Acceptability of general violence}) + b_{10}(\text{Sexism} \times \text{Acceptability of general violence}) + r_{ij}$

Level-2: $b_{0j} = \gamma_{00} + \gamma_{01}(\text{Human Development Index}) + u_{0j}$

Where β and γ represent the non-standardized regression weights at individual and country level, respectively, and r and u are the error terms at individual and country level, respectively.

Owing probably to the observed relationship between HDI and GII ($r = .799$, $p < .001$), the inclusion of HDI and GII as level-2 predictors in the same model resulted in the nonsignificance of GII. To test for the effect of GII on acceptability of partner violence, GII was entered in model 5 as the only level-2 predictor.

Maximum likelihood estimation with robust standard errors (MLR) was used to account for the sampling variation of the fixed parameters. All covariates were

centered around the grand mean to ease interpretation of results. Model intercept is interpreted as the expected average of the dependent variable (acceptability of IPV) given that all predictors in a model are equal to zero; that is, when all of the predictors are at their mean. Thus, the intercept may be interpreted as the score on acceptability of IPV for an average person of the sample. Results are presented in Table 1.

Table 1. Unstandardized estimates, robust standard errors and probability associated for covariates of acceptability of IPV toward women among respondents in 51 world countries (N = 72,730)

	Model 0	Model 1	Model 2
	Estimate(S.E.)	Estimate(S.E.)	Estimate(S.E.)
Intercept (β_0)	1.966 (0.092)***	1.953 (0.068)***	1.953 (0.067)***
Fixed Effects			
Level-1			
Female (β_1)		-0.273 (0.031)***	-0.241 (.029)***
Age (β_2)		-0.005 (0.001)***	-0.005 (.001)***
Married (β_3)		-0.035 (0.021)	-0.036(.021)
Educational Background (β_4)		-0.030 (0.007)***	-0.027 (.006)***
Satisfaction with income (β_5)		-0.007 (0.005)	-0.007 (.005)
Family not important (β_6)		0.260 (0.057)***	0.258 (.057)***
Neighborhood safety (β_7)		-0.048 (0.021)*	-0.050 (.021)*
Sexism (β_8)			0.100 (.028)***
Acceptability of general violence(β_9)			
Sexism*Acceptability of general violence(β_{10})			
Apparent Disinterest during the interview(β_{11})			
Lack of privacy during the interview (β_{12})			
Level-2			
HDI (γ_{01})		-0.003 (0.001) ***	-0.003 (0.001)***
Residual Within-level Variance Var(r_{ij})	3.273 (0.250)***	3.236 (0.250)***	3.231 (0.250)***
Radom Effects			
Residual Between-level Variance Var(u_0)	0.427 (0.110)***	0.242 (0.056)***	0.235 (0.057)***
Adjusted BIC	391727	292131	292037

Table 1. (Continued)

	Model 3	Model 4	Model 4a (N = 65,226) ^{1,3}	Model 5 (N = 65,698) ²
	Estimate(S.E.)	Estimate(S.E.)	Estimate (95% Confidence Interval.)	Estimate(S.E.)
Intercept (β_0)	1.968 (0.047)***	1.968 (0.047)***	1.982 (1.902, 2.062)	1.939 (0.061)***
Fixed Effects				
Level-1				
Female (β_1)	-0.139 (0.031) ***	-0.141 (0.031)***	-0.138 (-0.190, -0.087)	-0.134 (0.031)***
Age (β_2)	0.000 (0.001)	0.000 (0.001)	0.000 (-0.001, 0.001)	0.000 (0.001)
Married (β_3)	-0.020 (0.014)	-0.018 (0.013)	-0.015 (-0.038, -0.008)	-0.023 (0.011)*
Educational Background (β_4)	-0.022 (0.004)***	-0.022 (0.004)***	-0.021 (-0.030, -0.016)	-0.023 (0.005)***
Satisfaction with income (β_5)	-0.003 (0.003)	-0.003 (0.003)	-0.003 (-0.009, 0.003)	-0.002 (0.004)
Family not important (β_6)	0.085 (0.032)**	0.085 (0.032)**	0.081 (0.027, 0.135)	0.081 (0.031)*
Neighborhood safety (β_7)	-0.021 (0.015)	-0.021 (0.015)	-0.018 (-0.045, 0.007)	-0.015 (0.013)
Sexism (β_8)	0.068 (0.017) ***	0.006 (0.024)	0.006 (-0.037, 0.049)	0.015 (0.021)
Acceptability of general violence(β_9)	0.616 (0.020) ***	0.527 (0.038)***	0.529 (0.463, 0.594)	0.515 (0.041)***
Sexism*Acceptability of general violence(β_{10})		0.034 (0.010)***	0.034 (0.015, 0.052)	0.037 (0.011)***
Apparent Disinterest during the interview(β_{11})			0.057 (0.032, 0.083)	
Lack of privacy during the interview (β_{12})			0.037 (0.004, 0.070)	
Level-2				
HDI (γ_{01})	-0.002 (0.001)***	-0.002 (0.001)***	-0.002 (-0.003, -0.001)	
GII (γ_{01})				0.01 (0.000)***
Residual Within-level Variance Var(r_{ij})	2.169 (0.182)***	2.166 (0.182)	2.185 (1.886, 2.484)	2.101 (0.194)
Radom Effects				
Residual Between-level Variance Var(u_0)	0.119 (0.036)**	0.119 (0.036)**	0.118 (0.055, 0.182)	0.183 (0.082)
Adjusted BIC	263036	262945	235993	235536

¹ Model 4a was estimated with no imputation of missing values

² Model 5 was estimated for countries with available GII data

³ The inclusion of HDI and GII results in a non-significant effect for GII

*p < .05, ** p < .01, ***p < .001

Results

The unconditional model (Model 0) presented a significant random variation of the mean of acceptability of IPV toward women ($\text{Var}(u_0) = 0.427$, S.E. = 0.110, $p < .001$), suggesting that the average acceptability of IPV was different across level-2 units (countries) and that a multilevel approach was justified. Results from Model 1 indicated that most of the covariates were statistically significant with the exception of being married and satisfaction with income. From all of the significant fixed effects found for Model 1, however, sex, educational background, importance of family, and country's HDI were the only significant covariates in the final Model 4. Interestingly, most of the non-significance of predictors could be explained by the inclusion of acceptability of general violence in the analyses (Model 3). Significant changes in coefficients were found for age (from $b_2 = -0.005$ to $b_2 = 0.000$, ns), being married (from $b_3 = -0.036$ to $b_3 = -0.018$, ns), and neighborhood safety (from $b_7 = -0.050$ to $b_7 = -0.020$, ns). Thus, the relationships between these significant covariates in Model 2 (age, marital status, and neighborhood safety) and the outcome variable were completely explained by acceptability of general violence. Results from Model 3 indicated a reduction of 32% in the unstandardized coefficient of the relationship between sexism and acceptability of IPV (from 0.100 to 0.068). In this model, sexism still showed a significant relationship with acceptability of IPV. Final Model 4 analyzed the interaction effect of sexism x acceptability of general violence on acceptability of IPV toward women. This interaction effect was statistically significant ($b_{10} = 0.034$, S.E. = 0.010, $p < .001$). Given that both predictors were centered, b_8 captured the marginal effect of a one-unit increase in sexism when acceptability of general violence was at its mean (was zero). Similarly, b_9 captured the marginal effect of a one-unit increase in acceptability of general violence when sexism was at its mean (was zero). The significance of the interaction coefficient b_{10} suggested that the observed effect of acceptability of general violence increased as the levels of sexism increased (Brambor, Clark & Golder, 2006).

Overall, the significant covariates of acceptability of IPV toward women were: sex (b_1), education (b_4), importance of family (b_6), and country's HDI (γ_{01}). The lowest scores of acceptability of IPV toward women were related to being female ($b_1 = -0.141$,

$p < .001$), being from higher educational background ($b_4 = -0.022$, $p < .001$) living in countries with higher human development index ($\gamma_{01} = -0.002$, $p < .001$) and considering family important ($b_6 = 0.085$, $p = .008$). The role of sexism seemed to consist in directing general violent attitudes toward a female partner target. When sexist attitudes and acceptability of general violence were present, as indicated by the interaction term sexism x acceptability of general violence ($b_{10} = 0.034$, $p < .001$), the scores on acceptability of IPV toward women tended to be significantly higher. When the GII was entered as a single predictor at the country-level (Model 5), a significant effect was found ($\gamma_{01} = -0.001$, $p < .001$), although the simultaneous inclusion of HDI and GII as country-level predictors resulted in the non-significance of GII. This suggested that HDI better accounted for the variability of acceptability of IPV than GII and that the inclusion of GII in the model did not explain acceptability of IPV beyond what was already explained by HDI.

The effect of reporting bias and missing values

Final model 4 was re-analyzed with no imputation of missing values and with the inclusion of interviewer variables (Model 4a). This model served to ascertain if results obtained in model 4 were in any way conditioned by the method of missing value imputation and/or the existence of biased responses. Results showed that estimates were relatively unaffected by both the missing value imputation procedure and the potential existence of reporting bias. The effect of the interview variables indicated that apparent disinterest in the interview and being accompanied by other people during the interview were positively related to disclosing higher levels of acceptability of IPV to the interviewer. After controlling for response bias, results were almost identical to those obtained with the complete sample in final model 4.

Discussion

The scientific literature on IPV has suggested the important role that sexist attitudes might play on acceptability of IPV and empirical evidence on that claim has been provided by researchers (Glick et al., 2002; Hammond & Overall, 2013; Overall et al., 2011; Sakall, 2001). Although previous studies have suggested that sexist individuals also accept violence in social relationships more (Forbes et al., 2004), to our

knowledge no research has been conducted to analyze the relationship between sexism and acceptability of IPV taking into account levels of acceptability of violence in social relationships. In the present study, we analyzed this relationship using a large dataset of 72,730 respondents from 51 countries around the world (wave 6, World Values Survey, 2014). Based on the available empirical evidence, we anticipated that: (1) both sexism and acceptability of general violence in social relationships would be positively related to acceptability of IPV; (2) the relationship between sexism and acceptability of IPV would be partially explained by levels of acceptability of violence in social relationships; (3) the highest levels of acceptability of IPV would be found among those sexist individuals who also present positive attitudes toward the use of violence in social relationships. Results from multilevel regression models provided empirical evidence supporting the three predictions.

Findings from the present study gave empirical support to the idea that both sexism and acceptability of violence in social relationships are significant correlates of acceptability of IPV, after accounting for all other significant socio-demographic, family, neighborhood and country covariates. Among these covariates, being female, of higher educational background, considering family important in life, and being from countries more developed in terms of health, education, and wealth were predictive of individuals' lower levels of acceptability of IPV. These results are consistent with available empirical evidence on the sociodemographic, family, neighborhood, and societal influences on acceptability of IPV (Waltermaurer, 2012 for a review of studies). Some exceptions, however, emerged from the analyses. For instance, the negative influence of neighborhood safety on acceptability of IPV was completely removed when acceptability of general violence was taken into account. As Pinchevski and Wright (2012) have recognized in their extensive review of studies, this finding probably illustrates that the influence of neighborhood characteristics may be conditional upon the type of IPV (attitudes in our case) and the other individual-level and macro-level variables controlled for in the study. Future research should disentangle these relationships.

Of especial interest is the inclusion of country-level variables in the analyses, given that the study of societal-level covariates of acceptability of IPV has been

relatively absent in the literature as compared with the analysis of individual, neighborhood or community-level covariates. In 2002, the World Health Organization report on Violence and Health recognized a relative lack of empirical evidence on societal influences on IPV, including the influence of structural inequalities between men and women. The last years, however, have witnessed increased empirical efforts to empirically study the influence of gender-related societal factors on acceptability of IPV, owing probably to the availability of reliable and comparable international data. Gracia and Herrero (2006) were among the first to use a national index of gender inequality (Gender Empowerment Measure, GEM), created by the United Nations Development Program, to study the citizens' acceptability of IPV in multiple countries. Other researchers have also used the GEM measure across countries to study its relationship with citizens' levels of sexism (Brandt, 2011; Glick et al., 2000; Napier et al., 2010). Since 2010, GEM has been replaced by the GII in the United Nations Development Program in response to the criticism received. Mainly, it had been pointed out that GEM measured gender inequalities only among the most educated and economically advantaged women (proportion of seats held by women in national parliaments, and percentage of women in economic decision-making positions). In an attempt to overcome some of the problems associated to GEM, the GII was designed to capture health, education and labor market participation (see Permanyer, 2013 for an analysis of the limitations of GII). In our study, we used a general index of national human development (HDI) and the GII. It seemed from the results of our study that the HDI outperforms GII in the sense that the addition of GII to the model did not explain acceptability of IPV beyond levels of HDI. This finding is consistent with Brandt's (2011) assertion that more developed countries are more likely to have increases in gender equality. In this sense, Inglehart and Norris (2003) have shown that higher levels of societal health, wealth, and education are related to lower levels of support for sexist gender ideologies (see also Napier et al., 2010) and lower levels of gender inequality. It is also consistent with Permanyer's (2013) definition of GII as the loss in human development because of gender inequalities. Given these findings, it seems that the use of HDI allows also to estimate gender equalities at the national level and could be used to replace GII when, as in our case, some data is not available. In fact, results of models with HDI and GII are very similar, with the exception of the estimated influence

of marital status whose effect seemed to be greater when GII was used as the country-level correlate.

Findings also suggested that part of the covariation between sexism and acceptability of IPV was because of the positive attitudes toward violence in social relationships that sexist individuals might hold. Even after controlling for this effect, sexism still had a significant influence on acceptability of IPV. Also, the significant effect found for the interaction of sexism x acceptability of general violence in final Model 4 suggested that the highest scores on acceptability of IPV were to be found for higher levels of sexism when positive attitudes toward the use of violence in social relationships were also present.

According to our results, both sexist individuals and those with more positive attitudes toward violence in general show more acceptance of IPV but the highest levels of acceptability of IPV would be found among sexist individuals who also hold positive attitudes toward violence. The influence of sexist attitudes on acceptability of IPV has been widely recognized in the literature. Less scholarly attention, however, has been directed to the study of the effect of attitudes toward general violence on acceptability of IPV. Our study aimed to fill this gap in the literature, showing how individuals who hold positive attitudes toward violence also probably show more acceptance of IPV. Moreover, individuals who held sexist attitudes and, at the same time, were more accepting of violence in social relationships presented the highest levels of acceptability of IPV. To the extent that acceptability of IPV is an important correlate of IPV (Kantor et al., 1994; Stith & Farley, 1993), results from our study suggest that sexist individuals who also hold positive attitudes toward violence in social relationships have greater chances of being involved in actual IPV. This relationship is hypothetical and further research should verify this assumption. Research on male batterers, however, seems to support this claim. In their classical study of typologies of male batterers, Holtzworth -Munroe and Stuart (1994) found that: (a) the more severe acts of partner violence were observed among batterers with more acceptability of violence and more conservative gender-role attitudes (the violent antisocial/batterers); and, (b) non-violent sexist individuals seemed to be

involved in less severe acts of partner violence (family-only batterers). This is an area of inquiry that deserves further research attention.

Results from our study may also serve to examine the contrast between the gender perspective and the violence perspective in the study of IPV against women (Felson & Lane, 2010). These two perspectives differ in that the gender perspective claims that IPV against women has a different etiology than other types of violence whereas the violence perspective maintains that the same etiology applies to any type of violence, including IPV against women. Although we found that a large part of the variation of acceptability of IPV against women accounted for sexism was due to the acceptability of general violence, the results from our study did not completely rule out the influence of sexism on acceptability of IPV. What our results seem to suggest is that the gender and violence perspectives do not provide complete views. Thus, gender inequalities and gender-role attitudes might play a significant role in IPV especially among those more inclined to the use of violence in social relationships. This is an area of inquiry that deserves greater research attention, and the use of valid and reliable measures of IPV and general violence should help to clarify the role that each perspective plays in explaining IPV.

Finally, because acceptability of IPV not only affects perpetration of IPV, conclusions of our study might be extended to other important areas of research on IPV. As Flood and Pease (2009) have recently reminded, acceptability of IPV are also relevant to understand both women's response to this victimization, as well as community and institutional responses to violence against women. Intervention programs and community education campaigns aimed at preventing IPV should not only consider sexism as a key target but also positive attitudes toward violence in social relationships, especially among those individuals who hold sexist attitudes at the same time.

Strengths and Limitations

The study presents strengths and potential limitations. One of the main strengths of the present study is the data used. First, the sample covers 51 countries of different continents and different levels of socioeconomic development. This diversity guaranteed variability in some of the key variables of the study such as acceptability of

IPV, acceptability of violence, sexism or country's HDI. Second, the sampled individuals were representative of each country's population in terms of sex, age, and educational attainment. Third, the study incorporates both individual and country-level data that might influence levels of the outcome variable, and these different levels were taken into account in the statistical analyses (multilevel regression models). These and other strengths (robust estimation of parameter estimates, missing values multiple imputation method, etc.) add generalizability to the study findings.

Despite these strengths, however, the study presents potential limitations. First, as the survey did not include any measures of partner violence, we cannot claim that acceptability of IPV directly translated into partner violence. The accumulated empirical evidence, however, suggests that individuals more accepting of IPV are in greater risk of carrying out acts of IPV than non-accepting individuals (see reviews in Capaldi, et al., 2012; Flood & Pease, 2009; Holtzworth-Munroe et al., 1997). Second, self-reported responses to the survey might have been affected by interpretation of questions or social desirability. Although the survey provided observations of the interviewer about what might have affected the quality of responses such as respondent's apparent disinterest or interview privacy, these questions were not included in all of the participating countries. Analyses on a subsample of individuals indicated that the effect of interviewer variables did not substantially change the results of the study. This would suggest that findings of the study were relatively unaffected with reporting bias. Third, omission of important variables in the analyses could have resulted in inaccurate estimates of effects. The inclusion of socio-demographic, family, neighborhood and country variables, however, should have alleviated this potential limitation. Fourth, it is possible that the existence of threats to internal validity because of measurement error had affected results of the study. For example, variables such as 'importance of family in life' or 'acceptability of general violence' could have had various interpretations and therefore reliability problems. Further research using different measurement approaches (i.e., scenario-type items) might partially overcome this problem.

References

- Brambor, T., Clark, W. R., & Golder, M. (2006). Understanding interaction models: Improving empirical analyses. *Political analysis*, *14*, 63-82. <http://dx.doi.org/10.1093/pan/mpi014>.
- Brandt, M. J. (2011). Sexism and gender inequality across 57 societies. *Psychological Science*, *62*, 405-419. <http://dx.doi.org/10.1177/0956797611420445>.
- Capaldi, D. M., Knoble, N. B., Shortt, J. W., & Kim, H. K. (2012). A systematic review of risk factors for intimate partner violence. *Partner Abuse*, *3*, 231. <http://dx.doi.org/10.1891/1946-6560.3.2.231>.
- Carlson, B. E., & Worden, A. P. (2005). Attitudes and beliefs about domestic violence: Results of a public opinion survey I. Definitions of domestic violence, criminal domestic violence, and prevalence. *Journal of interpersonal violence*, *20*, 1197-1218. <http://dx.doi.org/10.1177/0886260505278530>.
- Cumming, G. (2014). The new statistics why and how. *Psychological science*, *25*, 7-29. <http://dx.doi.org/10.1177/0956797613504966>.
- Dibble, U., & Straus, M. A. (1980). Some social structure determinants of inconsistency between attitudes and behavior: The case of family violence. *Journal of Marriage and the Family*, *42*, 71-80. <http://dx.doi.org/10.2307/351935>.
- Felson, R. B., & Lane, K. J. (2010). Does violence involving women and intimate partners have a special etiology?. *Criminology*, *48*, 321-338. <http://dx.doi.org/10.1111/j.1745-9125.2010.00186.x>.
- Flood, M., & Pease, B. (2009). Factors influencing attitudes to violence against women. *Trauma, violence, & abuse*, *10*, 125-142. <http://dx.doi.org/10.1177/1524838009334131>.
- Forbes, G. B., Adams-Curtis, L. E., & White, K. B. (2004). First-and second-generation measures of sexism, rape myths and related beliefs, and hostility toward women their interrelationships and association with college students' experiences with dating aggression and sexual coercion. *Violence against women*, *10*, 236-261. <http://dx.doi.org/10.1177/1077801203256002>.
- Glick, P., Fiske, S. T., Mladinic, A., Saiz, J. L., Abrams, D., Masser, B., et al., (2000). Beyond prejudice as simple antipathy: hostile and benevolent sexism across

- cultures. *Journal of personality and social psychology*, 79, 763-773. <http://dx.doi.org/10.1037//0022-3514.79.5.763>.
- Glick, P., Sakalli-Ugurlu, N., Ferreira, M. C., & de Souza, M. A. (2002). Ambivalent sexism and attitudes toward wife abuse in Turkey and Brazil. *Psychology of Women Quarterly*, 26, 292-297. <http://dx.doi.org/10.1111/1471-6402.t01-1-00068>.
- Gracia, E., & Herrero, J. (2006). Acceptability of domestic violence against women in the European Union: A multilevel analysis. *Journal of epidemiology and community health*, 60, 123-129. <http://dx.doi.org/10.1136/jech.2005.036533>.
- Gracia, E., & Herrero, J. (2007). Perceived neighborhood social disorder and attitudes toward reporting domestic violence against women. *Journal of Interpersonal Violence*, 22, 737-752. <http://dx.doi.org/10.1177/0886260507300755>.
- Hammond, M. D., & Overall, N. C. (2013). Men's Hostile Sexism and Biased Perceptions of Intimate Partners Fostering Dissatisfaction and Negative Behavior in Close Relationships. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 39, 1585-1599. <http://dx.doi.org/10.1177/0146167213499026>.
- Holtzworth-Munroe, A., & Stuart, G. L. (1994). Typologies of male batterers: three subtypes and the differences among them. *Psychological Bulletin*, 116, 476-497. <http://dx.doi.org/10.1037/0033-2909.116.3.476>.
- Holtzworth-Munroe, A., Bates, L., Smutzler, N., & Sandin, E. (1997). A brief review of the research on husband violence part I: Maritally violent versus nonviolent men. *Aggression and Violent behavior*, 2, 65-99. [http://dx.doi.org/10.1016/s1359-1789\(96\)00015-8](http://dx.doi.org/10.1016/s1359-1789(96)00015-8).
- Inglehart, R., & Norris, P. (2003). *Rising tide: Gender equality and cultural change around the world*. Cambridge, USA: University Press. <http://dx.doi.org/10.1017/cbo9780511550362>.
- Kantor, G. K., Jasinski, J. L., & Aldarondo, E. (1994). Sociocultural status and incidence of marital violence in Hispanic families. *Violence and victims*, 9, 207-222.
- Lawoko, S. (2008). Predictors of attitudes toward intimate partner violence: a comparative study of men in Zambia and Kenya. *Journal of interpersonal violence*, 23, 1056-1074. <http://dx.doi.org/10.1177/0886260507313972>.

- Markowitz, F. E. (2001). Attitudes and family violence: Linking intergenerational and cultural theories. *Journal of Family Violence, 16*, 205-218.
- Marshall, G. A., & Furr, L. A. (2009). Factors that affect women's attitudes toward domestic violence in Turkey. *Violence and victims, 25*, 265-277. <http://dx.doi.org/10.1891/0886-6708.25.2.265>.
- McKinney, C. M., Caetano, R., Ramisetty-Mikler, S., & Nelson, S. (2009). Childhood family violence and perpetration and victimization of intimate partner violence: findings from a national population-based study of couples. *Annals of epidemiology, 19*, 25-32. <http://dx.doi.org/10.1016/j.annepidem.2008.08.008>.
- Muthén, L. K., & Muthén, B. O. (2012). *Statistical analysis with latent variables*. Los Angeles, CA: Muthén & Muthén.
- Napier, J. L., Thorisdottir, H., & Jost, J. T. (2010). The joy of sexism? A multinational investigation of hostile and benevolent justifications for gender inequality and their relations to subjective well-being. *Sex roles, 62*, 405-419. <http://dx.doi.org/10.1037/e508262012-001>.
- Overall, N. C., Sibley, C. G., & Tan, R. (2011). The costs and benefits of sexism: resistance to influence during relationship conflict. *Journal of personality and social psychology, 101*, 271-296. <http://dx.doi.org/10.1037/a0022727>.
- Permanyer, I. (2013). A Critical Assessment of the UNDP's Gender Inequality Index. *Feminist Economics, 19*, 1-32. <http://dx.doi.org/10.1080/13545701.2013.769687>.
- Pinchevsky, G. M., & Wright, E. M. (2012). The impact of neighborhoods on intimate partner violence and victimization. *Trauma, Violence, & Abuse, 13*, 112-132. <http://dx.doi.org/10.1177/1524838012445641>.
- Rubin, D.B. (1987). *Multiple imputation for nonresponse in surveys*. New York: John Wiley & Sons. <http://dx.doi.org/10.1002/9780470316696>.
- Sakall, N. (2001). Beliefs about wife beating among Turkish college students: The effects of patriarchy, sexism, and sex differences. *Sex roles, 44*, 599-610. <http://dx.doi.org/10.1080/00223980209604825>.
- Schafer, J.L. (1997). *Analysis of incomplete multivariate data*. London: Chapman & Hall. <http://dx.doi.org/10.1201/9781439821862>.

- Schlomer, G. L., Bauman, S., & Card, N. A. (2010). Best practices for missing data management in counseling psychology. *Journal of Counseling Psychology, 57*, 1-10. <http://dx.doi.org/10.1037/a0018082>.
- Simon, T. R., Anderson, M., Thompson, M. P., Crosby, A. E., Shelley, G., & Sacks, J. J. (2001). Attitudinal acceptance of intimate partner violence among US adults. *Violence and Victims, 16*, 115-126.
- Spence, J. T., Helmreich, R., & Stapp, J. (1973). A short version of the Attitudes Toward Women Scale (AWS). *Bulletin of the Psychonomic Society, 2*, 219-220. <http://dx.doi.org/10.3758/bf03329252>.
- Stevens, J. P. (2012). Applied multivariate statistics for the social sciences. New York: Routledge.
- Stickley, A., Kislitsyna, O., Timofeeva, I., & Vågerö, D. (2008). Attitudes toward intimate partner violence against women in Moscow, Russia. *Journal of Family Violence, 23*, 447-456. <http://dx.doi.org/10.1007/s10896-008-9170-y>.
- Stith, S. M., & Farley, S. C. (1993). A predictive model of male spousal violence. *Journal of family violence, 8*, 183-201. <http://dx.doi.org/10.1007/bf00981767>.
- Swim, J. K., Aikin, K. J., Hall, W. S., & Hunter, B. A. (1995). Sexism and racism: Old-fashioned and modern prejudices. *Journal of Personality and Social Psychology, 68*, 199-214. <http://dx.doi.org/10.1037/0022-3514.68.2.199>.
- United Nations Development Programme, (2013). <http://hdr.undp.org/en/data>.
- Uthman, O. A., Moradi, T., & Lawoko, S. (2009). The independent contribution of individual-, neighbourhood-, and country-level socioeconomic position on attitudes towards intimate partner violence against women in sub-Saharan Africa: A multilevel model of direct and moderating effects. *Social Science & Medicine, 68*, 1801-1809. <http://dx.doi.org/10.1016/j.socscimed.2009.02.045>.
- Waltermaurer, E. (2012). Public Justification of Intimate Partner Violence A Review of the Literature. *Trauma, Violence, & Abuse, 13*, 167-175. <http://dx.doi.org/10.1177/1524838012447699>.
- World Health Organization, (2002). World report on violence and health. Geneva: World Health Organization. <http://dx.doi.org/10.1071/nb02075>.
- Worden, A. P., & Carlson, B. E. (2005). Attitudes and beliefs about domestic violence: Results of a public opinion survey II. Beliefs about causes. *Journal of*

interpersonal violence, 20, 1219-1243.
<http://dx.doi.org/10.1177/0886260505278531>.

World Values Survey (2014). Wave 6 2010-2014 Official Agregate v.20140429. World Values Survey Association (www.worldvaluessurvey.org). Aggregate File Producer: Asep/JDS. Madrid, SPAIN.

Yamawaki, N., Ostenson, J., & Brown, C. R. (2009). The Functions of Gender Role Traditionality, Ambivalent Sexism, Injury, and Frequency of Assault on Domestic Violence Perception A Study Between Japanese and American College Students. *Violence against women*, 15, 1126-1142.
<http://dx.doi.org/10.1177/1077801209340758>.

DISCUSIÓN GENERAL

La presente tesis doctoral pretende contribuir al estudio de las características psicológicas y de personalidad de los hombres que ejercen violencia hacia la mujer en el ámbito de las relaciones de pareja. En los diferentes estudios presentados se han discutido los hallazgos correspondientes, por lo que en este apartado haremos una revisión de los aspectos más relevantes.

En el primer estudio, se ha presentado una exhaustiva revisión teórica de las principales líneas de investigación nacionales e internacionales en torno al estudio de las características psicológicas y de personalidad de los hombres violentos contra la mujer en la relación de pareja. Es importante destacar que el estudio de las tipologías de los agresores ha puesto de manifiesto la importancia de estudiar los rasgos de personalidad y las características psicopatológicas de los hombres que ejercen violencia hacia las mujeres con el fin, por un lado de identificar la etiología de la violencia, y por otro para desarrollar programas de intervención adecuados.

En este sentido, el trabajo realizado por Holtzworth-Munroe y Stuart (1994) es quizás el más influyente en lo que respecta al estudio de las características individuales de los hombres violentos. En función de tres dimensiones (severidad de la violencia, generalidad de la violencia y psicopatología) describen tres tipos de hombres violentos: los violentos sólo con la familia, los generalmente violentos y los que presentaban alguna patología/trastorno de personalidad, especialmente disfórico/*borderline*. A su vez, Gottman et al. (1995), han propuesto una clasificación empírica basándose fundamentalmente en las respuestas fisiológicas que emiten los hombres violentos durante una discusión con su pareja. En este contexto de laboratorio encontraron dos tipos de maltratadores. Por un lado, el maltratador tipo I, también denominado “cobra”; y por otro lado, el maltratador tipo II denominado “pitbull”. Como hemos visto, ambos grupos de investigación hace más de 20 años que guían el estudio de las características psicológicas y de personalidad de los hombres que maltratan a su pareja.

A su vez, teniendo en cuenta los aspectos individuales encontrados en los diversos grupos de hombres violentos con sus parejas vemos que existen ciertas

características que son frecuentes: tales como las características del tipo antisocial, narcisista, *borderline* y abuso o dependencia de alcohol y/o drogas (Boira y Jodrá, 2010; Calvete, 2008; Echeburúa et al., 2008; Holtzworth-Munroe et al. 2000; Johnson et al., 2006; Loinaz, Echeburúa y Torrubia, 2010; Loinaz et al. 2011; Lorh et al., 2005; Torres, 2010; White y Gondolf, 2000, entre otros).

Como hemos mencionado con anterioridad, las investigaciones desarrolladas presentan algunas limitaciones. Respecto a las muestras utilizadas vemos que varían en tamaño y tipo (comunitaria o penitenciaria) en los diferentes estudios. Esta variabilidad limita claramente la comparación de las tipologías obtenidas. Es por ello que en el siguiente estudio, se analizará una muestra de hombres que están cumpliendo condena en prisión por violencia contra la mujer con el fin de explorar las características individuales, familiares y sociales propias de estos hombres en un ámbito español.

En el segundo estudio, se analiza las características sociodemográficas, familiares, sociales e individuales de los hombres violentos en un ámbito penitenciario, replicando la metodología propuesta internacionalmente e incluyendo la evaluación de nuevas medidas propuestas por la literatura científica. En este estudio se propone una distinción entre hombres violentos condenados por violencia contra la mujer en las relaciones de pareja sin haber cometido otro delito (maltratadores especialistas), y los hombres violentos en general que además de ser violentos con sus parejas han cometido diversos tipos de delitos (maltratadores generalistas).

Un aspecto que consideramos relevante es la diferente trayectoria delictiva de ambos tipos de maltratadores. Mientras el maltratador especialista presenta un inicio tardío en su actividad delictiva, el maltratador generalista presenta una trayectoria delictiva más precoz y más variada, tanto en términos de la edad de la primera detención, así como la edad de la primera condena. Como han señalado algunos autores, los delincuentes jóvenes tienden a tener un historial criminal más variado, incluyendo la violencia de pareja (Mazerolle et al., 2000; McGloin et al, 2007; Piquero et al, 1999).

Ambos grupos de maltratadores presentan un perfil psicológico característico. Los maltratadores generalistas muestran mayores niveles de dependencia de sustancias que los maltratadores especialistas y similares niveles de dependencia del alcohol. En cuanto a los aspectos de la personalidad (fundamentalmente del *clúster B* como la personalidad antisocial y *borderline*), el maltratador especialista presenta un perfil más bajo de la psicopatología que el maltratador generalista. Estas características coinciden con las tipologías encontradas por Holtzworth-Munroe y Stuart, (1994) de los hombres violentos sólo en la familia, este grupo se caracterizaba por presentar baja implicación delictiva, niveles bajos de psicopatología y de abuso de alcohol, y con el maltratador antisocial / generalmente violento, se caracterizaban por un amplio historial delictivo, consumo abusivo de alcohol y altos niveles de psicopatología, especialmente de la personalidad antisocial. A su vez, estos grupos se relacionan, respectivamente, con el agresor de bajo y alto riesgo descrito por Cavanaugh y Gelles (2005) y con los subtipos descritos por Gottman et al. (1995); Johnson et al. (2006); Loinaz et al., (2010); Saunders (1992); Torres (2010); y White y Gondolf (2000), entre otros. Sin embargo, ambos grupos no mostraron grandes diferencias en otras características de *clúster B* como la personalidad histriónica y narcisista que también han sido relacionadas con la violencia en las relaciones de pareja como se ha desarrollado en el estudio anterior (ver Torres, Lemos-Giraldez y Herrero, 2013). De acuerdo con estos resultados, existen algunos aspectos de la personalidad que son comunes a ambos tipos de maltratadores (personalidad narcisista e histriónica) mientras que la personalidad antisocial y *borderline* caracterizan al maltratador generalista.

Ambos tipos de maltratador se diferencian también en sus actitudes de género. El maltratador generalista presenta mayores niveles de sexismo hostil, pero niveles similares de sexismo benevolente cuando se compara con los maltratadores especialistas (ver el estudio desarrollado por Glick et al., 2002). Estas actitudes sexistas coinciden con lo desarrollado por Holtzworth-Munroe et al. en sus investigaciones, quienes concluyen que los hombres generalmente violentos/antisociales comparten características similares, como por ejemplo la aceptación de la violencia y las actitudes

negativas hacia las mujeres. Esta relación entre sexismo hostil y maltrato se explora con mayor detalle en el estudio tres.

En el caso del funcionamiento familiar fue diferente en cada grupo. El grupo de maltratadores especialistas percibían más situaciones de conflicto en su familia de origen, en las que se expresaban más abiertamente la ira y el conflicto que en el caso de los agresores generalistas. Por otro lado, nuestros resultados indican que los conflictos en la familia de origen podría ser una influencia clave en la violencia de pareja en el caso del maltratador especialista (Gelles, 2007; Holtzworth-Munroe y Stuart, 1994; Lussier, Farrington y Moffitt, 2009). Tradicionalmente se ha reconocido en la literatura científica que una parte de la explicación de las conductas violentas en el seno de las relaciones de pareja podría encontrarse en las dinámicas familiares (Tolan et al., 2006). Estos autores sostienen que es la calidad de estas relaciones la que permitiría identificar un posible origen de la conducta violenta una vez que se han tenido en cuenta las características psicológicas. Así, en comparación con otros hombres violentos hacia la mujer en el ámbito de las relaciones de pareja, este tipo de hombres presenta una mayor probabilidad de haber presenciado episodios de violencia entre sus padres. En este sentido, Lussier, Farrington y Moffitt (2009) han señalado que los déficits en el ambiente familiar pueden fomentar el desarrollo de la conducta antisocial, y de este modo potenciar relaciones disfuncionales en el seno de las relaciones de pareja en la vida adulta. Continuando en esta línea, Dutton y Golant (1997) postulan que las situaciones de violencia en la familia de origen es uno de los factores claves en la formación de la personalidad violenta. Existe evidencia empírica que señala la violencia entre los padres como un importante antecedente de violencia en la pareja en la etapa adulta (Cadsky y Crawford, 1988; Hershorn y Rosenbaum, 1991; Ehrensaft, Cohen, Brown, Smailes, Chen y Johnson, 2003). Por ello, es probable que los entornos familiares conflictivos influyan en posteriores patrones agresivos en las relaciones íntimas.

En lo que se refiere a los aspectos sociales y comunitarios, en el caso de los maltratadores generalistas sus comunidades parecen ser socialmente más desordenadas y sus niveles de participación e integración de la comunidad son más bajos en comparación con el grupo de maltratadores especialistas, quienes han

mostrado niveles más altos de integración y participación comunitaria. En lo que respecta al contexto comunitario, la evidencia empírica sobre la influencia del contexto social y comunitario en el delito en general (Sampson, Raudenbush y Earls, 1997; Stewart y Simons, 2010) y en la violencia en la pareja (Beyer, Wallis, Hamberger, 2015; Pichevsky y Wright, 2012; para una revisión de estudios) es amplia. Aspectos como el control social, la confianza mutua, los recursos institucionales o el desorden social, son elementos pertenecientes a los contextos residenciales que pueden influir en el desarrollo de conductas antisociales y potenciar la trayectoria delictiva. En los contextos residenciales desfavorecidos pueden predominar actitudes tradicionales de género (Beyer et al., 2015), se inhibe la transmisión de valores que desapruaban la violencia en la pareja o, de forma más directa, se intensifica el estrés en las parejas, incrementando de ese modo la probabilidad de violencia en la pareja (Pinchevsky y Wright, 2012). En este sentido, aspectos como la falta de cohesión e integración de los residentes o la escasa participación en actividades comunitarias han sido variables relacionadas con la violencia en la pareja.

Finalmente, en el estudio tres observamos que un aspecto clave a tener en cuenta para comprender la violencia en las relaciones de pareja es explorar el grado en que las personas tienden a aceptar este tipo de conductas. Tradicionalmente se ha vinculado la aceptabilidad de la violencia hacia la mujer con determinadas actitudes de género. Por ejemplo, el sexismo hostil ha sido vinculado con mayores niveles de aceptabilidad de este tipo de violencia. En este tercer estudio se profundiza en la idea de que no sólo el sexismo hostil puede ejercer un importante papel para comprender la aceptabilidad de la violencia hacia la mujer en las relaciones de pareja, sino que la propia actitud hacia la violencia en general puede ejercer un efecto importante que conviene explorar. Así, en este estudio se incorpora no sólo la influencia del sexismo para explicar la aceptabilidad de la violencia hacia la mujer en las relaciones de pareja sino también las actitudes que esas personas mantienen hacia la violencia en las relaciones interpersonales en general.

Si bien la literatura científica ha mostrado cómo las actitudes hostiles hacia la mujer se relacionan con la aceptabilidad de la violencia contra la mujer en las relaciones de pareja, existe evidencia empírica que señala cómo los hombres que

mantienen actitudes hostiles hacia la mujer tienden también a mantener actitudes más positivas hacia el uso de la violencia interpersonal en general (Gariagordobil y Aliri, 2013; Forbes et al., 2004). En su estudio con 147 estudiantes universitarios varones, Forbes et al. (2004) encontraron que los estudiantes más sexistas también aceptaban en un grado mayor la utilización de la violencia en las relaciones sociales. En España, en un estudio con una muestra representativa de 2.867 adolescentes escolarizados de la provincia de Guipúzcoa, Gariagordobil y Aliri (2013) encontraron que el sexismo hostil se relacionaba positivamente con las actitudes hacia la violencia entre iguales y contra grupos minoritarios (que incluía según las autoras xenofobia, racismo y rechazo a la diversidad). También en la campo de las tipologías de maltratadores se ha incorporado el estudio del sexismo, pero los análisis muestran que son los maltratadores generalmente violentos los que mantienen actitudes más negativas sobre la mujer (Holtzworth-Munroe y Stuart, 1994; Loinaz, Echeburúa y Torrubia, 2010). Así en el clásico estudio de Holtzworth-Munroe y Stuart (1994), el grupo de maltratadores generalmente violentos tendían a mostrar mayores niveles de hostilidad hacia la mujer (Ver también Echeburúa y Redondo, 2010).

Los resultados de nuestro estudio indican que tanto el sexismo hostil como la aceptabilidad de la violencia en las relaciones sociales se relacionan positivamente con la aceptabilidad de la violencia hacia la mujer en las relaciones de pareja. Al considerar las variables sociodemográficas, familiares, comunitarias y nacionales, se observa que ser mujer, con una alta formación académica, que considera a la familia como un factor importante en la vida, y que pertenece a los países más desarrollados en términos de salud, educación y riqueza se relaciona con los niveles más bajos en cuanto a la aceptabilidad de la violencia hacia la mujer en las relaciones íntimas (Inglehart y Norris, 2003; Napier, Thorisdottir y Jost, 2010). Tanto las personas sexistas y los que tienen actitudes más positivas hacia la violencia en general muestran una mayor aceptación de la violencia hacia la mujer en las relaciones de pareja. A su vez, los niveles más altos de aceptabilidad de la violencia hacia la mujer se encontrarían entre las personas sexistas que también tienen actitudes positivas hacia la violencia en general.

Como hemos visto, el estudio del perfil psicológico de los hombres violentos y sus posibles implicaciones clínicas han sido objeto de estudio de varias investigaciones en diferentes ámbitos (Fernández- Montalvo y Echeburúa, 1997; Gondolf, 1988; Hamberger et al., 1996; Holtzworth-Munroe y Stuart, 1994; Jhonson's, 1995; Loinaz et al., 2010; White y Gondolf, 2000; Cavanaugh y Gelles, 2005; Torres, 2010; Torres, Lemos-Giráldez y Herrero, 2013). Abordar la cuestión del maltrato hacia la mujer a través del estudio de las tipologías ofrece dos ventajas fundamentales: en primer lugar, deja de lado los mitos de los patrones cada vez más intensos de la violencia, así como la noción de que los agresores nunca desisten de su conducta, y en segundo lugar, la especificidad de las tipología permiten la sustitución de la "talla única" para la mayoría de las intervenciones, con un enfoque que coincida con el tratamiento especializado para el tipo de maltratador.

En la actualidad, los modelos de tratamiento e intervención con maltratadores son diversos y dependen, fundamentalmente, de donde sitúan los profesionales la causalidad de la violencia. Como mencionamos anteriormente, existen diferentes perspectivas teóricas que sitúan la causa de la violencia en diversos ámbitos ya sea en el ámbito individual, en el grupo familiar o en la sociedad. La mayoría de estos programas de intervención se han ocupado de los aspectos individuales de los hombres violentos y sus características de personalidad. Los programas de intervención y las campañas de educación comunitaria destinadas a prevenir la violencia hacia la mujer no sólo deben considerar el sexismo como un objetivo clave, sino también actitudes positivas hacia la violencia en las relaciones sociales, especialmente entre aquellas personas que tienen actitudes sexistas al mismo tiempo.

Las perspectivas de futuro que se centren en la aplicación de un tratamiento individual, ajustado a las necesidades específicas de cada persona, intercalado con sesiones grupales de hombres violentos, en el marco global de un programa de violencia familiar, en un contexto preciso (en la comunidad, en prisión o bajo vigilancia judicial, según los casos) tendrán resultados más favorables. Como sabemos, tratar psicológicamente a un maltratador hoy es posible, sobre todo si el sujeto asume la responsabilidad de sus conductas y cuenta con una mínima motivación para el cambio (Hamberger, Lohr y Gottlieb, 2000).

Los resultados expuestos en este trabajo podrían ser útiles y relevantes para el avance en la intervención, para incrementar la eficacia de los programas y para la prevención y educación en el ámbito de la violencia hacia la mujer en las relaciones de pareja. Asimismo, pueden ser relevantes tanto para aquellos sectores profesionales vinculados directamente con la acción social como para aquellos colectivos en cuya formación puedan ser relevantes los resultados obtenidos. Es importante señalar que, los resultados de la presente tesis doctoral podrían permitir una mejor comprensión de las características psicológicas y de personalidad de los hombres que ejercen violencia hacia la mujer y contribuir de forma relevante a este campo de estudio, ofreciendo una visión más clara del papel que juegan estas características en la conducta violenta en el ámbito de las relaciones de pareja.

CONCLUSIONES

Esta investigación presenta las siguientes conclusiones:

1. La baja autoestima, la personalidad antisocial y narcisista, la dependencia emocional, el abuso de sustancias, el sexismo, las actitudes hostiles hacia la mujer, y la aceptabilidad de la violencia en las relaciones sociales, caracterizan a los hombres violentos contra la mujer en el ámbito de las relaciones de pareja.

2. Los instrumentos de evaluación que se han utilizado con mas frecuencia en el estudio de las características psicológicas de los hombres violentos hacia la mujer en el ámbito de las relaciones de pareja son: el MCMI en sus tres versiones (*Millon Clinical Multiaxial Inventory*), el STAXI (*State-Trait Anger Expression Inventory*), el SCL-90 (*Symptom Checklist-90-R*) y el PCL-R (*Psychopathy Checklist-Revised*) (estudio uno).

3. La revisión de estudios de la última de década revela la utilización dos tipos de muestra: la penitenciaria y la comunitaria. Esta diversidad en el tipo de muestra a limitado tradicionalmente la comparabilidad de los resultados (estudio uno).

4. El estudio de los hombres penados por violencia de género revela la existencia de dos tipos de maltratadores: el maltratador especialista (hombres violentos condenados por violencia contra la mujer en las relaciones de pareja sin haber cometido otro delito) y, el maltratador generalista (hombres violentos en general que además de ser violentos con sus parejas han cometido diversos tipos de delitos) (estudio dos).

5. El maltratador especialista presenta un inicio tardío en su actividad delictiva, un perfil más bajo de psicopatología (personalidad narcisista e histriónica), más situaciones de conflicto en su familia de origen, en las que se expresaban más abiertamente la ira y el conflicto, y niveles más altos de integración y participación comunitaria (estudio dos).

6. El maltratador generalista tiene una trayectoria delictiva más precoz y más variada, tanto en términos de la edad de la primera detención, así como la edad de la primera condena, presenta niveles más altos de psicopatología (personalidad narcisista,

histriónica, antisocial y *borderline*), mayores niveles de dependencia de sustancias, mayores niveles de sexismo hostil, sus comunidades son más desordenadas socialmente y sus niveles de participación e integración en la comunidad son más bajos (estudio dos).

7. Las mujeres, las personas con mayor nivel educativo, aquellas personas que consideran que la familia es importante en la vida y las que proceden de países con mayores niveles de desarrollo en términos de salud, educación y bienestar presentan menor aceptabilidad de la violencia hacia la mujer en las relaciones de pareja (estudio tres).

8. La aceptabilidad del uso de la violencia en las relaciones de pareja está relacionada con las actitudes sexistas. Las personas de ambos sexos que presentan una actitud más hostil hacia la mujer muestran mayor aceptabilidad de la violencia hacia la mujer en las relaciones de pareja (estudio tres).

9. Las personas con mayores niveles de aceptabilidad de la violencia hacia la mujer en las relaciones de pareja son aquellas que, manteniendo altos niveles de hostilidad hacia la mujer (sexismo hostil), presentan a su vez una mayor aceptabilidad del uso de la violencia en las relaciones interpersonales (estudio tres).

REFERENCIAS

- Alberdi, I y Matas, N. (2002). *La violencia doméstica. Informe sobre los malos tratos a mujeres en España*. Barcelona: Colección Estudios Sociales, Fundación “la Caixa”.
- Alonso, M., Manso, J. y García-Baamonde Sánchez, M. (2009). Inteligencia emocional como alternativa para la prevención del maltrato psicológico en la pareja. *Anales de Psicología*, 25 (2), 250-260.
- Ali, P.A., y Naylor, P.B. (2013). Intimate partner violence: A narrative review of the feminist, social and ecological explanations for its causation. *Aggression and Violent Behavior*, 18, 611-619. doi : [10.1016/j.avb.2013.01.003](https://doi.org/10.1016/j.avb.2013.01.003)
- Allen, C. T., Swan, S. C., y Raghavan, C. (2009). Gender symmetry, sexism, and intimate partner violence. *Journal of Interpersonal Violence*, 24, 1816-1834. doi: [10.1177/0886260508325496](https://doi.org/10.1177/0886260508325496)
- American Psychiatric Association (1994). *Diagnostic and Statistical Manual of mental disorders* (4th ed.). Washington, D.C. (trad. castellana: Masson, 1995).
- Amor, P., Echeburúa, E., y Loinaz, I. (2009). ¿Se puede establecer una clasificación tipológica de los hombres violentos contra su pareja?. *International Journal of Clinical and Health Psychology*, 9 (3), 519 – 539.
- Asua, A. (2005). *Las recientes medidas de prevención de la violencia de género en el ámbito de la pareja en la legislación española*. Ponencia presentada en el Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM
- Baker, T., Metcalfe, Ch. F., y Jennings, W.G. (2013). What Are the Odds?: Predicting Specialization in Offending Over the Life Course. *Criminal Justice and Behavior*, 40, 909-932. doi: [10.1177/0093854812474262](https://doi.org/10.1177/0093854812474262)
- Belfrage, H. y Rying, M. (2004). Characteristics of spousal homicide perpetrators: a study of all cases of spousal homicide in Sweden 1990-1999. *Criminal Behavior and Mental Health*, 14 (2), 121-33.
- Bender, K. y Roberts, A. R. (2007). Battered women versus male batterer typologies: Same or different based on evidence-based studies? *Aggression and Violent Behavior*, 12, 519-530. doi: [10.1016/j.avb.2007.02.005](https://doi.org/10.1016/j.avb.2007.02.005)

- Benson, M., Fox, L. y Litton, G. (2004). *When Violence Hits Home: How Economics and Neighborhood Play a Role*. NIJ Research in Brief. NCJ 205004, Washington, DC: United States Department of Justice, National Institute of Justice.
- Beyer, K., Wallis, A. B., y Hamberger, L. K. (2015). Neighborhood Environment and Intimate Partner Violence A Systematic Review. *Trauma, Violence y Abuse*, 16, 16-47.
- Blonigen, D. M. y Krueger, R. F. (2007). Personality and violence: The unifying role of structural models of personality, In Daniel J. Flannery, Alexander T. Vazsonyi and Irwin D. Waldman (eds.) (pp. 288-305), *The Cambridge handbook of violent behavior*. Cambridge, UK: Cambridge University Press. doi: [10.1017/CBO9780511816840.014](https://doi.org/10.1017/CBO9780511816840.014)
- Boira, S. y Jodrá, P. (2010). Psicopatología, características de la violencia y abandonos en programas para hombres violentos con la pareja: resultados en un dispositivo de intervención. *Psicothema*, 22 (4), 593-599.
- Bouffard , L. B., Wright, K.A., Muftić, R. y Bouffard, J.A. (2008). Gender Differences in Specialization in Intimate Partner Violence: Comparing the Gender Symmetry and Violent Resistance Perspectives. *Justice Quarterly*, 25, 570-594. doi: [10.1080/07418820801930100](https://doi.org/10.1080/07418820801930100)
- Boyle, D. J., O'Leary, K.D., Rosenbaum, A., y Hasset-Walker, C. (2008). Differentiating Between Generally and Partner-Only Violent Subgroups: Lifetime Antisocial Behavior, Family of Origin Violence, and Impulsivity. *Journal of Family Violence*, 23, 47-55. doi: [10.1007/s10896-007-9133-8](https://doi.org/10.1007/s10896-007-9133-8)
- Brambor, T., Clark, W. R., y Golder, M. (2006). Understanding interaction models: Improving empirical analyses. *Political analysis*, 14, 63-82. doi: [10.1093/pan/mpi014](https://doi.org/10.1093/pan/mpi014).
- Brandt, M. J. (2011). Sexism and gender inequality across 57 societies. *Psychological Science*, 22, 1413-1416. doi: [10.1177/0956797611420445](https://doi.org/10.1177/0956797611420445)
- Cáceres, J. (1999). Discusiones de pareja, violencia y activación cardiovascular. *Análisis y Modificación de Conducta*, 25 (104), 909-938.
- Cáceres, J., Landeta, O., Ballús, E., Gómez, A., Otero, J., Rangel, S. y Robles, O. (1998). Fisiología del desamor: Estar malcasado/a es malo para su salud. *C. Medicina Psicosomática*, 45/46, 57-69.

- Cadsky, Q y Crawford, M. (1988). Establishing batterer typologies in a clinical sample of men who assault their female partners. *Canadian Journal of Community Mental Health*, 7, 119-127.
- Calvete, E. (2008). Características de salud mental de los hombres que maltratan a su pareja. *Revista Española de Sanidad Penitenciaria*, 10, 49-56.
- Campbell, J. (2002). Health consequences of intimate partner violence. *The Lancet*, 359, 1331-1336.
- Capaldi, D. M. y Clark, S. (1998). Prospective family predictors of aggression toward female partners for at-risk young men. *Developmental Psychology*, 34, 1175–1188. doi: [10.1037/0012-1649.34.6.1175](https://doi.org/10.1037/0012-1649.34.6.1175)
- Capaldi DM, Gorman-Smith D. (2003). The development of aggression in young male/female couples. En Florsheim P. (ed.), *Adolescent romantic relations and sexual behavior: Theory, research, and practical implications*. (pp. 243–278). Mahwah, NJ: Erlbaum.
- Capaldi, D. y Kim, H. (2007). Typological approaches to violence in couples: A critique alternative conceptual approach. *Clinical Psychology Review*, 27, 253-265. doi: [10.1016/j.cpr.2006.09.001](https://doi.org/10.1016/j.cpr.2006.09.001)
- Capaldi, D. M., Knoble, N. B., Shortt, J. W., y Kim, H. K. (2012). A systematic review of risk factors for intimate partner violence. *Partner Abuse*, 3, 231. doi: [10.1891/1946-6560.3.2.231](https://doi.org/10.1891/1946-6560.3.2.231).
- Carlson, B. E., y Worden, A. P. (2005). Attitudes and beliefs about domestic violence: Results of a public opinion survey I. Definitions of domestic violence, criminal domestic violence, and prevalence. *Journal of interpersonal violence*, 20, 1197-1218. doi: [10.1177/0886260505278530](https://doi.org/10.1177/0886260505278530)
- Cavanaugh, M. y Gelles, R. (2005). The Utility of Male Domestic Violence Offender Typologies: New Directions for Research, Policy, and Practice. *Journal of Interpersonal Violence*, 20, 155-166. doi: [10.1177/0886260504268763](https://doi.org/10.1177/0886260504268763)
- Consejo General del Poder Judicial (2011). *Datos de denuncias, procedimientos penales y civiles registrados, ordenes de protección solicitadas en los juzgados de violencia sobre la mujer (JVM) y sentencias dictadas por los órganos jurisdiccionales en esta materia en el segundo trimestre de 2011*. Consultado el 23 de Enero de 2012. Disponible en

http://www.observatorioviolencia.org/upload_images/File/DOC1319196688_Datos_2trim_2011.pdf

- Consejo General del Poder Judicial (2014). Violencia de doméstica y de género. Consultado 27 de Julio 2015. Disponible en http://www.poderjudicial.es/cgpj/es/Poder_Judicial
- Cumming, G. (2014). The new statistics why and how. *Psychological Science*, 25, 7-29. doi: [10.1177/0956797613504966](https://doi.org/10.1177/0956797613504966).
- Cunha, O., y Gonçalves, R. A. (2013). Intimate partner violence offenders: generating a data-based typology of batterers and implications for treatment. *The European journal of psychology applied to legal context*, 5, 131-139. doi: [10.5093/ejpalc2013a2](https://doi.org/10.5093/ejpalc2013a2)
- DeLisi, M., Beaver, K.M., Wright, K.A., Wright, J.P., Vaughn, M.G. y Trulson, Ch.R. (2011). Criminal Specialization Revisited: A Simultaneous Quantile Regression Approach. *American Journal of Criminal Justice*, 36, 73-92. doi: [10.1007/s12103-010-9083-1](https://doi.org/10.1007/s12103-010-9083-1)
- Delsol, C., Margolin, G., y John, R.S. (2003). A typology of martially violent men and correlates of violence in a community sample. *Journal of Marriage and Family*, 65, 635–651. doi: [10.1111/j.1741-3737.2003.00635.x](https://doi.org/10.1111/j.1741-3737.2003.00635.x)
- Díaz Aguado, M. (2001). *Avances y limitaciones en la construcción de la igualdad*. Ponencia del Seminario sobre Mujeres Jóvenes. UIMP, Santander.
- Dibble, U., y Straus, M. A. (1980). Some social structure determinants of inconsistency between attitudes and behavior: The case of family violence. *Journal of Marriage and the Family*, 42, 71-80. <http://dx.doi.org/10.2307/351935>.
- Dixon, L. y Browne, K. (2003). The heterogeneity of spouse abuse: A review. *Journal of Interpersonal Violence*, 21, 1270-1285.
- Dobash, R. E. y Dobash, R.P. (1992). *Women, Violence and Social Change*. London, UK: Routledge. doi: [10.4324/9780203450734](https://doi.org/10.4324/9780203450734)
- Domínguez, J., García, P. y Cuberos, I. (2008). Violencia contra las mujeres en el ámbito doméstico: consecuencias sobre la salud psicosocial. *Anales de Psicología*, 24 (1), 115-120.
- Dutton, D. y Golant, S. (1997). *El golpeador. Un perfil psicológico*. Buenos Aires: Paidós.

- Ehrensaft, M. K., Cohen, P. y Johnson, J.G. (2006). Development of Personality Disorder Symptoms and the Risk for Partner Violence. *Journal of Abnormal Psychology*, *115*, 474-483. doi: [10.1037/0021-843X.115.3.474](https://doi.org/10.1037/0021-843X.115.3.474)
- Ehrensaft, M.K., Cohen, P., Brown, J., Smiles, E., Chen, H., y Johnson, J.G. (2003). Intergenerational Transmission of Partner Violence: A 20-Year Prospective Study. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, *71*, 741–753. doi: [10.1037/0022-006X.71.4.741](https://doi.org/10.1037/0022-006X.71.4.741)
- Echeburúa, E. y Corral, P. (1998). *Manual de violencia familiar*. Madrid: Siglo Veintiuno.
- Echeburúa, E. y Fernández-Montalvo, J. (1997). Tratamiento cognitivo-conductual de hombres violentos en el hogar: un estudio piloto. *Análisis y Modificación de Conducta*, *23* (89), 355-384.
- Echeburúa, E. y Fernández-Montalvo, J. (2007). Male batterers with and without psychopathy: An exploratory study in Spanish prisons. *International Journal of Offender Therapy and Comparative Criminology*, *51*, 254-263. doi: [10.1177/0306624X06291460](https://doi.org/10.1177/0306624X06291460)
- Echeburúa, E. y Fernández-Montalvo, J. (2009). Evaluación de un programa de tratamiento en prisión de hombres condenados por violencia grave contra la mujer. *International Journal of Clinical and Health Psychology*, *9* (1), 5-20.
- Echeburúa, E. y Redondo, S. (2010). *¿Por qué víctima es femenino y agresor masculino? La violencia contra la pareja y las agresiones sexuales*. Madrid: Pirámide.
- Echeburúa, E., Fernández-Montalvo, J. y Amor, P. (2003). Psychopathological profile of men convicted of gender violence: A study in the prisons of Spain. *Journal of Interpersonal Violence*, *18*, 798-812. doi: [10.1177/0886260503253300](https://doi.org/10.1177/0886260503253300)
- Echeburúa, E., Fernández-Montalvo, J. y de Corral, P. (2008). ¿Hay una diferencia entre la violencia grave y la violencia menos grave contra la pareja?: un análisis comparativo. *International Journal of Clinical and Health Psychology*, *8* (2), 355-382.
- Echeburúa, E., Sarasua, B., Zubizarreta, I. y de Corral, P. (2009). Evaluación de la eficacia de un tratamiento cognitivo-conductual para hombres violentos contra la pareja en un marco comunitario: una experiencia de 10 años (1997-2007). *International Journal of Clinical and Health Psychology*, *9* (2), 199-217.

- European Union Agency for Fundamental Rights (2014) *Violence against women: an EU-wide survey - main results report*. Descargado el 3 de Junio de 2015 desde <http://fra.europa.eu/en/publication/2014/vaw-survey-main-results>
- Expósito, F., Herrera, A. y Herrera, M. (2008). Ley integral contra la violencia de género: análisis de sentencias. En F. J. Rodríguez, C. Bringas, F. Fariña, R. Arce y A. Bernardo (Eds.), *Psicología Jurídica. Entorno judicial y delincuencia*. Oviedo: Ediciones de la Universidad de Oviedo.
- Farrington, D. P. (2003). Developmental and life-course criminology. Key theoretical and empirical issues. *Criminology*, 41, 221-255. doi: [10.1111/j.1745-9125.2003.tb00987.x](https://doi.org/10.1111/j.1745-9125.2003.tb00987.x)
- Farrington, D. P. (2005). The integrated cognitive antisocial potential (ICAP) theory. In D. Farrington (ed.), *Integrated developmental and life-course theories of crime*. (pp. 1-14) New Brunswick, NJ: Transaction Publishers.
- Felson, R. B. y Lane, K.J. (2010). Does violence involving women and intimate partners have a special etiology? *Criminology*, 48, 321-338. doi: [10.1111/j.1745-9125.2010.00186.x](https://doi.org/10.1111/j.1745-9125.2010.00186.x)
- Fernández-Montalvo, J. y Echeburúa, E. (2005). Hombres condenados por violencia grave contra la pareja: Un estudio psicopatológico. *Análisis y Modificación de Conducta*, 31, 138-475.
- Fernández-Montalvo, J. y Echeburúa, E. (2008). Trastornos de personalidad y psicopatía en hombres condenados por violencia grave contra la mujer. *Psicothema*, 20 (2), 193-198.
- Ferrer, V., Bosch, E., García, E., Manassero, M. y Gili, M. (2004). Estudio meta-analítico de características diferenciales entre maltratadores y no maltratadores: el caso de la psicopatología y el consumo de alcohol o drogas. *Psykhé*, 13, 141-156. doi: [10.4067/S0718-22282004000100012](https://doi.org/10.4067/S0718-22282004000100012)
- Flood, M., y Pease, B. (2009). Factors influencing attitudes to violence against women. *Trauma, violence, y abuse*, 10, 125-142. doi: [10.1177/1524838009334131](https://doi.org/10.1177/1524838009334131).
- Foran, H. M. y O'Leary, K.D. (2008). Alcohol and intimate partner violence: A meta-analytic review. *Clinical Psychology Review*, 28, 1222-1234. doi: [10.1016/j.cpr.2008.05.001](https://doi.org/10.1016/j.cpr.2008.05.001)

- Forbes, G. B., Adams-Curtis, L. E., y White, K. B. (2004). First-and second-generation measures of sexism, rape myths and related beliefs, and hostility toward women their interrelationships and association with college students' experiences with dating aggression and sexual coercion. *Violence against women*, 10, 236-261. <http://dx.doi.org/10.1177/1077801203256002>.
- García-Jiménez, J. J., Godoy-Fernández, C., Llor-Esteban, B., y Ruiz-Hernández, J. A. (2014). Differential profile in partner aggressors: Prison vs. mandatory community intervention programs. *The European journal of psychology applied to legal context*, 6, 69-77. doi: [10.1016/j.ejpal.2014.06.003](https://doi.org/10.1016/j.ejpal.2014.06.003)
- Garaigordobil, M., y Aliri, J. (2013). Relaciones del sexismo con justificación de la violencia, y con otras formas de prejuicio como la dominancia social y el autoritarismo. *Estudios de Psicología*, 34 (2), 127-139.
- Gelles, R. J. y Straus, M.A. (1979). Determinants of Violence in the Family: Toward a Theoretical Integration, In Wesley R. Burr, Reuben Hill, F. Ivan Nye and Ira L. Reiss (eds.), *Contemporary Theories About the Family*. Volume 1. (pp. 549-581). New York, NY: Free Press.
- Gelles, R. J. (2007). Family violence, In Daniel J. Flannery, Alexander T. Vazsonyi and Irwin D. Waldman (eds.), *The Cambridge handbook of violent behavior*, (pp. 403-417) Cambridge, UK: Cambridge University Press. doi: [10.1017/CBO9780511816840.020](https://doi.org/10.1017/CBO9780511816840.020)
- Giles-Sims, J. (1983). *Wife battering: A systems theory approach*. New York, NY: Guilford Press.
- Glick, P., y Fiske, S.T. (1996). The Ambivalent Sexism Inventory: Differentiating hostile and benevolent sexism. *Journal of Personality and Social Psychology*, 70, 491–512. doi: [10.1037/0022-3514.70.3.491](https://doi.org/10.1037/0022-3514.70.3.491)
- Glick, P., Fiske, S. T., Mladinic, A., Saiz, J. L., Abrams, D., Masser, B. y López, W. L. (2000). Beyond prejudice as simple antipathy: hostile and benevolent sexism across cultures. *Journal of personality and social psychology*, 79 (5), 763-775.
- Glick, P., Sakalli-Ugurlu, N., Ferreira, M.C. y de Souza, M.A. (2002). Ambivalent sexism and attitudes toward wife abuse in Turkey and Brazil. *Psychology of Women Quarterly*, 26, 292-297. doi: [10.1111/1471-6402.t01-1-00068](https://doi.org/10.1111/1471-6402.t01-1-00068)

- Gondolf, E. (1988). Who are those guys? Toward a behavioral typology of batterers. *Violence and Victims, 3*, 187-203.
- Gondolf, E. (1999). Characteristics of Court-Mandated Batterers in Four Cities: Diversity and Dichotomies. *Violence Against Women, 5*, 1277-1293. doi: [10.1177/10778019922183372](https://doi.org/10.1177/10778019922183372)
- Gondolf, E. (2009). Implementing mental health treatment for batterer program participants: Interagency breakdowns and underlying issues. *Violence Against Women, 15*, 638-655. doi: [10.1177/1077801209332189](https://doi.org/10.1177/1077801209332189)
- Gondolf, E. y White, R. (2001). Batterer program participants who repeatedly reassault: Psychopathic tendencies and other disorders. *Journal of Interpersonal Violence, 16*, 361-380.
- Gottfredson, M. R. y Hirschi, T. (1990). *A general theory of crime*. Stanford: CA, Stanford University Press.
- Gottman, J., Jacobson, N., Rushe, R., Shortt, J., Babcock, J., La Taillade, J. y Waltz, J. (1995). The relationship between heart rate reactivity, emotionally aggressive behavior, and general violence in batterers. *Journal of Family Psychology, 9* (3), 227-248.
- Gracia, E. (2002). *Las víctimas invisibles de la violencia familiar. El extraño iceberg de la violencia doméstica*. Barcelona: Paidós.
- Gracia, E. (2014). Intimate partner violence against women and victim-blaming attitudes among Europeans. *Bulletin of the World Health Organization, 92*, 380-381. doi: [10.2471/BLT.13.131391](https://doi.org/10.2471/BLT.13.131391)
- Gracia, E., y Herrero, J. (2006a). Acceptability of domestic violence against women in the European Union: A multilevel analysis. *Journal of epidemiology and community health, 60*, 123-129. doi: [10.1136/jech.2005.036533](https://doi.org/10.1136/jech.2005.036533).
- Gracia, E. y Herrero, J. (2006b). Public attitudes toward reporting partner violence against women and reporting behavior. *Journal of Marriage and Family, 68*, 759-768.
- Gracia, E. y Herrero, J. (2007). Perceived neighborhood social disorder and attitudes toward reporting domestic violence against women. *Journal of Interpersonal Violence, 22*, 737-752. doi: [10.1177/0886260507300755](https://doi.org/10.1177/0886260507300755)

- Gracia, E., Herrero, J., y Lila, M. (2009). Perceived neighborhood social disorder and attitudes toward domestic violence against women among Latin-American immigrants. *The European journal of psychology applied to legal context*, 1 (1), 25-43.
- Grann, M. y Wedin, I. (2002). Risk factors for recidivism among spousal assault and spousal homicide. *Psychology, Crime and Law*, 8, 5-23.
- Hamberger, L.K., Lohr, J.M. y Gottlieb, M. (2000). Predictors of treatment dropout from a spouse abuse abatement program. *Behavior Modification*, 24, 528-552.
- Hamberger, L. K., Lohr, J. M., Bonge, D. y Tonlin, D.F. (1996). A large sample empirical typology of male spouse abusers and its relationship to dimensions of abuse. *Violence and Victims*, 11, 277-292.
- Hammond, M. D., y Overall, N. C. (2013). Men's Hostile Sexism and Biased Perceptions of Intimate Partners Fostering Dissatisfaction and Negative Behavior in Close Relationships. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 39, 1585-1599. doi: [10.1177/0146167213499026](https://doi.org/10.1177/0146167213499026).
- Heise, L. (1998). Violence against women: an integrated, ecological framework. *Violence Against Women*, 4 (3), 262-290. doi: [10.1177/1077801298004003002](https://doi.org/10.1177/1077801298004003002)
- Heise, L., Ellsberg, M. y Gottemoeller M. (1999): "Ending violence against women", Population Reports, Nº 11. Baltimore, Johns Hopkins University School of Public Health.
- Herrero, J. y Gracia, E. (2005). Perceived frequency of domestic violence against women and neighbourhood social disorder. *Psychological Reports*, 97, 712-716.
- Herrero, J., y Gracia, E. (2007). Measuring perceived community support: Factorial structure, longitudinal invariance and predictive validity of the PCSQ (Perceived Community Support Questionnaire). *Journal of Community Psychology*, 35, 197-217. doi: [10.1002/jcop.20143](https://doi.org/10.1002/jcop.20143)
- Herrero, J., Rodríguez, F., y Torres, A. (in press). Acceptability of partner violence in 51 societies: the role of sexism and attitudes toward violence in social relationships. *Violence Against Women*.
- Hershorn, M., y Rosenbaum, A. (1991). Over- vs. undercontrolled hostility: Application of the construct to the classification of maritally violent men. *Violence and Victims*, 6, 151-158.

- Holtzworth-Munroe, A. y Meehan, J. (2004). Typologies of men who are maritally violent: Scientific and clinical implications. *Journal of Interpersonal Violence*, 19, 1369-1389. doi: [10.1177/0886260504269693](https://doi.org/10.1177/0886260504269693)
- Holtzworth-Munroe, A. y Stuart, G. (1994). Typologies of male batterers: Three subtypes and the differences among them. *Psychological Bulletin*, 116, 476- 497. doi: [10.1037/0033-2909.116.3.476](https://doi.org/10.1037/0033-2909.116.3.476)
- Holtzworth-Munroe, A., Rehman, U. y Herron, K. (2000). General and spouse-specific anger and hostility in subtypes of maritally violent men and nonviolent men. *Behavior Therapy*, 31, 603-630.
- Holtzworth-Munroe, A., Bates, L., Smutzler, N., y Sandin, E. (1997). A brief review of the research on husband violence part I: Maritally violent versus nonviolent men. *Aggression and Violent behavior*, 2, 65-99. doi: [10.1016/s1359-1789\(96\)00015-8](https://doi.org/10.1016/s1359-1789(96)00015-8).
- Holtzworth-Munroe, A., Meehan, J.C., Herron, K., Rehman, U. y Stuart, G.L. (2003). Do subtypes of maritally violent men continue to differ over time? *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 71, 728–740. doi: [10.1037/0022-006X.71.4.728](https://doi.org/10.1037/0022-006X.71.4.728)
- Huang, G., Zhang, Y. y Cao, Y. (2007). Life events, social support and attitude to domestic violence of perpetrators. *Chinese Mental Health Journal*, 21, 845-848.
- Huss, M. T., Covell, Ch.N., y Langhinrichsen-Rohling, J. (2006). Clinical implications for the assessment and treatment of antisocial and psychopathic domestic violence perpetrators, *Journal of Aggression, Maltreatment and Trauma*, 13, 59-85. doi: [10.1300/J146v13n01_04](https://doi.org/10.1300/J146v13n01_04)
- Inglehart, R., y Norris, P. (2003). *Rising tide: Gender equality and cultural change around the world*. Cambridge, USA: University Press.
- Innocenti Research Centre (2000). Domestic Violence Against Women and Girls. *Innocenti Digest*, 6.
- Instituto de la Mujer (2006). *La Violencia contra las Mujeres. Resultados de la Macroencuesta. III Parte*. Disponible en <http://www.mtas.es/mujer/violencia>.
- Instituto de la Mujer (2009). *Las mujeres en cifras 1983-2008*. Consultado el 23 de marzo del 2011. Disponible en

www.inmujer.migualdad.es/MUJER/publicaciones/docs/Mujeres%20en%20cifras%201983_2008.pdf

Instituto de la Mujer (2009). *Mujeres y hombres en España en el 2009*. Consultado el 23 de marzo del 2011. Disponible en

<http://www.inmujer.migualdad.es/MUJER/mujeres/cifras/index.htm>

Instituto de la Mujer (2010). *Mujeres y hombres en España en el 2010*. Consultado el 10 de abril del 2011. Disponible en

<http://www.inmujer.gob.es/estadisticas/mujeresHombres/docs/mujeresHombres2010.pdf>

Jackson, S., Feder, L., Forde, D., Davis, R., Maxwell, C. y Taylor, B. (2003). *Batterer Intervention Programs: Where do we go from here?* Washington, DC: US Department of Justice.

Jennings, J., y Murphy, C. (2000). Male-male dimensions of male-female battering: A new look at domestic violence. *Psychology of Men and Masculinity*, 1, 21-29. doi: [10.1037/1524-9220.1.1.21](https://doi.org/10.1037/1524-9220.1.1.21)

Johnson, M. P. (1995). Patriarchal terrorism and common couple violence: Two forms of violence against women. *Journal of Marriage and the Family*, 57, 283–294. doi: [10.2307/353683](https://doi.org/10.2307/353683)

Johnson, R., Gilchrist, E., Beech, A., Weston, S., Takriti, R. y Freeman, R. (2006). A Psychometric Typology of U.K. Domestic Violence Offenders. *Journal of Interpersonal Violence*, 21, 1270-1285. doi: [10.1177/0886260506291655](https://doi.org/10.1177/0886260506291655)

Kantor, G. K., Jasinski, J. L., y Aldarondo, E. (1994). Sociocultural status and incidence of marital violence in Hispanic families. *Violence and victims*, 9, 207-222.

Kelly, J. y Johnson, M. (2008). Differentiation among types of intimate partner violence: research update and implications for interventions. *Family Court Review*, 46 (3), 476-499.

Lauritssen, J.L. y Schaum, R.J. (2004). The social ecology of violence against women. *Criminology*, 42, 323-356. doi: [10.1111/j.1745-9125.2004.tb00522.x](https://doi.org/10.1111/j.1745-9125.2004.tb00522.x)

Lavoie, F., Hebert, M., Tremblay, R., Vitaro, F., Vezina, L., y McDuff, P. (2002). History of family dysfunction and perpetration of dating violence by adolescent boys: A longitudinal study. *Journal of Adolescent Health*, 30, 375–383. doi: [10.1016/S1054-139X\(02\)00347-6](https://doi.org/10.1016/S1054-139X(02)00347-6)

- Lawoko, S. (2008). Predictors of attitudes toward intimate partner violence: a comparative study of men in Zambia and Kenya. *Journal of interpersonal violence*, 23, 1056-1074. <http://dx.doi.org/10.1177/0886260507313972>.
- LeBlanc, M. (2005). An integrative personal control theory of deviant behavior: Answers to contemporary empirical and theoretical developmental criminology issues. In David P. Farrington (ed.), *Integrated Life Course and Developmental Theories of Offending*. (pp. 125-163). New Brunswick, NJ: Transaction.
- Lila, M. (2010). Investigación e Intervención en Violencia contra la Mujer en las Relaciones de Pareja. *Intervención Psicosocial*, 19, 105-108. doi: [10.5093/in2010v19n2a1](https://doi.org/10.5093/in2010v19n2a1)
- Lila, M., Catalá, A., Conchell, R., García, A., Lorenzo, M., Pedrón, V. y Terreros, E. (2010). Una experiencia de investigación, formación e intervención con hombres penados por violencia contra la mujer en la Universidad de Valencia: Programa Contexto. *Intervención Psicosocial*, 19, 167-179. doi: [10.5093/in2010v19n2a8](https://doi.org/10.5093/in2010v19n2a8)
- Lohr, J., Bonge, D., Witte, T., Hamberger, L. y Langhinrichsen-Rohling, J. (2005). Consistency and accuracy of batterer typology identification. *Journal of Family Violence*, 20, 253-258. doi: [10.1007/s10896-005-5989-7](https://doi.org/10.1007/s10896-005-5989-7)
- Loinaz, I. y Echeburúa, E. (2010). Necesidades terapéuticas en agresores de pareja según su perfil diferencial. *Clínica Contemporánea*, 1, 85-95. doi: [10.5093/cc2010v1n2a2](https://doi.org/10.5093/cc2010v1n2a2)
- Loinaz, I., Echeburúa, E. y Torrubia, R. (2010). Tipología de agresores contra la pareja en prisión. *Psicothema*, 22 (1), 106-111.
- Loinaz, I., Ortiz-Tallo, M., Sánchez, L. y Ferragut, M. (2011). Clasificación multiaxial de agresores de pareja en centros penitenciarios. *International Journal of Clinical and Health Psychology*, 11 (2), 249-268.
- Lussier, P., Farrington, D.P. y Moffitt, T.E. (2009). Is the antisocial child father of the abusive man?: A 40-year prospective longitudinal study on the developmental antecedents of intimate partner violence. *Criminology*, 47, 741-780. doi: [10.1111/j.1745-9125.2009.00160.x](https://doi.org/10.1111/j.1745-9125.2009.00160.x)
- Margolin, G., John, R., y Gleberman, L. (1988). Affective responses to conflictual discussions in violent and nonviolent couples. *Journal of consulting and clinical psychology* 56 (1), 24-33. <http://dx.doi.org/10.1037/0022-006X.56.1.24>

- Markowitz, F. E. (2001). Attitudes and family violence: Linking intergenerational and cultural theories. *Journal of Family Violence*, 16, 205-218. doi: [10.1023/A:1011115104282](https://doi.org/10.1023/A:1011115104282)
- Markowitz, F.E., Bellair, P.E., Liska, A.E. y Liu, J.H. (2001). Extending social disorganization theory: Modeling the relationships between cohesion, fear, and disorder. *Criminology*, 38, 205-218.
- Marshall, G. A., y Furr, L. A. (2009). Factors that affect women's attitudes toward domestic violence in Turkey. *Violence and victims*, 25, 265-277. doi: [10.1891/0886-6708.25.2.265](https://doi.org/10.1891/0886-6708.25.2.265).
- Mazerolle, P., y Maahs, J. (2000). General strain and delinquency: An alternative examination of conditioning influences. *Justice Quarterly*, 17, 753-778. doi: [10.1080/07418820000094751](https://doi.org/10.1080/07418820000094751)
- Mazerolle, P., Burton, V.S, Cullen, F.T., Evans, D., y Payne, G.L.(2000). Strain, anger, and delinquent adaptations: Specifying general strain theory. *Journal of Criminal Justice*, 28, 89-101. doi: [10.1016/S0047-2352\(99\)00041-0](https://doi.org/10.1016/S0047-2352(99)00041-0)
- McGloin, J. M., Sullivan, C.J., Piquero, A.R., y Pratt, T.C. (2007). Local life circumstances and offending specialization/versatility: Comparing opportunity and propensity models. *Journal of Research in Crime and Delinquency*, 44, 321-346. doi: [10.1177/0022427807302664](https://doi.org/10.1177/0022427807302664)
- McKinney, C. M., Caetano, R., Ramisetty-Mikler, S., y Nelson, S. (2009). Childhood family violence and perpetration and victimization of intimate partner violence: findings from a national population-based study of couples. *Annals of epidemiology*, 19, 25-32. doi: [10.1016/j.annepidem.2008.08.008](https://doi.org/10.1016/j.annepidem.2008.08.008).
- Mestre, M., Tur, A. y Samper, P. (2008). *Impacto Psicosocial de la violencia de género en las mujeres y sus hijos e hijas*. Universidad de Valencia.
- Millon, T., Davis, R., y Millon, C. (1997). MCMI-III. Manual. *Minneapolis: National Computer Systems. Psychology*, 50, 444-445.
- Millon, T., Davis, R., y Millon, C. (2007). *MCMI-III. Manual*. Madrid: TEA Ediciones.
- Ministerio de Igualdad (2007). *I Informe anual del Observatorio Estatal de violencia sobre la mujer*. Madrid

- Ministerio de Sanidad, Política Social e Igualdad (2010). *III Informe anual del Observatorio Estatal de violencia sobre la mujer*. Madrid
- Ministerio de Sanidad, Política Social e Igualdad (2011). *Macroencuesta sobre Violencia de Género*. Consultado el 20 de enero del 2013. Disponible en <http://www.lamoncloa.gob.es/NR/rdonlyres/044E9EC8-B03E-4DA8-B9E5D2DB120DCF4C/185741/MACROENCUESTAAVANCE15DICIEMBRE2011NP.pdf>
- Ministerio de Sanidad, Servicios Sociales e Igualdad (2012). *V Informe Anual del Observatorio Estatal de Violencia sobre la mujer 2012*. Consultado 20 de julio del 2014. Disponible en http://www.msssi.gob.es/va/ssi/violenciaGenero/publicaciones/colecciones/PDF_S_COLECCION/libro_15_V_Informe_Observatorio.pdf
- Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales (2006). *III Macroencuesta sobre la violencia contra las mujeres. Informe de resultados*. Madrid.
- Moffitt, T. E. (1993). Adolescence-limited and life-course-persistent antisocial behavior: A developmental taxonomy. *Psychological Review*, 100, 674-701. doi: [10.1037/0033-295X.100.4.674](https://doi.org/10.1037/0033-295X.100.4.674)
- Moffitt, T. E., Krueger, R.F., Caspi, A. y Fagan, J. (2000). Partner abuse and general crime: how are they the same? How are they different? *Criminology*, 38, 199-232. doi: [10.1111/j.1745-9125.2000.tb00888.x](https://doi.org/10.1111/j.1745-9125.2000.tb00888.x)
- Moffitt, T. E., Robins, R.B. y Caspi, A. (2001). A couples analysis of partner abuse with implications for abuse prevention policy. *Criminology and Public Policy*, 1, 5–36. doi: [10.1111/j.1745-9133.2001.tb00075.x](https://doi.org/10.1111/j.1745-9133.2001.tb00075.x)
- Moos, R. H., y Moos, B.S. (1994). *Family Environment Scale Manual: Development, Applications, Research - Third Edition*. Palo Alto, CA: Consulting Psychologist Press.
- Murphy, C., Taft, C. y Eckhardt, C. (2007). Anger problem profiles among partner violent men: Differences in clinical presentation and treatment outcome. *Journal of Counseling Psychology*, 54, 189-200. doi: [10.1037/0022-0167.54.2.189](https://doi.org/10.1037/0022-0167.54.2.189)
- Muthén, L. K., y Muthén, B. O. (2012). *Statistical analysis with latent variables*. Los Angeles, CA: Muthén y Muthén.

- Napier, J. L., Thorisdottir, H., y Jost, J. T. (2010). The joy of sexism? A multinational investigation of hostile and benevolent justifications for gender inequality and their relations to subjective well-being. *Sex roles*, 62, 405-419. doi: [10.1007/s11199-009-9712-7](https://doi.org/10.1007/s11199-009-9712-7)
- Organización Mundial de la Salud (2002). *Informe mundial sobre la violencia y la salud: resumen*. Washington, DC: Organización Panamericana de la Salud.
- Organización Mundial de la Salud (2005). *Estudio multipaís de la OMS sobre salud de la mujer y violencia doméstica. Primeros resultados sobre prevalencia, eventos relativos a la salud y respuestas de las mujeres a dicha violencia*. Departamento Género, Mujer y Salud. Ginebra: Organización Mundial de la Salud.
- Overall, N. C., Sibley, C. G., y Tan, R. (2011). The costs and benefits of sexism: resistance to influence during relationship conflict. *Journal of personality and social psychology*, 101, 271-296. doi: [10.1037/a0022727](https://doi.org/10.1037/a0022727)
- Patró, R., Corbalán, F. y Limiñana, R. (2007). Depresión en mujeres maltratadas: Relaciones con estilos de personalidad, variables contextuales y de la situación de violencia. *Anales de Psicología*, 23 (1), 118-124.
- Permanyer, I. (2013). A Critical Assessment of the UNDP's Gender Inequality Index. *Feminist Economics*, 19, 1-32. doi: [10.1080/13545701.2013.769687](https://doi.org/10.1080/13545701.2013.769687).
- Pinchevsky, G.M. y Wright, E. M. (2012). The Impact of Neighborhoods on Intimate Partner Violence and Victimization. *Trauma Violence Abuse*, 13, 112-132. doi: [10.1177/1524838012445641](https://doi.org/10.1177/1524838012445641)
- Piquero, A., Paternoster, R.P., Mazerolle, P., Brame, R. y Dean, Ch.W. (1999). Onset age and specialization. *Journal of Research in Crime and Delinquency*, 36, 275-299. doi: [10.1177/0022427899036003002](https://doi.org/10.1177/0022427899036003002)
- Rincón, P., Labrador, F., Arinero, M. y Crespo, M. (2004). Efectos psicopatológicos del maltrato doméstico. *Avances en Psicología Clínica Latinoamericana*, 22 (1), 105-116.
- Rubin, D.B. (1987). *Multiple imputation for nonresponse in surveys*. New York: John Wiley y Sons. doi: [10.1002/9780470316696](https://doi.org/10.1002/9780470316696)
- Sabina, Ch. (2013). Individual and National Level Associations Between Economic Deprivation and Partner Violence Among College Students in 31 National Settings. *Aggressive Behavior*, 39, 247-256. doi: [10.1002/ab.21479](https://doi.org/10.1002/ab.21479)

- Sampson, R. J., Raudenbush, S. W., y Earls, F. (1997). Neighborhoods and violent crime: A multilevel study of collective efficacy. *Science*, 277 (5328), 918-924
- Saunders, D. (1992). A typology of men who batter women: Three types derived from cluster analysis. *American Journal Orthopsychiatry*, 62, 264-275. doi: [10.1037/h0079333](https://doi.org/10.1037/h0079333)
- Saunders, D. (2002). Developing guidelines for domestic offender programs: What can we learn from related fields and current research? *Journal of Aggression, Maltreatment and Trauma*, 5, 235-248. doi: [10.1300/J146v05n02_14](https://doi.org/10.1300/J146v05n02_14)
- Sakall, N. (2001). Beliefs about wife beating among Turkish college students: The effects of patriarchy, sexism, and sex differences. *Sex roles*, 44, 599-610. doi: [10.1080/00223980209604825](https://doi.org/10.1080/00223980209604825).
- Schafer, J.L. (1997). Analysis of incomplete multivariate data. London: Chapman y Hall. doi: [10.1201/9781439821862](https://doi.org/10.1201/9781439821862).
- Schlomer, G. L., Bauman, S., y Card, N. A. (2010). Best practices for missing data management in counseling psychology. *Journal of Counseling Psychology*, 57, 1-10. doi: [10.1037/a0018082](https://doi.org/10.1037/a0018082).
- Sibley, C. G., y Duckitt, J. (2008). Personality and prejudice: A meta-analysis and theoretical review. *Personality and Social Psychology Review*, 12, 248-279. doi: [10.1177/1088868308319226](https://doi.org/10.1177/1088868308319226)
- Simons, R. L., Lin, H., y Gordon, L.C. (1998). Socialization in the family of origin and male dating violence: A prospective study. *Journal of Marriage and the Family*, 60, 467-478. doi: [10.2307/353862](https://doi.org/10.2307/353862)
- Simon, T. R., Anderson, M., Thompson, M. P., Crosby, A. E., Shelley, G., y Sacks, J. J. (2001). Attitudinal acceptance of intimate partner violence among US adults. *Violence and Victims*, 16 (2), 115-126.
- Smilkstein, G. (1978). The Family APGAR: A proposal for family function test and its use by physicians. *Journal of Family Practice*, 6 (6), 1231-1239.
- Spence, J. T., Helmreich, R., y Stapp, J. (1973). A short version of the Attitudes Toward Women Scale (AWS). *Bulletin of the Psychonomic Society*, 2, 219-220. doi: [10.3758/bf03329252](https://doi.org/10.3758/bf03329252).
- Stevens, J. P. (2012). *Applied multivariate statistics for the social sciences*. New York: Routledge.

- Stewart, E. A., y Simons, R. L. (2010). Race, code of the street, and violent delinquency: A multilevel investigation of neighborhood street culture and individual norms of violence*. *Criminology*, 48, 569-605. doi: [10.1111/j.1745-9125.2010.00196.x](https://doi.org/10.1111/j.1745-9125.2010.00196.x)
- Stickley, A., Kislitsyna, O., Timofeeva, I., y Vågerö, D. (2008). Attitudes toward intimate partner violence against women in Moscow, Russia. *Journal of Family Violence*, 23, 447-456. doi: [10.1007/s10896-008-9170-y](https://doi.org/10.1007/s10896-008-9170-y).
- Stith, S. M., y Farley, S. C. (1993). A predictive model of male spousal violence. *Journal of family violence*, 8, 183-201. doi: [10.1007/bf00981767](https://doi.org/10.1007/bf00981767).
- Strauss, M, Kaufman, G. y Moore, D. (1997). Change in cultural norms approving marital violence from 1968 to 1994. En G. Kaufman y J. Jasinski (Eds.), *Out of darkness: Contemporary perspectives on family violence* (pp. 3-16). Thousand Oaks, CA: Sage.
- Swim, J. K., Aikin, K. J., Hall, W. S., y Hunter, B. A. (1995). Sexism and racism: Old-fashioned and modern prejudices. *Journal of Personality and Social Psychology*, 68, 199–214. doi: [10.1037/0022-3514.68.2.199](https://doi.org/10.1037/0022-3514.68.2.199).
- Thornberry, T.P. (2005). Explaining multiple patterns of offending across the life course and across generations. *Annals of the American Academy of Political and Social Sciences*, 602, 156-195. doi: [10.1177/0002716205280641](https://doi.org/10.1177/0002716205280641)
- Tolan, P., Gorman-Smith, D. Y Henry, D. (2006) Family Violence. *Annual Review of Psychology*, 57, 557-583. doi: [10.1146/annurev.psych.57.102904.190110](https://doi.org/10.1146/annurev.psych.57.102904.190110)
- Torres, A. (2010). *Violencia en la pareja: perfil psicológico de los hombres violentos*. Trabajo de investigación no publicado. Universidad de Oviedo.
- Torres, A., Lemos-Giráldez, S., y Herrero, J. (2013). Violencia hacia la mujer: Características psicológicas y de personalidad de los hombres que maltratan a su pareja. *Anales de psicología*, 29, 9-18. doi: [10.6018/analesps.29.1.130621](https://doi.org/10.6018/analesps.29.1.130621)
- United Nations Development Programme (2013). <http://hdr.undp.org/en/data>
- Uthman, O. A., Moradi, T., y Lawoko, S. (2009). The independent contribution of individual-, neighbourhood-, and country-level socioeconomic position on attitudes towards intimate partner violence against women in sub-Saharan Africa: A multilevel model of direct and moderating effects. *Social Science y Medicine*, 68, 1801-1809. doi: [10.1016/j.socscimed.2009.02.045](https://doi.org/10.1016/j.socscimed.2009.02.045).

- Van Wyk, J., Benson, M.L., Fox, G.L., y De Maris, A. (2003). Detangling Individual-, Partner-, and Community-level Correlates of Partner Violence. *Crime and Delinquency*, 49, 412-438. doi: [10.1177/0011128703049003004](https://doi.org/10.1177/0011128703049003004)
- Viki, G. T., y Abrams, D. (2002). But she was unfaithful: benevolent sexism and reactions to rape victims that violate traditional gender role expectations. *Sex Roles*, 47, 289-293. doi: [10.1023/A:1021342912248](https://doi.org/10.1023/A:1021342912248)
- Walker, L.E. (1999). Psychology and violence against women. *American Psychologist*, 44, 695-702. doi: [10.1037/0003-066X.44.4.695](https://doi.org/10.1037/0003-066X.44.4.695)
- Walsh, Z., Swogger, M. T., O'Connor, B., Shonbrun, Y. C., Shea, M. T., y Stuart, G. L. (2010). Subtypes of partner violence perpetrators among male and female civil psychiatric patients. *Journal of Abnormal Psychology*, 119, 563-574. doi: [10.1037/a0019858](https://doi.org/10.1037/a0019858)
- Waltermaurer, E. (2012). Public Justification of Intimate Partner Violence A Review of the Literature. *Trauma, Violence, y Abuse*, 13, 167-175. doi: [10.1177/1524838012447699](https://doi.org/10.1177/1524838012447699).
- Whitaker, M. P. (2013). Centrality of control-seeking in men's intimate partner violence perpetration. *Prevention science*, 14, 513-523. doi: [10.1007/s11121-012-0332-z](https://doi.org/10.1007/s11121-012-0332-z)
- White, R. y Gondolf, E. (2000). Implications of personality profiles for batterer treatment. *Journal of Interpersonal Violence*, 15, 467-488. doi: [10.1177/088626000015005002](https://doi.org/10.1177/088626000015005002)
- Wilkinson, D. L. y Hamerschlag, S.J. (2005). Situational determinants in intimate partner violence. *Aggression and Violent Behavior*, 10, 333-361. doi: [10.1016/j.avb.2004.05.001](https://doi.org/10.1016/j.avb.2004.05.001)
- World Health Organization, (2002). *World report on violence and health*. Geneva: World Health Organization. doi: [10.1071/nb02075](https://doi.org/10.1071/nb02075).
- World Values Survey (2014). Wave 6 2010-2014 Official Agregate v.20140429. *World Values Survey Association* (www.worldvaluessurvey.org). Aggregate File Producer: Asep/JDS. Madrid, SPAIN.
- Worden, A. P., y Carlson, B. E. (2005). Attitudes and beliefs about domestic violence: Results of a public opinion survey II. Beliefs about causes. *Journal of interpersonal violence*, 20, 1219-1243. doi: [10.1177/0886260505278531](https://doi.org/10.1177/0886260505278531).

- Yamawaki, N., Ostenson, J., y Brown, C. R. (2009). The Functions of Gender Role Traditionality, Ambivalent Sexism, Injury, and Frequency of Assault on Domestic Violence Perception A Study Between Japanese and American College Students. *Violence against women, 15*, 1126-1142. doi: [10.1177/1077801209340758](https://doi.org/10.1177/1077801209340758).
- Zarza González, M. y Froján Parga, M. (2005). Estudio de la violencia doméstica en una muestra latina residentes en Estados Unidos. *Anales de Psicología, 21*, 18-26.
- Zhao, X., Zhang, Y., Li L., Zhou, Y. y Li, H. (2008). Logistic regression analysis of the psychosociology of physical domestic violence on male perpetrators. *Chinese Journal of Clinical Psychology, 16* (2), 210-212.